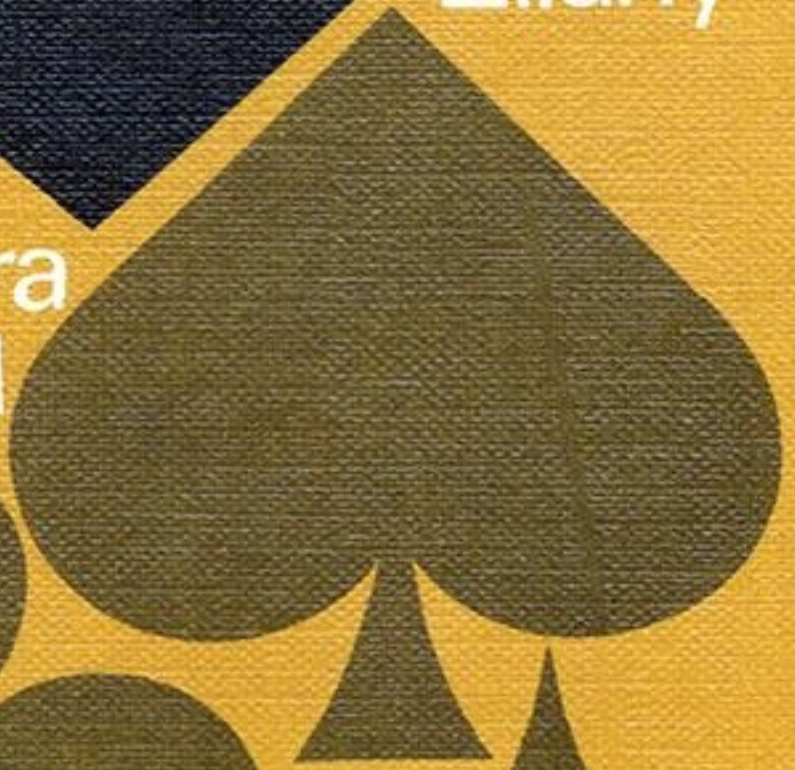




Lajos
Zilahy

Primavera
mortal



Lectulandia

Historia de un joven aristócrata de provincias que escribe una larga carta mientras permanece encerrado en la habitación de un hotel rodeado de sus pensamientos. La carta tiene como destinatario al individuo de la habitación junto a la que se encuentra, en el que cree reconocer a un viejo amigo de la infancia. En ella hace un extenso resumen de su vida.

Lectulandia

Lajos Zilahy

Primavera mortal

ePub r1.0

Titivillus 08.01.2017

Título original: *Halálos tavas*
Lajos Zilahy, 1922
Traducción: F. Oliver Brachfeld

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ya el crepúsculo se difundía sobre la ciudad.

Todo el cielo era una gran llama de oro. Un vaporcito blanco, procedente de la isla de Santa Margarita, se acercaba a la orilla del río surcando rápidamente las aguas. Súbitamente, lanzó un agudo silbido semejante a un salvaje grito de muerte. El silbido del vaporcito blanco repercutió en las rocas del monte Gerardo y, describiendo un invisible arco, voló hacia el cielo, en el que se dispersó por completo.

Del monte, lleno de colores primaverales, descendían parejas de enamorados. Las mujeres, lánguidamente, arrastraban por el suelo sus sombrillas; los hombres caminaban en silencio.

En la ribera, un hombre con la cabeza descubierta, cruzados los brazos e inmóvil, contemplaba el agua, en la que, susurrantes, se perseguían trémulas olas con reflejos de cobre. Las gradas de la ribera, en forma de anfiteatro, estaban llenas de gente: ancianos caballeros; señoras cuya juventud había pasado ya y que efectuaban su habitual paseo; jovencitas que discurrían cogidas del brazo; criadas que habían aprovechado un momento de libertad. Y todos, en su distraído ir y venir, fijaban sus vagarosas miradas en el cambiante de las ondas.

Por la orilla de Buda, un joven se paseaba entre dos castaños, redoblando incesantemente sus paseos.

Casi imperceptiblemente empezó a oscurecer y el crepúsculo trajo consigo una tenue lluvia fría. El joven, no obstante, seguía su paseo entre los dos árboles. De vez en cuando, cansado, se dejaba caer en un banco. Por fin abandonó aquel lugar, se dirigió hacia la orilla de Pest y, una vez hubo atravesado el puente, se encaminó hacia el Hotel del Grifo. Ya en él, se encerró en su habitación, y, sentándose en el borde de la cama, encendió un cigarrillo. Éste se consumió por sí mismo entre los dedos del joven, desvaneciéndose en el aire largas y trémulas espirales de humo.

Luego, el joven encendió la lámpara que había sobre una mesa y, sumergiendo su cabeza en el círculo de luz trazado por la pantalla, se puso a escribir una carta.

Hela aquí:

Querido amigo:

Perdóname si te importuno con una carta tan larga. Estoy en mi habitación del hotel y acabo de cerrar la puerta con llave. Inclinado sobre la mesa, te escribo. Mi pluma se desliza sobre el papel y veo cómo se suceden velozmente, en la blanca cuartilla, los negros caracteres. Es mi corazón el que dicta esta carta; es mi corazón el que mueve y dirige mi pluma.

La persona que hoy, en el vestíbulo del hotel, te ha saludado con un tímido *¡hola!* y luego se ha alejado rápidamente, seguro de que tú no le habías conocido, era yo. No te sabría explicar el porqué de mi huida, y por qué no me he detenido para hablarte y preguntarte cómo te encontrabas, dónde has estado durante tanto tiempo y si eras o no feliz...

He huido, sencillamente, casi sin motivo que alegar. He venido en seguida aquí, a mi habitación, me he tendido en el diván y he permanecido inmóvil, con la mirada fija en el vacío. Los recuerdos han asaltado mi cerebro, vociferando, atropellándose unos a otros, como pedazos de hielo en la tumultuosa corriente de un río en invierno.

Dime: ¿te acuerdas aún de mí? ¿Recuerdas aún la ancha calle de nuestra pequeña ciudad, las suaves puestas de sol y el olor de alcanfor que exhalaban nuestras colecciones de insectos? ¿Te acuerdas aún de nuestro manual de Literatura, de la casa Bontzos, de la pequeña habitación sin adorno alguno, siempre llena del humo de nuestros cigarrillos, de las tazas de café con leche, de los nombres latinos de las plantas, de las emociones producidas por los experimentos de Física; de las imprevistas visitas a nuestra escuela del inspector, que usaba impertinentes y era tan despótico que el infeliz profesor de Física estaba completamente dominado por él? ¿Te acuerdas de las horas de gimnasia, de los ejercicios en la barra fija y en la barra móvil, de las alegres fiestas de la cucaña, de las primeras y febriles borracheras, de los deliciosos pies de gacela de las niñas y del misterioso perfume de sus trenzas? ¿Y recuerdas las patillas de color de pan del señor director, nuestras secretas visitas a la equívoca casa situada en el arrabal de la ciudad, las excelentes meriendas en casa de los Beniczky, al caer la tarde, bajo los viejos y austeros arcos, cuyas hojas temblaban, obedientes, a la brisa del ocaso; el magnífico manto de níveo damasco, el aroma de las frambuesas azucaradas en el platito de cristal...? ¿Te acuerdas aún de los felices tiempos de nuestra vida estudiantil llena de desesperación, de angustiosas emociones, de salvajes esperanzas, de delicias y de goces?

Dime: ¿te acuerdas aún de mí? ¿Recuerdas la época en que nosotros, hombres serios de quince años (porque nos considerábamos como tales), nos prometimos mutuamente conservar salva, imperecedera y sagrada nuestra amistad y no abandonarnos nunca ni en la buena ni en la mala ventura? Entonces, cogidos de la mano, con el corazón lleno de sofocantes emociones, de grande y misteriosa intuición, nos hallábamos ante la puerta de la Vida, cuyas gigantescas alas abriéronse para nosotros, sumergiéndonos en una cegadora luz y en un reconfortante calor. ¿Qué iba a ser de nosotros? ¿Qué sorpresa nos tenía reservada la Vida?

Pero el tiempo ha pasado, somos ya adultos. Y nos hallamos aquí. No te había visto desde hace quince años, y ahora te confieso que también yo estaba un poco enamorado de la pequeña Beniczky. Muchacho ingenuo, me parecía eso una debilidad y me avergonzaba por ello. Han pasado muchos años y he podido darme cuenta de que la guerra más áspera de la vida es el amor. Te confieso que, a la edad de treinta años, he prorrumpido en exclamaciones de dolor durante noches enteras, sofocando mis suspiros en la almohada y experimentando un tormento igual que si alguien me introdujera cruelmente una espada en la carne viva de mi corazón.

A ti siempre te negué que estuviese enamorado de la pequeña Beniczky. Si hablábamos de ella, hacía yo un gesto evasivo con la mano, sonriendo con aire displicente; tú me mirabas atónito y admirado, como se mira a un ser sobrehumano.

Para ti era inconcebible admitir la posibilidad de no estar enamorado de Mali Beniczky, y sobre todo, de que el hombre afortunado (y éste era yo) del cual Mali estaba enamorada a su vez, no profiriese de continuo gritos de alborozo.

Porque Mali me quería a mí. Te ruego que me dejes esta satisfacción; te lo suplica un hombre abatido, extenuado y que se despide de la vida. Ella estaba enamorada de mí, perdidamente enamorada, como tan sólo una muchacha de catorce años puede estarlo de un estudiante guapo y vanidoso, que no quiere advertirlo de ninguna manera. Los jueves por la tarde íbamos a casa de Mali. Después de tomar el café, nos reuníamos en la galería, en la que nos entreteníamos con algún juego de prendas. El papá Beniczky, sentado bajo los arcos, leía su periódico de Budapest, despidiendo de su larga pipa grandes bocanadas de humo. De vez en cuando, levantaba su cabeza del diario y, mirándonos por encima de sus lentes, nos gritaba:

—¡Eh, muchachos, menos bulla!

Nuestra algarabía le molestaba mucho, especialmente cuando estaba leyendo. Y como el amor ya no le interesaba...

A veces, para nuestro juego, cogíamos la tapadera de un puchero. Uno de nosotros la hacía girar sobre el pavimento. La tapadera giraba y giraba, silbando y roncando suavemente, mientras el que la había hecho girar pronunciaba el nombre de uno de los jugadores. Éste debía recoger inmediatamente del suelo la tapadera. Para aumentar la confusión y hacer el juego más interesante, a cada cual le era dado el nombre de otro. De tal manera que, cuando me llamaba a mí, tú debías tomar la tapadera. En cambio, al sonar tu nombre, habría de hacerlo yo.

Era un juego bastante estúpido. Quien perdía depositaba una prenda. Las chicas una cinta, unas horquillas, un anillo; los muchachos un cortaplumas, un librito de notas, un lápiz. Esta prenda era restituida tan sólo en el caso de que su propietario cumpliera la penitencia que se le imponía. Para que me fuese vuelto mi cortaplumas de nácar, por ejemplo, yo tenía que besar dos veces la mano de Andrés, primer cochero de los Beniczky. Cuando era Mali quien hacía girar la tapadera, pronunciaba siempre tu nombre. Y tú lleno de felicidad, te precipitabas sobre el objeto que giraba; pero, en realidad... ¡me estaba llamando a mí! Diez, doce, quince veces... Esto era una tímida y humilde declaración de amor dirigida a mí, y tú estabas atormentado por los celos. Hasta el extremo de que tu frente se cubría de perlas de sudor.

Los dos vivíamos en casa de la familia Bontzos pagando, por la pensión completa, veintiocho florines al mes. Tu padre era el secretario del Ayuntamiento del pueblo en que el mío era terrateniente. También a ti te consideraban como a un señorito. Sin embargo, a mí todos me tributaban mayor consideración. Confiésalo: en secreto, me envidiabas un poco. Pero nos queríamos mucho, ¿no es cierto? Fuimos discípulos hasta en el jardín escuela, en el que la buena señora Rosa, viuda del maestro, nos enseñaba a bailar, acompañándonos con un violín. En la grande y brillante sala del colegio era donde bailábamos el *palotas*^[1] siguiendo, con los pies calzados de minúsculos zapatos de charol, la lánguida música del instrumento. En

este momento, al humedecer la pluma en el tintero, renace en mí el recuerdo vivificado y vuelvo a oír, limpia y extraordinariamente cerca, la dulce y suave voz del violín. Ambos vivimos siempre en casa de la buena señora Bontzos. Íbamos al Instituto de la pequeña ciudad. Sobre el mantel pardo de la mesa y a la débil luz de la lámpara, buscábamos juntos las palabras latinas en el gran diccionario y nos atormentábamos hasta avanzadas horas de la noche en la resolución de arduos problemas de matemáticas.

Han transcurrido quince años. Desde entonces no te había vuelto a ver y no había sabido nunca nada de ti. Pero hace una hora te he visto de nuevo, en el vestíbulo de este hotel. Estabas con tu mujer, que, envuelta en una elegante piel y adornada de espléndidas joyas, irradiaba su joven belleza femenina. Súbitamente he reconocido a Mali.

Antes de volver a mi habitación, me he precipitado al *comptoir*^[2] para preguntarle al encargado quiénes erais. Éste, después de echar una ojeada al registro de viajeros, me dijo:

—Un ingeniero con su señora. Vienen de Alemania.

He intentado ocultar mi emoción y, con voz que procuraba ser indiferente, he añadido:

—¿Cuál es el número de su habitación?

—El 240, tercer piso.

Por un instante, mi corazón cesó de latir. Yo tengo la habitación número 239. Ahora, de vez en cuando, abandono mi pluma sobre lo escrito e, involuntariamente, aguzo el oído hacia la pared vecina. Escucho. Profundo silencio. Evidentemente, no os halláis en la habitación y debéis de estar cenando abajo.

¡Oh!, pero... ¿por dónde quieres que empiece?

Dentro de algunos días —el próximo miércoles— hubiera debido casarme con Jozsa. Acordamos que yo iría a buscarla a su casa. Rogué a nuestros testigos que nos esperasen en la antesala del Ayuntamiento...

Después de la ceremonia teníamos el proyecto de tomar el expreso para Fiume y descansar durante cuatro semanas en Abbazia.

Jozsa. ¡Dios mío!

Tengo que contarte tantas cosas que no sé por dónde empezar. Comenzaré, pues, desde la época de nuestra separación.

Antes de que se me olvide, te diré que al año siguiente murió el director Simón y su puesto fue ocupado por un profesor llegado de Budapest. Luego, un año más tarde, la familia Beniczky se fue a vivir a la capital. También tu padre, después de haber vendido su casa y su pequeño terreno, vino a establecerse en Budapest, donde fue nombrado cajero de no sé qué pequeña Banca. Ahora, lo adivino todo. Tiempo después, seguramente, volverías a encontrarte, en Budapest, con Mali. Una vez obtenido tu título de ingeniero, has encontrado ocupación en Alemania y, ahora, tus negocios van viento en popa... ¡Y eres feliz con Mali!

Ésta es, según creo, tu vida. ¡Si supieras, en cambio, qué vida me ha correspondido! Permíteme que te lo cuente todo tal como me viene a la memoria en este momento; quisiera explicártelo todo rápidamente; a través de mí, hablaré de todo. Esta carta mía me parece un desesperado grito lanzado ante la vida, al borde de la cual estoy a punto de precipitarme en el vacío...

Pasé felizmente el examen del bachillerato. He aquí las bolas de preguntas a las que tuve que contestar: *Literatura húngara: Imre Madach; Historia: José II; Física...* no lo sé, ya no me acuerdo. De todos nosotros, tan sólo Ajvasz fue suspendido en el examen. Tendría que explicarte muchas cosas que, seguramente, te interesarían. Pero no puedo decírtelo todo, porque mis pensamientos recorren mi vida pasada tan rápidamente como el viento —¿te acuerdas?— que sacudía las encinas del parque público.

Yo cursaba el segundo año de Derecho cuando murió mi padre. Me quedé entonces completamente solo; sabes muy bien que había perdido a mi madre a los cinco años y que era hijo único. La soledad me templó e hizo de mí una persona seria. Había heredado de mis padres una respetable fortuna. Arrendé a otros mis tierras, aproximadamente unas quinientas hectáreas, y reservé para mi uso personal tan sólo la casa y el jardín, cuya custodia confié a dos viejos criados de mi familia. Me matriculé en la Universidad de Budapest, en la Facultad de Derecho. Sin embargo, continué viviendo en mi casa y quizá aquellos dos o tres años fueron el período más sereno de mi vida. Leía muchísimo, especialmente obras de política e historia, pues me proponía dedicarme en breve a la vida pública. Tenía el deseo y hasta la idea fija, obstinada y estúpida —no te rías de mí, te lo ruego— de llegar a ser ministro.

Por las viejas y austeras habitaciones me paseaba horas y horas, de un lado a otro, con las manos a la espalda, formando halagadores proyectos para el porvenir.

No iba a Budapest sino tan sólo en la época de exámenes o para hacer firmar mi carnet de escolar por los profesores. Alguna que otra vez solía concurrir al pequeño café de la localidad. Pero, entre los que lo frecuentaban, en su mayoría antiguos compañeros de escuela, no encontré ninguno que juzgara digno de mi amistad. Eran todos ellos muchachos superficiales, frívolos, viciosos, engolfados en la mezquindad de la vida provinciana. Yo, en aquel tiempo, leía con pasión a Carlyle y no podía sentir hacia ellos sino un profundo desprecio; y los compadecía de todo corazón. Vestían mal y dejábanse crecer excesivamente el pelo; en suma, habían cambiado, se habían alejado de mí hasta tal punto, que acabé no acudiendo más a aquel café. Sin embargo, cada vez que se encontraban en algún apuro serio, yo era para ellos un ancla de salvación. A menudo vinieron a verme, y aunque en un principio se esforzaban en hablarme de cosas indiferentes, yo sabía muy bien el motivo de su visita: necesitaban hacerme avalar alguna letra de cambio. Tratábase siempre de cantidades pequeñas: cien o doscientos florines. Pero yo rehusaba mi firma. Arrancaba de sus manos la letra y la rompía, prefiriendo darles directamente el dinero. Creo que me odiaban, pues notaban mi superioridad manifiesta. Pude ver

cómo iban todos, rápida e inevitablemente, hacia la nulidad estéril y desconsoladora de las oficinas de las delegaciones de Hacienda, de los Tribunales o de una de las casas de Banca de la provincia.

Yo llevaba una vida retirada. Frecuentemente, me invitaban a meriendas, comidas y cenas, en especial en las casas que había muchachas casaderas; si aceptaba alguna vez, nunca me encontraba bien: me molestaba que las mamás me hiciesen la corte y que me trataran con especial respeto, diferenciándome de los demás jóvenes allí presentes.

Es cierto que, entre todos, el que más valía era yo. Ya entonces me vestía en Budapest, haciéndome proveer de la mejor y más cara sastrería de la capital, y no regateaba el dinero para corbatas, zapatos o camisas. El bueno de mi sastre decía siempre, cuando me probaba algún traje nuevo, que era un verdadero placer trabajar para mí. Yo era alto y esbelto, y solía pasar largas horas del día al aire libre, expuesto al sol y al viento. Mi cara tenía un sano color de piña. Mis ojos, de color oscuro, reflejaban el alma de un melancólico soñador, herencia, sin duda, de mi padre.

Llevaba el pelo siempre corto. Me afeitaba con esmero y tenía ya, a los veinte años, en las comisuras de la boca, dos líneas muy pronunciadas que daban a mi fisonomía una impresión de superioridad viril, un tanto sarcástica; estas dos líneas eran características en mi padre. Amaba con peculiar cariño mis dos manos, a las que dedicaba infinitos cuidados y nunca me cansaba de contemplar.

Podría decir que a veces conversaba con ellas. Eran unas manos muy viriles y voluntariosas; en sus movimientos, expresaban todos mis deseos, todas mis aspiraciones, mis más íntimos sentimientos. En el dedo anular izquierdo llevaba una gran sortija de sello, que tenía grabado un blasón nobiliario, antigua reliquia familiar. Iba a menudo de caza y vagabundeaba por los bosques con la escopeta al hombro. Y tal vez no fuese la caza por sí misma la que me seducía, sino más bien el amor a la soledad y a la quietud. La Naturaleza purifica y pulimenta el alma humana. Los árboles, el viento, la puesta del sol, la luna naciente, el profundo y cristalino silencio del firmamento, se reflejan en nuestros sentimientos.

Tenía veintitrés años cuando me establecí en Budapest. Me faltaban sólo los exámenes finales y me proponía, apenas conseguido mi título, ingresar en algún ministerio.

Entre tanto, pensaba cumplir mi año de servicio militar como voluntario en el cuerpo de húsares; pero el consejo de revisión médica me rechazó: el doctor alegó que tenía el corazón débil. Éste hubiera sido un motivo suficiente para alarmar a cualquiera; pero yo no ignoraba que mi corazón se hallaba en excelente estado y que el dictamen facultativo no era sino un hábil pretexto para negarme la entrada en un regimiento cuyo ingreso era verdaderamente difícil, pues en él sólo prestaban servicio los hijos de los magnates y los de la más rancia aristocracia. El coronel, a quien me dirigí personalmente, ya que había sido un buen amigo de mi padre, no quiso humillarme con una rotunda negativa y recurrió a este subterfugio.

En Budapest me alojé, en un principio, en el Hotel de Vadaszkürt (toda mi familia, cuando iba a Budapest, solía hospedarse en este hotel). Pero, más tarde, gracias a un anuncio que leí en el periódico, encontré dos bellas habitaciones independientes situadas en la parte de Buda.

La patrona de mi casa era viuda de un coronel austríaco; señora ya de edad, muy distinguida y con el cabello blanco. Una figura que casi podríamos llamar rococó. Nos tratábamos mutuamente con muchas atenciones y con exquisita cortesía, hablando siempre en francés. La anciana señora, que era muy pobre, dominaba a la perfección este idioma, y yo estaba encantado de poder practicarlo un poco.

Tenía alquiladas, a un precio bastante elevado, dos de las tres habitaciones que componían su piso, y ésa era la fuente de todos sus ingresos. Yo pagaba por aquellas dos habitaciones unos ciento cincuenta florines; pero estaba satisfecho, porque tenía bellísimos muebles antiguos, tapices, cuadros de buenos pintores que lucían en sus marcos y en sus telas la oscura pátina que les diera el tiempo. Todo esto me hacía pensar en mi propia casa. Tenía, además, un gran balcón, y el cuarto de baño estaba a mi exclusiva disposición.

Cuando hube colocado en las habitaciones los retratos de mis padres, me encontré tan a gusto como en mi propio hogar.

Aprobé con éxito el examen final de la carrera. En un principio, estudiaba mucho y rara era la noche que salía, hasta tal punto que mi patrona declaró que no había visto nunca en su larga vida un inquilino tan sobrio y estudioso. Yo comía siempre en los mejores hoteles y mi única distracción consistía en un cotidiano paseo por el Corso, a orillas del Danubio.

A veces, permanecía sentado durante largas horas contemplando la fluctuación de la muchedumbre como un espectador solitario contempla las aguas del río. De cuando en cuando me ocurrieron pequeñas aventuras más o menos divertidas, y no sólo con señoritas, sino... también con hombres. Éstos, viéndome siempre solo y sin rumbo, creían que también pertenecía a su secta. Amaba el Corso porque allí me sentía, continuamente, objeto de las miradas de los transeúntes, que parecían decirse unos a otros: «Mira qué bien vestido va... mira qué finos zapatos usa...».

Llevaba ya dos semanas en Budapest, cuando un jueves vi por vez primera a Edith con Ralben; ella tiene la culpa de que haya llegado hasta aquí hasta los martirios terribles de esta noche solitaria de despedida; es Edith la que tiene la culpa de que Jozsa...

Perdóname, quiero recordar todos los detalles con la máxima precisión.

Aquel jueves, después de haber comido en el Hotel Hungaria, me encaminé hacia mi casa.

En el momento de franquear la puerta de la calle, salía un general, en cuyo pecho brillaban fantásticas y enormes condecoraciones para mí desconocidas; calzaba zapatos de charol y llevaba guantes blancos. Estaba elegantísimo. Su semblante revelaba austeridad y orgullo, y llevaba un bigote cortado a la inglesa. Era aún

relativamente joven: con seguridad no tendría cincuenta años.

Le acompañaba una señora que, a primera vista, se comprendía que era su esposa. Era una mujer delgada, cuarentona, con los dientes un tanto salientes, pero elegante y esbelta. Llevaba un sombrero de anchas alas y un vestido de seda negro. Unas cadenas de oro le adornaban el cuello.

Tras ellos salió una muchachita; parecía mucho a su madre. También tenía los dientes algo salientes, pero menos que aquélla, y este ligerísimo defecto daba a su rostro una especial expresión que hasta resultaba agradable. No era bella ni fea, pero la juventud, la distinción, la pureza de cuerpo y de alma emanaban de su persona como gentil perfume.

Antes de subir la escalera consulté en la entrada de la casa la lista de inquilinos. Entre los nombres que correspondían al primer piso se podía leer: *Otto von Ralben, general der Cavallerie*.

Subí pensativo la escalera. Entre el segundo y el tercer piso, me detuve, me apoyé en la pared y, tras breve vacilación, decidí, sin más ni más, que la muchacha de la dentadura un tanto saliente, la hija del general del rostro fruncido, sería, un día, mi esposa. Sé perfectamente que todo esto, al explicarlo así, debe parecer absurdo y ridículo; pero ten la seguridad de que de esta manera suele decidirse el destino de los hombres y se despiertan amores mortales: se vuelve la cabeza en la calle para mirar a una mujer que pasa y uno se dice: «¡Qué rostro más bonito!...». Al día siguiente, volvemos a verla; al tercer día, mientras estamos comiendo en el restaurante, pensamos en ella; al cuarto día, nos hemos acostumbrado a pensar en ella, cual los pulmones de un muchacho se habitúan al humo del cigarrillo. Y, dos meses más tarde, cada fibra de nuestro sistema nervioso está dolorosamente inflamada por un veneno inexorable. Pero esto sólo se advierte después y cuando ya es tarde.

Entré en mi habitación, me tendí en el diván y me puse a contemplar el techo, con las manos cruzadas bajo la nuca, mientras me acordaba de aquella muchacha guapa, elegante, cuyos cabellos de color castaño, mezclados con oro oscuro, tenían un extraño brillo. Cerré los ojos e intenté evocar con precisión los rasgos de su cara. Pero no logré fijar en la pantalla de mi memoria su rostro, ya que nuestro encuentro había sido demasiado fugaz. Tan sólo recordé que tenía la dentadura un poco saliente; pero esto quizá me llamó la atención porque era la primera vez que la veía. La primera impresión fija solamente en la memoria las líneas más salientes y marcadas, tal como lo haría el lápiz de un caricaturista. En cierta ocasión, uno de éstos me dijo que su lápiz reproducía mucho más fácilmente un rostro que hubiese visto por primera vez que los rasgos de algún conocido cuya fisonomía le fuese familiar. En una cara desconocida, las líneas características resaltan y se imponen a nuestros ojos, mientras que el hábito hace lisos y descoloridos hasta los contornos más esenciales.

En tanto que con los ojos entornados descansaba sobre el diván, tenía la impresión de que la hija del general Von Ralben estaba muy cerca de mí y yo le tendía mi mano.

Alguien llamó ligeramente a mi puerta que, poco después, abriéndose, apareciendo la blanca testa de mi vieja patrona: «*Monsieur, on vous a apporté une lettre*^[3]», me dijo con voz sutil y melodiosa.

Salté del canapé y tomé el sobre que me ofrecía mi patrona. Esta disponíase a abandonar mi habitación, pero yo le supliqué que no lo hiciese.

—Tome usted asiento, señora —le rogué—. Si no le desagrada, podríamos hablar un rato.

Depositó la carta encima de mi mesa, ya que, en aquel momento, nada que no fuese referente al general Von Ralben y su familia me interesaba.

La señora Camila (así se llamaba mi patrona), me miró agradecida, pues, como siempre estaba sola, se aburría desesperadamente, hasta tal punto que, según me había confesado, durante los últimos años había leído más de cuatro veces la archirromántica novela francesa en cuatro tomos, original de un autor desconocido en la literatura mundial, que constituía toda la biblioteca de la casa.

Yo le hice preguntas sobre la familia del general, y el rostro de la señora Camila se nubló. Parecía que la invadían recuerdos desagradables.

—Es gente orgullosa —dijo—. La señora pertenece a una familia condal y no sostiene relaciones con ningún inquilino de la casa.

Después de una breve pausa, añadió con triste voz:

—Hace cinco años, cuando vine a vivir a esta casa, consideré un deber de cortesía hacerles una visita. Al fin y al cabo, también mi pobre marido, que en paz descanse, fue coronel. No puedo decir que se me recibiera descortésmente. Yo suponía que, por lo menos, tendría allí un sitio donde, de vez en cuando, pudiese cambiar cuatro palabras con alguna persona simpática; pero esa familia es muy presuntuosa y no ha correspondido a mi atención, limitándose a enviarme su tarjeta de visita por el criado. Algunas semanas más tarde intenté, por última vez, acercarme a ellos; pero la acogida que me reservaron fue tan fría, que no he vuelto a poner los pies en su casa. ¡Ah, créame, son gente muy soberbia!

—¿Cuántos hijos tienen?

—Tan sólo una chica. Si debo decir la verdad, no sé siquiera cómo se llama.

—Me han dicho que tiene novio —repliqué, gozándome en mi propia astucia.

—¿Qué tiene novio? No lo creo. En una casa como ésta, tales cosas se saben muy pronto puesto que todos espían y observan secretamente a la familia del general. Las criadas, cuando llega la noche, salen a la galería para conversar y se explican mutuamente los sucesos de la jornada, que luego refieren a sus respectivos amos. Por ejemplo, yo sé perfectamente que, anteayer, el general tuvo un altercado con su mujer, por no haber encontrado la toalla en su lugar debido. El general, como una fiera, corría por la habitación de un lado para otro, con las manos mojadas, y la señora se tiraba del pelo. Parece, sin embargo, que ese matrimonio vive en bastante buena armonía.

Y yo me alegré sinceramente de estos informes que envolvieron mi aventura en

un aire de mayor emoción e interés. La muchacha no tenía ningún pretendiente, de modo que yo podía ser, en su vida, el primer hombre. Tal circunstancia alentó sensiblemente mis propósitos.

Al salir de casa, bajé por la escalera de servicio, únicamente para tener ocasión de pasar por el corredor del primer piso ante la casa del general. Esto, naturalmente, no me sirvió de nada. Sin embargo, experimenté una dulce emoción al pasar tan cerca de aquel lugar en donde (esto lo sentía con absoluta certidumbre) llegaría pronto a familiarizarme.

Miré a través de la ventana de una de las habitaciones que daban al patio, mas no pude ver otra cosa que una máquina de coser cubierta con un tapete verde bordado.

Aquella noche tardé en conciliar el sueño. Mi imaginación trabajaba febrilmente: me veía lanzándome sobre aquella muchacha; cogiéndola convulsivamente por los hombros; en otros momentos buscaba con anhelo su boca... Una dulce melodía de nombres femeninos me acariciaba los oídos: Ana, Melania, Magda, Eva, Fanny; pero, en realidad, no sabía ni el nombre de la joven, y eso la hacía para mí más excitante y seductora. ¿Has experimentado alguna vez la dulce fiebre de tales horas? Yaces inmóvil en tu cama, mientras en la mesita de noche la lámpara esparce una luz suave, atenuada por la pantalla, y el reloj, que has depositado en la superficie del mármol, deja oír su monótono tictac. El diario, que ya estás cansado de leer, tiembla entre tus cansadas manos, y te abandonas, con los ojos entornados, a un amor codiciado en tu fantasía, mientras susurras palabras apasionadas y recibes respuestas pronunciadas con voz maravillosamente clara. Y tus labios te hacen sentir la dulzura de todos los besos imaginables. Aquella noche me encontraba con el corazón trémulo ante un porvenir inquietante y próximo, al igual que el campeón rápido en el salto está con todos sus músculos en tensión, ansiosos, palpitantes, en espera de la señal de salida, midiendo con los ojos la pista que le permitirá obtener el premio más codiciado de su vida.

Bajo un aspecto determinado, yo soy fatalista, y tú sabes que he ideado basar siempre mi vida y mi porvenir en los cimientos de un buen matrimonio. Éste habría podido ser para mí una escalera por la que hubiera subido, peldaño a peldaño, cada vez a mayor altura.

Me atormentaba el deseo ardiente y casi doloroso de llegar a ser alguien, de elevarme, y esta aspiración aumentaba aún más al pensar —y pensaba en ello muchas veces— en mis excondiscípulos que, con trajes de malísimo corte, la ropa blanca descosida y sucia, la cara mal afeitada, solían jugar al billar o al dominó en el café de mi pequeña ciudad. ¿Hubiera podido ser semejante a ellos? Este pensamiento me horrorizaba. Las únicas ideas que me hacían temblar y que me llenaban de igual temor eran las relacionadas con las dos enemigas más terribles de la juventud: la avariosis y la tisis. Yo deseaba, antes de que terminase mi juventud, ser un Excelente Señor y ostentar sobre la blanca pechera de mi camisa, bajo mi frac, la banda ardientemente roja de alguna condecoración; yo hubiera querido tener bajo mis ojos

el brillo reverberante del amor propio satisfecho; ser un hombre feliz y envidiado; ser elegante, excepcional, distinguido y considerado; frecuentar tan sólo los ambientes más aristocráticos; jugar en el club al *tarroc* en compañía de Excelencias y asediar a misteriosas, bellas y gentiles damas.

Y aquella noche, en la cama, con el corazón invadido por los deseos, mecido por mi ardiente fantasía, vivía la emocionante novela de mi juventud, tempestuosamente bella, con la esbelta y elegante hija del general. Reconstituí en mi memoria hasta los más pequeños detalles, recreándome en el primer beso; parecíame ver una callejuela rosada aún por la proximidad del ocaso, en la cual entrábamos los dos, furtivamente enlazados, en una de aquellas casas blancas de Buda, que tiene el portal cubierto de guirnaldas de perfumadas lilas; me imaginé pequeñas ventanas pintadas de blanco, que parecían llamas a la luz del moribundo sol. Creía ver la habitación en la que yo caía a sus pies como disuelto en el sobrehumano y divino goce del instante. Vi cada uno de nuestros gestos, oí todas las palabras susurradas por nuestros extenuados labios... y, ya con la cabeza fatigada, apagué la luz.

He olvidado mentar una cosa: en la carta que la señora Camila me entregó aquella tarde, mi tío Carlos me comunicaba que me habían nombrado agregado sin sueldo al Ministerio de Cultos e Instrucción Pública. Me encontraba tomando el desayuno en la terraza del Hotel Hungaria, cuando se me ocurrió echar un vistazo a la *Gaceta Oficial*, en la que encontré mi nombramiento ya publicado. En la tibia y dorada mañana otoñal, me vi solo, sentado en medio de gentes presurosas de aspecto fresco y floreciente, y, volviendo a las enervantes fantasmagorías a las que me había abandonado la noche anterior, todo lo que había soñado con los ojos abiertos se me apareció como una gran tontería. En realidad, nada sabía de ella. ¿Y si fuese tan tartamuda y estúpida que no pudiera cambiar conmigo ni dos palabras sensatas? ¡Qué absurdo pensar tan repentinamente en casarme con ella! ¿Y todo, quizá, por el hecho de que fuese hija de un general? Evidentemente, tenía que alternar más en sociedad, si no por otro motivo, por no ensimismarme en tan pueriles pensamientos. Pero, ¿cómo lograr mi introducción en la buena sociedad? No había pensado siquiera en ello. ¿De qué me servía ser rico, tener magníficos trajes, un buen nombre, un físico agradable? ¿Cómo conseguir ser recibido en aquellas íntimas habitaciones en dónde tanto anhelaba entrar?

Creía ya que sólo muy difícilmente lograría mi deseo, ya que, en aquella gran ciudad, era casi totalmente desconocido y no tenía un solo amigo que pudiera presentarme.

Olvidé por completo a la hija del general y paseé hasta el mediodía por la orilla del Danubio. Un golfillo que voceaba un periódico chocó contra mí y casi me hizo caer. Le compré un diario. Me quité lentamente los guantes, encendí un cigarrillo y, acomodándome en uno de los asientos que bordean ambos lados del Corso, me puse a leer.

Súbitamente, unas líneas de la sección de informaciones políticas me

sobresaltaron, como si alguien me hubiera asestado de repente un puñetazo en pleno pecho.

«El jefe del Real Gobierno dimisionario... Los jefes de los partidos políticos han sido llamados en audiencia a Palacio... El nuevo Gabinete...» y, tras estos títulos altisonantes, en el fondo, casi escondidas, se hallaban las pocas líneas que habían excitado mi atención: «El tren especial ha salido a las ocho de la estación del Este. En él también viaja el general de caballería Otto von Ralben, cuya audiencia parece estar en relación con la disponibilidad de la cartera de Guerra...».

Palidecí. Un pensamiento me atravesó el cerebro con la rapidez del relámpago: había perdido la hija del general, mi ascensión política, el suegro ministro; lo había perdido todo ya antes de que hubiera sido mío. ¡Si eso hubiese sucedido cinco o seis meses más tarde! Entonces todo se habría desarrollado en perfecto orden, porque, en aquel período de tiempo, yo hubiera ganado ya mi batalla. La habría conocido y pedido su mano, y ella hubiera sido mi prometida. No tenía la menor duda del consentimiento de sus padres, pues, al fin, yo era rico, poseía dos títulos de nobleza en mis apellidos, un título de licenciado en Derecho, un empleo en el Ministerio de Instrucción Pública, y, además, del de la muchacha...; sí, sin duda alguna... pues siempre había podido sacar la conclusión (no te rías, te lo ruego: lo escribo sin reticencias) de que yo era lo que se llama un buen mozo.

Pero todo aquello se había desvanecido. Al ser nombrado ministro el general, la familia Von Ralben se elevaría a una altura para mí inaccesible. La muchacha había desaparecido del horizonte de mi imaginación y en vano la seguía y la buscaba con la mirada. La hija de todo un ministro de la Guerra no podría ser mi mujer; para colmo, necesariamente, hubiera tenido que ir a residir a Viena^[4]. Siendo la hija de un sencillito general, yo hubiese podido conseguirla; pero así... Los bellos juegos de mi fantasía se habían derrumbado: amor, matrimonio, todo se había fundido para siempre, aun antes de haber podido tomar forma.

Disgustadísimo, volví a pasear ante los lujosos hoteles de la ribera. Dos días antes me habría sido imposible imaginarme que la crisis ministerial y la audiencia regia concedida a un general de caballería me hubiesen podido causar tanto disgusto. Si tan sólo el mismo jueves alguien me hubiese planteado este problema, creo que, ni rompiéndome la cabeza, hubiera llegado, no digo a resolverlo, sino tan sólo a concebirlo. Es extraño cómo los pensamientos pueden alejarse de la persona, semejantes a una pequeña hoja seca que arrebatara el viento.

Al día siguiente fui al ministerio y tomé posesión de mi cargo depositando mi juramento reglamentario en manos de un viejo consejero ministerial. El secretario del propio ministro me acompañó a través de una larga serie de viejas galerías y me presentó a un señor anciano, que era mi superior inmediato. Entonces experimenté la misma sensación que cuando, en mis años de estudiante, entraba por primera vez en el colegio, donde debía permanecer durante un período de diez meses. A mí me encantaba que todos me tuteasen.

Fui conducido a una pequeña estancia cuyas ventanas daban a la calle. Apoyado en el antepecho de una de esas ventanas, había un muchacho, y no lejos de él una joven con una cinta azul en sus rizados y rubios cabellos, y que estaba sentada ante una máquina de escribir. A mi entrada, el joven apartóse rápidamente de la ventana, saliendo a mi encuentro, y me tendió sus manos.

—Bienvenido entre nosotros. Me llamo Chokonay.

La joven, con cierta coquetería, me tendió tan sólo su dedo meñique, y, con una risa juvenil, me dijo:

—Yo, Margit Nagy. ¡Oh, dispéñeme usted! Mi mano está por completo manchada de color violeta: en este preciso instante acabo de cambiar la cinta de la máquina.

Ambos eran muy cordiales y estaban de muy buen humor. Me parecieron muy simpáticos.

Chokonay era un buen mozo, alto, esbelto, de buena figura, con el rostro un tanto afeminado y los cabellos de un rubio desteñido. La joven era como una de tantas muchachas de Budapest, pálida, con finos labios y melancólicos ojos. Debía de tener unos veinticinco años; pero, bajo la ligera blusa de batista, las líneas escultóricas de su espalda y de su seno aparecían frescas y juveniles. La conversación se inició en un tono bastante trivial y ligero, versando sobre argumentos un poco frívolos e insignificantes.

—Sírrete, te lo ruego —me dijo Chokonay, ofreciéndome su pequeña petaca de oro, muy graciosa y elegante.

Los tres encendimos sendos cigarrillos.

Tuve que llenar una hoja de servicio. Me senté ante mi mesa y comencé a escribir. De repente, un grito agudo me sobresaltó.

—¡Chokonay! le voy a dar un bofetón.

Me volví hacia ellos. Chokonay, en pie, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones y la cabeza inclinada hacia atrás, reíase agitando todo su cuerpo y la risa le salía de su garganta tan estridente como un relincho. Margit tenía la cara sofocada y con una mano se tocaba el cuello bajo la nuca, como si quisiera aliviar la herida producida por un mordisco.

—¡Insolente! —le dijo con voz indignada, mientras, al mismo tiempo, mirándome de reojo, me sonrió—. Si una sola vez más se permite un gesto semejante —añadió, volviéndose hacia Chokonay— le denunciaré al consejero.

Chokonay, por toda respuesta, sacó del bolsillo una cajita y, abriéndola, se la ofreció a Margit. La muchacha sacó de ella un caramelo y se echó a reír.

Los tres juntos salimos de la oficina. En la esquina de la calle, Margit, con el dedo índice, amenazó a Chokonay:

—No se olvide —le dijo— del libro que me tiene prometido.

Chokonay contestó con una ligera inclinación y descubrióse con un gesto tan amplio, que el borde de su sombrero rozó la acera.

Margit, riéndose, le dio la mano y luego se alejó con ligeros pasos. Chokonay y yo nos dirigimos hacia la otra orilla del Danubio.

El joven me cogió por el brazo.

—Es una fierecilla muy graciosa, ¿no te parece? Creo que ha tenido algún amante.

Chokonay soltó una carcajada.

—«Las aventuras del Caballero Faublas».

Le miré estupefacto. Me tenía aún cogido del brazo y casi me arrastraba por en medio de aquella muchedumbre que pululaba por el Corso. Continuamente saludaba a derecha e izquierda con sonrientes *Buenas tardes* o respetuosos *Humilde servidor*, *Beso a usted la mano*^[5]. Y yo le envidiaba sus numerosos amigos.

A eso de las dos, volví a mi casa y alcé los ojos hacia el primer piso. Las ventanas de la casa del general estaban abiertas. En una de ellas, apoyada en un almohadón, reposaba la cabeza rubia de una muchacha con la cara vuelta hacia el cielo.

En el primer instante, no comprendí lo que significaba todo aquello, pero luego me di cuenta de que aquella señorita estaba tomando un baño de sol. Era éste un sol de otoño, tan suave, que, exponiendo la mano a sus rayos, se tenía la impresión de que se sumergía en un tibio baño de miel. Los rubios cabellos de la muchacha resplandecían como una flamígera corona de espigas de trigo. Por unos segundos me detuve para admirarla. Luego, atravesé el portal. En aquellos momentos dejaba de interesarme.

Y, al día siguiente, los periódicos consagraron largas columnas a las audiencias del Soberano, en Viena. El nuevo Gobierno estaba constituido y el nombre del general Von Ralben no se hallaba mencionado en las crónicas de la Prensa.

Con esto, mis antiguas esperanzas volvieron a tomar aliento.

Dos días más tarde volví a ver a la señorita Von Ralben. Estaba apoyada de codos en la baranda de la gran galería de cristales que circundaba la casa. En el patio, un gramófono horrible tocaba roncadas melodías. La muchacha lo escuchaba. Lleno de una audacia imprevista, me dirigí hacia ella, para poder pasar por su lado. La joven llevaba medias de seda blancas, blancos zapatitos calzaban sus deliciosos pies y un camisolín de batista frescamente planchado cubría su talle fuerte y resistente de avispa y su graciosa espalda de adolescente. Sus cabellos rubios, en los cuales el oro jugueteaba con reflejos pardos, eran maravillosos; sus pequeñas orejas semejaban delicados pétalos de rosa, y de su persona emanaba un perfume suave mezclado al fresco olor de la ropa blanca —el perfume que se respira al lado de una niña pura de cuerpo y de alma—. En mi habitación dormí la siesta. Sentía muy cerca de mí a la niña.

Transcurridos dos días, volví a verla. Esta vez ante la casa. Lucía un vestido azul marino que armonizaba con el color del cielo nublado. Le abrí la puerta sin pronunciar una sola palabra; pero, con gesto elocuente, me miró, vaciló un instante y pasó. Yo llevé la mano al sombrero y ella inclinó imperceptiblemente la cabeza...

Fue la primera vez que la pude ver cara a cara: tenía bellos ojos azules, inteligentes y profundos, levemente alargados; las cejas, arqueadas y finas, de línea sutil, y una magnífica dentadura.

Pasaron cinco días sin que yo volviera a verla. La casualidad hizo que volviésemos a encontrarnos en la escalera. Al verme, desvió su mirada como para decirme: «Quizá usted se figura haber adquirido el derecho a saludarme porque hace unos días me abrió la puerta y me cedió el paso. Desengañese; no responderé a su saludo».

Comprendí su actitud y me abstuve de saludarla. Demasiada insistencia y precipitación hubieran podido malograrlo todo. Si ella deseaba mostrarse reservada y altanera, yo, por mi parte, correspondería a esta actitud.

Una noche en que regresaba a casa en coche la vi desde lejos apoyada en el ventanal. Di al cochero una propina desacostumbrada, de modo que me hizo una reverencia tan profunda que poco le faltó para que cayera de su asiento. No alcé los ojos hacia la ventana, como si ignorase que ella estuviese allí. No sé por qué motivo me imaginaba que con este acto me había acercado un poco más a ella. Desde entonces, empecé a clasificar mis días según la hubiera visto o no.

La casualidad quiso que nos encontrásemos frente a frente, e inmediatamente desvió la mirada hacia otro lado, de modo que casi perdí las esperanzas de poder acercarme nunca a ella.

Una mañana, en la oficina, Chokonay me dijo:

—¡Vive Dios!, mi frac aún no está listo y no sé cómo salir de este apuro.

—¿Para qué necesitas el frac?

—Mi tía me ha invitado a un baile de familia. Pero espera, deja que te mire. Quizá tu frac me iría bien... ¿Estarías dispuesto a prestármelo?

—¡Cómo no! Esta tarde puedes mandar a alguien para recogerlo.

—¿Dónde vives?

—En la calle B..., número 16, tercero, cuarta puerta.

Chokonay me miró asombrado.

—¡Es muy curioso! Es allí mismo donde voy, pero al primer piso.

—¿A casa de quién?

—A la casa de los Von Ralben. El sábado es el cumpleaños de Edith. Con este motivo dan una pequeña fiesta.

Le miré con ojos muy abiertos.

—¿Son parientes tuyos?

—Sí. También mi madre es hija del Conde de Wellbeck.

—Bien, pues... manda a buscar el frac... —le dije, mientras el corazón me daba martillazos en el pecho.

Me asomé a la ventana. Me senté. Bostecé. Luego, haciéndome el indiferente para disimular mi intensa agitación, dije:

—Escucha: ¿podrías presentarme algún día a esa familia? Aquí, en Budapest, no

conozco a nadie.

—¿Sabes bailar?

—Sí, bastante.

—¿Quieres venir el sábado conmigo a casa de los Ralben?

Mi corazón se paralizó momentáneamente y me encogí de hombros.

Chokonay se puso súbitamente serio.

—Pero, si me prestas tu frac, ¿qué traje podrías llevar tú?

—Es que tengo dos —le contesté con la garganta seca.

—Espera un momento. Voy a telefonar ahora mismo a Edith.

Descolgó el auricular y pidió el número de la casa de Ralben. Yo continuaba junto a la ventana con los brazos cruzados. Chokonay me ofreció un auricular para que yo también pudiera escuchar la conversación:

Chokonay. Oiga..., ¿eres tú, Edith? Soy yo, Pista.

La voz, cantando: ¡Hola!

Chokonay. ¿Quieres para el sábado un buen bailarín?

La voz: ¡Naturalmente! Pero, por favor, no nos traigas algún mozo de cuerda...

Ya conoces a papá.

Chokonay. Descuida; el joven en cuestión es un empleado ministerial, rico terrateniente, que frecuenta la mejor sociedad, y, además, es un buen mozo. ¿Qué más quieres? Envíale una invitación.

La voz: Perfectamente. Si tanto me lo recomiendas... ¿Adónde tengo que enviar la invitación? ¿A qué nombre?

Chokonay: Vive en la misma casa que vosotros, y se llama... (y dijo mi nombre), tercero, cuarta...

Larga pausa.

La voz: ¡Ah, es aquel muchacho moreno!

Chokonay: ¿Cómo? ¿Le conoces?

La voz: De vista. Tiene unos ojos muy bellos.

Otra pausa, esta vez más corta.

Chokonay: De modo que le enviarás una invitación, ¿no es eso?

La voz: Sí, ahora mismo.

Chokonay colgó el receptor y, haciendo un amplio gesto con la mano, exclamó:

—*Voilà!*

Con la excusa de que tenía que ir a la estación, salí precipitadamente de la oficina y me dirigí, corriendo, a mi sastre.

—Señor Kunz —le dije, casi sin aliento—. Ahora son las once y media de la mañana del jueves. Para el sábado a las cinco necesito un nuevo frac.

—Esto es imposible, señor.

—Debe ser posible. Cueste lo que cueste. A cualquier precio. Haga trabajar horas extraordinarias a un empleado, trabaje de noche..., pero, óigame bien: *de-bo te-ner-lo*. Le regalaré una petaca de plata. Señor Kunz, se lo repito, el frac debe estar listo

para el sábado.

Finalmente, el señor Kunz me dio su palabra de honor de que el sábado tendría acabado mi frac.

Ya te habrás dado cuenta de que yo sólo tenía un frac y que éste se lo había prometido a Chokonay.

Cuando volví a mi casa encontré en el escritorio un sobre de color de violeta escrito con una letra femenina, escurridiza y fina; mi nombre no estaba bien escrito: le faltaba una «t», y la aristocrática «y» estaba substituida por una simple «i». Ya puedes imaginarte la indecible alegría que experimenté. Cogí entre mis manos la carta —no te burles de mí—, aspiré largamente su puro perfume de ensueño, semejante a aquel que un día sentí emanar de la persona de la señorita Ralben cuando en el corredor pasé tan cerca de ella.

¡Edith! Ahora ya sabía su nombre. Elevé mi mirada hacia el techo y suspiré, desbordante de deseos: ¡*Edith!* Me acerqué a la ventana, cubierta del hielo del mes de noviembre, y, con la mano aún enguantada, escribí con grandes letras en el vidrio, empañado por el frío: *Edith*. Vacilando como un borracho, a causa de mi excesiva felicidad, me paseé de un lado para otro de mi habitación; y, hasta en las puertas del armario, cubiertas de polvo, tracé con el índice un *Edith*. Mi imaginación buscaba su boca, su boca fría, de finos labios, sobre la cual el sabor de aquel beso imaginario me producía la sensación de que mi boca hubiera tocado terciopelo, una flor, un ardiente, tizón o la perfumada carne viva de dos labios virginales. Estaba como loco, ¡oh, créeme!: en la vida, nada hay más excitante que el nacimiento del verdadero amor. Es el opio de los misteriosos y secretos deseos que se aspiran profundamente hasta el corazón. Es como el cálido perfume del heno y de la salvia. Es el misterio de lo ignoto, de lo infinito; es el sonido del arpa de la eterna primavera sobre las tendidas cuerdas del alma.

Matías: yo, dentro de una hora, con una pistola, me mataré en esta silenciosa habitación del hotel, semejante ya a una tumba. Ahora estoy escribiendo mi carta de adiós y desearía, si tuviese fuerzas para ello, poder escribir sin interrupción dos días con sus respectivas noches. Escribiría con el corazón sofocado por la emoción; escribiría un libro entero, un libro sonoro del cual saldría una sola y potente voz: ¡*Amor!*, como un grito juvenil, salvaje y tumultuoso: ¡*Amor!* Con una voz espantosa semejante al feroz gruñido del oso que, en primavera, busca compañera en la intrincada selva; semejante a un largo y feliz grito femenino entre las almohadas de un cálido lecho... Oye: me encuentro ahora en la alta y accidentada ribera de la muerte, y puedes creerme si te digo que tan sólo esto ha sido para mí la parte más bella de la vida. Acuden a mi memoria aquellos momentos en los cuales mi fantasía, desbordante, abrazó por primera vez a aquella muchacha; revivo aquellos instantes y su recuerdo afluye a mi corazón como una misteriosa corriente que galvaniza en un movimiento la mano rígida y obstinada de un muerto... ¡Dios mío!, ¿por qué debo morir?... ¡Oh, no puedo continuar...!

Sábado, las ocho de la noche. Me había puesto ya el frac. Me miré al espejo: una sombra blanca y negra me estaba contemplando. Un joven de esbelta figura, de profundos ojos, con presencia arrogante y esbelta, de anchas espaldas, de moreno rostro, boca dura y, en fin, vestido con un elegante traje... ¡Me sentía tan extraño a mí mismo! En la silenciosa habitación, sentado en un balancín y con la barbilla apoyada en la mano, estaba esperando a Chokonay.

Llegó puntual, llevando mi viejo frac, que resultó serle un poco grande.

—Mira —me dijo—, observa este desgraciado frac. Mis espaldas están bailando en él.

Dio media vuelta y se contempló en el espejo.

Le aseguré que aquel frac le iba como un guante. Luego bajamos al primer piso. Yo seguía silencioso los pasos de Chokonay, que, una vez más, con la angustia pintada en el rostro, me preguntó:

—Oye, dímelo sinceramente: ¿no les haré reír con este frac?

—¡No, hombre! ¡Todo lo contrario! —le dije, empujándole para que avanzase.

El perchero de la espaciosa antesala estaba repleto de sombreros, de chisteras, de gorros militares, de capas y dormanes de húsares. En las sillas había extendidas ricas pellizas femeninas forradas de seda. En las salas interiores centelleaban los candelabros y se percibía de manera confusa el susurro de ligeras y femeniles voces, de risas nerviosas, de fuertes charlas masculinas.

—Sígueme —me dijo Chokonay.

Me sentí palidecer.

En la primera sala, Chokonay abrióse paso entre un grupo de invitados que estaban conversando y tocó ligeramente el brazo del general, que se hallaba al lado del piano. El general llevaba pantalones negros, con flamante franja encarnada, y todo el pecho cubierto de condecoraciones.

—Permítame, querido tío Otto, que le presente un amigo.

El general se volvió hacia nosotros, me examinó con atención, acercando su rostro a mi cara, escuchó mi nombre frunciendo ligeramente las cejas y, después de juntar sus tacones a la manera militar, haciendo sonar las espuelas, me dijo:

—Encantado de conocerle.

Me estrechó cordialmente la mano, y luego, llevándose la suya a la barbilla, me dio la espalda y continuó su conversación con un señor bajito que estaba a su lado y que le escuchaba con sus atentos ojos cubiertos de centelleantes lentes.

Luego, pasamos al saloncito donde se hallaban las señoras de edad. Entre ellas reconocí inmediatamente a la señora del general. Chokonay me presentó:

—Querida tía, te presento un bailarín excepcional.

La generala, con afable sonrisa, me tendió la mano. Hice una profunda reverencia y se la besé.

—Me han dicho que vive usted en esta misma casa.

—Sí, Condesa.

Me incliné nuevamente, esta vez ante unas damas ancianas, y pronuncié mi nombre.

Chokonay me condujo al jardín de invierno, donde estaba reunida toda la juventud. Mi mirada, ya desde lejos, descubrió a Edith.

—He aquí la víctima —dijo Chokonay, presentándose.

Edith me tendió su fresca y fina mano, que dejó entre las mías quizás un poco más de lo corriente o, tal vez, sólo fue una apreciación mía.

—Hace mucho que le conozco a usted de vista —me dijo.

No contesté y me incliné ligeramente. En el jardín se había hecho una pausa y seguían las presentaciones; apretones de manos, nombres apenas susurrados. Yo me di cuenta de que era el blanco de todas las miradas. Comprendí, por el silencio que se había formado en torno de mí, que mi aparición había causado sensación profunda en los reunidos. Me aparté un poco del centro, hacia la pared, en donde Chokonay estaba revolviendo una caja de puros. La conversación se animó de nuevo; pero, al volver yo la cabeza hacia aquel grupo, pude ver que algunos ojos estaban aún fijos en mi persona; también los de Edith. Vestía ésta un traje blanco y llevaba el cabello peinado en dos mofletes llenos de reflejos dorados. Admiré su graciosa figura de gacela. Estaba hablando con un teniente de ulanos, de alta estatura y rostro coloradote.

—¿Quién es aquel teniente? —pregunté a Chokonay, por decir algo.

—El Conde Ahrenberg. Ignoro su nombre de pila.

Yo estaba inquieto.

Pero Chokonay, sin duda alguna, no debió de darse cuenta de ello.

—¿Si éste... si éste... Ahrenberg...?

Chokonay me continuaba explicando quiénes eran las personas allí presentes. Al fin, me señaló una señora joven, muy delgada, y me dijo:

—Es la mujer de Ahrenberg.

Estas palabras me reanimaron.

Aún no había hablado con Edith, pero nuestras miradas se encontraban frecuentemente.

Nos sentamos a la mesa. En el níveo mantel, brillaban confusamente los cubiertos de plata, las copas de cristal y las porcelanas. Esparcidas por la mesa había profusión de flores. En el mango de los pesados y argénteos cubiertos destacaban las nueve puntas de una corona grabada. Yo estaba sentado enfrente de Edith. A su derecha se hallaba un joven de pelo amarillento y con la cara llena de granos. A su izquierda estaba el Conde de Ahrenberg, quien tenía a su lado un joven grueso que me llamó poderosamente la atención: su cabeza parecía la de un cerdo, llevaba un monóculo y comía y bebía desmesuradamente. Al hablar, dejaba de pronunciar la erre. Decía: *güégote*, por *ruégote*; *queguido amigo*, *el vino es vegdadegamente guico*. Y dirigiéndose a la señora de Ahrenberg:

—Pegmítame, queguidísima condesa...

Aún me acuerdo de su nombre: se llamaba Turkevey. Recuerdo también que, al presentarse, pronunciaba su apellido con unas erres exageradas y enérgicas; así, decía Turrkevey... Evidentemente, consideraba su apellido como una cosa importantísima, pues descendía de la famosa y antigua familia de los Turkevey.

Junto a mí tenía una muchacha cuyos ojos de pez se estremecían cada vez que yo le dirigía la palabra; pero en toda la noche no llegué a sacar de su boca una sola sílaba. Al otro lado, tenía a una rechoncha señora que, esgrimiendo su servilleta como un arma, sostenía una animadísima conversación con un oficial de húsares. De vez en cuando, se volvía hacia mí para excusarse de que me diese la espalda.

Entre estas dos mujeres me sentía completamente solo, de lo cual estaba muy satisfecho. Edith parecía aburrirse con sus vecinos de mesa. Detuve mi mirada en ella y la fijé insistentemente; era una mirada un tanto dominadora. Ella, al principio, movía la cabeza de la misma manera que cuando el sol nos molesta a la vista. Luego, paulatinamente, se habituó a la situación y me contestó con una larga mirada. Si yo hubiera sido escritor habría podido hacer un libro titulado *El mudo lenguaje de los ojos*; y, de haber sido un Wagner, acaso compusiera una sinfonía sobre *Los combates de las miradas*.

Imagínate expresado musicalmente cómo un hombre y una mujer que aún no se conocen se lanzan a un duelo mudo, a una silenciosa lucha de amor, tan sólo con miradas, ora altivas, ora tímidas, humildes, evasivas, ora insistentes, inflamadas, ora consentidoras, pensativas, prohibitivas, atónitas, jubilosas, defensivas, suplicantes o estáticas. ¿Te imaginas todo esto expresado en música, interpretado por una orquesta de violines, oboes, flautas y agudas trompas? ¿Has experimentado alguna vez esas sensaciones indefinibles que despierta en el alma una mirada de mujer que tímidamente dice «Sí»?

La mirada de Edith, tras de una actitud defensiva me había dicho que «sí». ¿O, quizá, fue tan sólo que mi agitada fantasía así se lo imaginó? Yo había bebido mucho vino, buenos y ricos caldos. También a Edith le brillaban los ojos. Sin embargo, aún no habíamos cambiado ni una sola palabra.

Después de la cena, la sala fue despejada de los muebles que la ocupaban y empezó el baile.

Yo me dirigí al jardín de invierno y me senté en un semioscuro rincón. Quería que Edith viniese hacia mí. Quería que fuese ella la que acudiera en mi busca.

Eran ya las dos y comenzaba a temer que Edith no viniese, aunque, alguna que otra vez asomó a la puerta de la estancia, cosa que hizo tan repetidamente, que me causó el efecto de que quería asegurarse de que yo seguía en el mismo sitio.

Finalmente, vino hacia mí y se sentó a mi lado. Estaba fumando un cigarrillo. Tenía los ojos brillantes y los cabellos un tanto desordenados.

—¿Por qué no baila usted?

—No sé bailar.

—Pero, ¿no me ha dicho Chokonay...?

—He mentido a Chokonay. No bailo.

Hubo un breve silencio.

—¿Y por qué ha mentido usted?

—Deseaba a cualquier precio estar hoy aquí.

Tanta sinceridad pareció sorprenderla, y, con los ojos muy abiertos, me preguntó, interesada:

—Pero... ¿porqué?

Sin mover la cabeza, y como si me dirigiese a la torneada pata de la mesa que estaba contemplando, dije con extraña y monótona voz:

—Porque la quiero. Porque la quiero mortalmente. La he visto tres veces en mi vida y la quiero...

Luego siguió un silencio, tan prolongado, que tuve la sensación de que no sería turbado nunca más. Al fin, Edith dijo suavemente:

—No le creo.

Nada contesté.

Edith se levantó y se dirigió hacia la salida. Yo permanecí inmóvil; ni siquiera moví la cabeza. Hacía rato que el cigarrillo se me había apagado entre los dedos. Edith deseaba —así lo creí— que la siguiera. Sin embargo, no lo hice. En el umbral se detuvo y volvió su rostro hacia mí, pero permanecí inmóvil.

Un cuarto de hora más tarde volvió y se sentó nuevamente a mi lado. Yo seguía aun en la misma postura. No me dijo nada. Yo tampoco hablé: una sola palabra hubiese profanado aquel silencio maravilloso.

Después de cierto tiempo, se puso nuevamente en pie y salió. Esta vez la seguí. Una habitación vacía separaba el jardín de invierno del guardarropa. Esta habitación estaba a oscuras. Eran cerca de las tres de la madrugada. Muchos invitados se habían ya marchado. En la oscuridad de la habitación me acerqué a Edith. Cogí su mano y la apreté entre las mías. Y entonces besé a Edith von Raben. La besé en la boca, en aquella boca fría y altanera.

Tuve la sensación de que mis labios habían tocado terciopelo, una flor o quizá, un tizón encendido. Pero todo esto no duró sino unos segundos; ella corrió hacia el guardarropa y yo volví al jardín de invierno. Ignoro el tiempo que permanecí allí, inmóvil, con el cigarrillo apagado entre los dedos. Súbitamente, entró Chokonay. Estaba triste.

—Oye, te lo ruego, dime la verdad. Este frac, ¿no me resulta demasiado largo?

Le miré con una expresión que quería decir: «¿Estás loco?». Y esto, visiblemente, le tranquilizó.

—Te digo esto, porque las hermanas Barabas han estado toda la noche riéndose de algo. Yo tengo la impresión de que querían burlarse de mí.

Entonces, levantando los brazos y canturreando un aire de ópera, pasó a la otra sala —en donde se bailaba todavía—, con movimientos de danzarín. Estaba ya un poco embriagado.

Me fui con los últimos huéspedes. Con Edith, después del beso, no pude hablar más, ni tampoco yo deseaba hacerlo. Ella, intencionadamente, me evitaba. Nuestro primer encuentro había iluminado fugazmente la oscuridad de aquella noche cual un maravilloso fuego de artificio de nuestra juventud, que estalló esparciendo mil chispas de colores en aquella sala vacía, con la audacia de aquel beso que nos había llenado de un sublime e inexplicable sentimiento para el que toda palabra hubiera resultado imperfecta y absurda. ¿Cómo expresar el fuego, el color y la música de aquel silencio?

Sin embargo, yo tenía que despedirme de ella antes de abandonar su casa. Me tendió su mano, casi con resistencia y sin mirarme a los ojos.

Subí rápidamente a mi casa, me eché, vestido, en el canapé y permanecí largo rato inmóvil. Cuando, finalmente, me desperté de mi ensimismamiento, a través de la ventana se difundía una luz suave, un resplandor lácteo. Era un alborar de invierno.

Al día siguiente, volví a encontrarla ante la casa. Contestó a mi saludo con una sonrisa un poco triste y pareció decidida a seguir su camino sin detenerse. Yo había preparado toda una declaración: frases que me había repetido cien veces como un actor que estudia su papel. Sin embargo, en aquel instante, comprendí que mis palabras hubieran sido intempestivas, vacías, absurdas y triviales. Si le hubiera dicho: *La quiero*, me hubiera mirado seguramente con estupor y no me habría comprendido. Yo no sabía cómo enriquecer la conversación. Finalmente, le dije la siguiente tontería:

—¿No la ha cansado el haber trasnochado ayer?

Apenas hubieron salido estas palabras de mis labios, cuando ya estaba avergonzado de su estupidez.

—No —contestó ella lentamente. En su mirada, vi una tímida protesta, el deseo de que no me refiriese a cuanto había pasado entre nosotros. Al mismo tiempo, me parecía entrever en su actitud una severa corrección para mí: «Su pregunta quiere ser una alusión, ¿no es cierto? Usted se siente superior, usted se vanagloria. Me he equivocado con respecto a usted. Considero lo que ayer pasó entre nosotros como un sagrado secreto, un delicioso ensueño, del que ya sólo se debe conservar el recuerdo».

A pesar de todo, logramos encontrar aquel tono justo de conversación que nos permitiese hablar alegremente.

—Imagínese usted que la Condesa de Ahrenberg estuvo celosa toda la noche —me dijo ella—. Y, disimuladamente, recriminó varias veces a su marido.

—¿Y de quién estaba celosa?

—¡Caramba! ¿De quién si no de mí? —exclamó, con un relámpago de malicia en los ojos.

—Es evidente que sus celos no son inmotivados.

—¡No diga eso! Ahrenberg es muy simpático, pero de esto a estar enamorada de él...

Por fin, había salido la palabra. Los dos nos dimos cuenta de ello y nos callamos. La acompañé hasta la puerta de su casa y, antes de separarnos, le pregunté en voz baja:

—¿Cuándo la volveré a ver?

Esto era a la vez una súplica y una confesión.

Tras un instante de vacilación, me contestó:

—Venga mañana por la tarde, a eso de las cinco; estarán también otros amigos.

Y desapareció rápidamente.

Al día siguiente, minutos después de las cinco, ya estaba allí. Temía que mi visita fuese interpretada desfavorablemente, pero la generala me recibió con mucha amabilidad. En el saloncito se hallaban algunas señoras acompañadas de un caballero barbudo. Las señoras eran típicas «damas estropajosas»; el señor barbudo era presidente de una liga de caridad. Todos hablaban en alemán.

Me senté en un sillón y esperé lleno de curiosidad a ver lo que pasaría conmigo, ya que nadie se preocupaba de mí. Tan sólo la generala me dedicaba de vez en cuando una sonrisa.

Poco después entró Edith, que permaneció algún tiempo silenciosa y alejada de mí. A nuestro alrededor, la conversación era como un leve runrún, y, en medio de las olas de palabras, yo sentía la impresión de que nosotros dos éramos dos silenciosas rocas blancas en la rápida y tumultuosa agua de un torrente.

Súbitamente, Edith se puso en pie y, desde el umbral del jardín de invierno, me invitó con un gesto a que la siguiera. Cuando me puse en pie para obedecerla, sentí que mi sangre se helaba en las venas y tuve la sensación de que, de repente, los demás habían callado y todos los ojos estaban fijos en mí; me parecía percibir la voz de la generala que me preguntaba: «Oiga usted, joven, ¿adónde va con Edith?». Sin embargo, cinco personas por lo menos estaban hablando a la vez, y tan sólo a mí me pudo parecer extraño que nosotros nos separásemos de aquella reunión cuyos miembros ni se habían dado cuenta de ello.

—Aquí no nos dejan hablar —me dijo Edith, alegremente, apenas llegué a su lado—. Vámonos a mi cuarto.

Atravesamos la sala en que la noche anterior yo la había besado. La habitación de Edith estaba en el otro extremo de la casa.

En las paredes, en blancos marcos ovalados, había varias artísticas estampas inglesas; un canapé cubierto de terciopelo blanco. Junto a la ventana, un pequeño escritorio. Edith me ofreció un sillón tan maravillosamente blando, que, bajo mi peso, su fondo casi rozaba el suelo. Ella se sentó en el diván, cruzando graciosamente las piernas y uniendo las manos sobre su regazo.

Miré a mi alrededor; todo estaba caracterizado por una sencillez casi monacal. Mi mirada se posó en el lecho, encima del cual había un cuadro de la Virgen; sobre la mesita de noche vi una fotografía de los padres de Edith. Fijé prolongadamente mi mirada en su cama y creo que ella adivinó mis pensamientos, que expresaban el deseo

de revolver la ropa de su lecho.

Durante largo rato reinó el silencio.

—¿Conque este... éste es su cuarto? —dije, finalmente, como en éxtasis, y alargando los brazos como si quisiera abrazarlo todo.

—Sí —murmuró ella, sonriendo.

Desde su habitación, se abría otra puerta más. Edith se levantó, la abrió y escuchó como si hubiera oído algún ruido. Luego entornó la puerta, evidentemente con la intención de que pudiésemos oír a tiempo si alguien se acercaba por allá. Para atravesar aquella habitación vacía y llegar a la puerta entornada de la estancia en que nos hallábamos, pasarían, por lo menos, uno o dos segundos. ¡Una eternidad! Por el otro lado, había tres alcobas también vacías. De esta parte, no nos amenazaba ningún peligro.

Me senté en el diván junto a ella. No protestó. Entornó sus ojos e inclinó ligeramente hacia atrás su cabeza. Todo su rostro reflejaba una felicidad mezclada a un virginal terror. De sus labios irradiaba una suave sonrisa.

Al más pequeño ruido, nos sobresaltábamos.

—Si viniese alguien —me dijo ella, ansiosamente—, siéntese de nuevo en el sillón.

Luego se cubrió el rostro con la mano. Ya éramos cómplices. Fue ella la que me sugirió cuál debía ser mi actitud.

Por la parte del jardín de invierno, oímos girar un picaporte.

Rápido como un relámpago, me senté nuevamente en el sillón. Pudimos percibir el susurro de un vestido de seda. La generala entró en la habitación. Cogió entre sus manos el rostro sonrosado de Edith y lo besó.

—Oye, pequeña, ¿has visto mis llaves? No las encuentro en parte alguna.

Y volvió a salir de la habitación.

Con oído atento escuchamos cómo se alejaban sus pasos. Y, cuando la puerta de la tercera habitación se cerró tras de la generala, volví a sentarme al lado de Edith.

Cuando, hacia las siete, me despedí de ella en la antesala, le pregunté:

—¿Cuándo la volveré a ver?

Me miró con expresión tranquila y me contestó:

—Mañana a las cinco.

Días después, pude enterarme de que la generala era nuestra secreta aliada. El general solía pasar todas las tardes en el Círculo Militar.

Un día, le pregunté a Edith:

—¿Sabe el general que vengo aquí todos los días?

Edith estaba fumando un cigarrillo y, despidiendo una bocanada de humo, se encogió de hombros y me dijo:

—No; pero, ¿qué importa? Basta con que lo sepa *Cecil*.

Tenía la costumbre de llamar *Cecil* a su madre.

El quinto día de nuestras relaciones, no fui al despacho.

Telefoneé diciendo que estaba enfermo. Me quedé en cama hasta el mediodía, fantaseando y fumando abundantemente. A primeras horas de la tarde, fui a pasear por los montes de Buda.

Al día siguiente, decidí volver al ministerio.

Tanto Chokonay como Margit me recibieron diciéndome que tenía muy mala cara. Margit sacó un pequeño espejo y me lo ofreció:

—Mírese un poco y se convencerá. ¡Qué cansados tiene los ojos!

Chokonay me llevó aparte y me dijo:

—No te olvides de ir a visitar a la familia de Edith. Son gente que tiene muy en cuenta eso de las visitas; y, como quiera que fui yo el que te presenté, lamentaría mucho que me hicieses quedar mal, ¿sabes?

Abracé a Chokonay expansivamente y le aseguré que así lo haría.

Diez días después, una noche, Edith (según me lo contó ella al día siguiente) se echó en brazos de su madre y le confesó que nosotros nos amábamos.

La generala puso unos ojos de besugo (así me lo dijo Edith) como si la noticia la hubiese sorprendido enormemente. Por mi parte, tengo la seguridad de que ella estaba al corriente de nuestros amores y que no ignoraba que, cada vez que ella salía de la habitación, aunque tan sólo fuese por unos segundos, Edith y yo nos besábamos; pero la generala tenía, en verdad, un alma angelical y era muy comprensiva.

Edith me aconsejó que escribiese a *Cecil* una bella carta en la que se lo confesara todo; ella misma se encargaría de entregársela.

Hasta medianoche, estuve sumergido en la tarea de escribir aquella carta que, después de muchos ensayos, que consumieron toda una caja de papel de cartas, al día siguiente entregué a Edith, quien la guardó en su seno. Sin decirle nada, le besé la pequeña desnudez redonda que el guante dejaba cerca de la muñeca. Ambos estábamos muy serios.

A las doce y media llegué a la oficina. Margit tenía los cabellos en desorden y la cara alterada. Evidentemente, había sido besada por Chokonay. Éste me preguntó:

—Oye: ¿te has acordado de enviar tu tarjeta a casa de la generala?

Con la palma de la mano me di un golpe en la frente y contesté, fingiendo gran consternación:

—¡Santo Dios!

Chokonay me miró escandalizado.

—Te has olvidado, ¿verdad? ¡Ya estás fresco! Puedes tener la seguridad de que no volverán a invitarte nunca más.

Al regresar a mi casa me entregaron una carta de Edith.

Me invitaba a cenar, ya que su padre se hallaría fuera de casa hasta después de medianoche.

Me puse el *smoking*. Edith llevaba un elegante vestido de noche.

—*Cecil* —me dijo muy excitada— ha leído tu carta —cuando nos encontrábamos solos, naturalmente, nos tuteábamos— y después de cenar quiere hablarte...

En el ojal de mi *smoking*, como para que reposara sobre mi corazón, Edith me había puesto un ramito de muguetes.

Fue una velada deliciosa. Durante la cena se habló muy poco y —sin que supiera decir por qué—, a veces, hablábamos en voz mucho más baja que de costumbre. La generala no hizo ninguna alusión a mi misiva. Después de tomar el café, puso sobre la mía su bella mano algo marchita y me dijo:

—Hijo mío, venga usted al salón. Tenemos que hablar un poco...

Al oír estas palabras, Edith se sonrojó hasta el lóbulo de sus orejas, se puso en pie, salió corriendo de la habitación e interpretó al piano, situado en la habitación vecina, una desenfadada marcha de *cow-boys* norteamericanos.

Nosotros, entre tanto, habíamos pasado al salón. La generala, cerró la puerta y me hizo sentar ante sí.

—He recibido su carta... —me dijo con voz tranquila, mientras me miraba sonriendo como si quisiera ocultar con su sonrisa su profunda emoción. Y no dijo nada más. Quizá ni siquiera tuvo la intención de añadir algo. Deseaba que hablase yo... A través de la puerta, se oía el piano de Edith, que ahora tocaba un vals lento... Hablé...

Le hablé de mí. Le conté cosas de mis padres. Le dije que poseía cerca de quinientas hectáreas de tierra; una pequeña casa que no desmerecía el nombre de castillo; un gran jardín rico en nogales; que no tenía a nadie en este mundo; que no tenía deudas; que no bebía ni jugaba; que gozaba de excelente salud. ¿Enfermedades de la juventud? No: de esto podía estar completamente segura. Le expliqué que no tenía intención de quedarme en el ministerio, pues pensaba dedicarme a la política. Y añadí que amaba a Edith y que deseaba hacerla mi mujer.

Hablé lentamente, con largas pausas, como si de vez en cuando un recuerdo, una frase, me hicieran languidecer. ¡Gran Dios! ¿No se trataba, al fin y al cabo, de mi vida?

La generala me escuchó atentamente, en silencio, como un sacerdote recoge la confesión de un feligrés.

Cuando terminé de hablar, ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Con voz emocionada, me dijo:

—Yo quiero inmensamente a mi hija. Ella también me quiere mucho y nada en el mundo es para mí más preciado que la felicidad de mi Deti —así llamaba a Edith.

Luego, a su vez, se puso a hablar de ella y de su familia. Me explicó que había sido una muchacha muy pobre, aunque su padre fuera coronel de dragones. Conoció a su marido en Klagenfurt, cuando no era más que capitán. Él era rico. Su autoridad era incontestable y el destino de Edith dependía de sus decisiones. Me aseguró que el general, bajo su severidad y rigidez, tenía muy buen corazón. Desconfiado por instinto, era raro que se aficionase a alguien. Pero el que lograba captarse sus simpatías podía contar con él durante toda su vida. Me dijo que, de momento, era preferible no decirle nada: con el tiempo se presentaría, forzosamente, una ocasión

favorable. Ella, de todas maneras, nos protegería facilitándonos, con su táctica femenina, el cumplimiento de nuestros deseos.

Lleno de gratitud, le besé la mano. Ambos estábamos demasiado conmovidos para pronunciar una sola palabra. Finalmente, la generala se levantó y dijo:

—Espérese aquí, que ahora le mando a Edith.

Y me dejó solo, lleno de mil confusos pensamientos que rodeaban mi corazón como cuando en primavera las densas nubes de pesados perfumes se extienden por encima de las matas de jazmín.

Un instante después, Edith entró corriendo en la habitación. Con deliciosa coquetería llevó su índice a los labios y prestó oído hacia la habitación vecina, de la que había cerrado la puerta para evitar toda sorpresa. Luego se abandonó en mis brazos. Permanecimos así largo rato. Yo escondí mi rostro entre los pliegues de su blusa y confieso que, de esta manera, traté de esconder una lágrima; la más bella de mi pobre vida.

¡Oh, no sabes cuánto me gustaría poder describirte aquella hora inolvidable! Estábamos convulsa y salvajemente abrazados. Estábamos ardiendo y nuestro propio ardor nos consumía.

Su pequeña y tibia mano tenía abrazado mi cuello. Ahora mismo, en este instante, cuando ya siento el frío hálito de la muerte, percibo aún todo su calor en mi nuca. Dulce ardor. Llama de la existencia. Beso cálido de primavera. ¿Con qué palabras podría expresarte todo esto? Ella había cerrado los ojos y, con el rostro echado hacia atrás, esquivaba mis besos. Su cara tenía una tan suave y conturbada expresión, que sería inútil que yo intentara describirla. ¡Con qué concreción veo ahora sus ojos y la sinuosidad maravillosa de su boca! ¡Cuán claramente vuelvo a ver, en este momento, su faz extasiada, sus espaldas de adolescente, sus pequeños senos, su dulce boca entreabierta y febril y sus pequeñas manos tenazmente hundidas en mis cabellos!

El picaporte giró chirriando y nosotros, precipitadamente, nos separamos. Sin aliento, nos sentamos apartados uno de otro. Luego renació el silencio y volvimos a abrazarnos.

Sin embargo, antes de medianoche, quise volver a casa, pues no tenía ganas de encontrarme con el general.

Sobre los montes de Buda, la primavera desplegaba sus pompas. Un domingo, por la mañana, vi que, ante la iglesia de los Franciscanos, las floristas vendían ya perfumadas violetas. Junto al puente de la Reina Isabel, el *square*^[6] se despertó una mañana con todos los macizos llenos de innumerables gemas doradas.

Todos los días, a primera hora de la tarde, Edith y yo dábamos largos paseos por el monte Gerardo. De vez en cuando, nos sentábamos a reposar en un banco, y Edith, con la contera de su sombrilla, trazaba planos en el suelo: ¿cuántas habitaciones tendría nuestro futuro hogar? ¿Dónde estaría emplazado el comedor, mi estudio, el salón...?

Una vez, la llevé a la calle del Pintor Manyoki, en donde había un terreno en venta en el que decidimos hacernos una torre. Edith midió el terreno, y durante muchos días formábamos proyectos acerca de nuestra futura vivienda. El resultado de mis gestiones fue que encontré en un café del Bulevar Rakoczi al señor Mandel, un pequeño hebreo completamente calvo y que era el encargado de vender aquel solar. Después de dos días de negociaciones, cerramos el trato y, radiante de felicidad, llevé a Edith el contrato de compra.

Un día, mientras, cogidos del brazo, bajábamos del monte, me preguntó:

—Oye, supongo que tampoco debe de gustarte tener un dormitorio en común, ¿verdad?

Pronunció estas palabras con tanta dulzura, con aire tan tímido y miedoso, que besé su pelo, que mientras caminábamos, me rozaba continuamente la mejilla.

En adelante, hablamos cada vez con mayor libertad de nuestro dormitorio y de la cama. Durante los largos paseos primaverales, éste era el tema principal de nuestra conversación. Ella se apretaba contra mí con una feliz y espantada curiosidad cada vez que yo le hablaba de algo hasta entonces desconocido para ella. Imaginativamente, vivíamos todos los detalles de nuestra luna de miel, y esto hizo nuestros paseos más ardientes.

Sin embargo, no nos sentíamos nunca seguros. Y si alguna vez nos quedábamos solos, bastaba el más pequeño ruido para que nos llenásemos de sobresalto; esto llegó a ser para nosotros una tortura insoportable.

Un día que Edith no pudo salir conmigo, pasé casualmente por un desierto callejón de Buda. Era una callejuela angosta, silenciosa, como perteneciente a un país de cuento de hadas. Había un muro medio derruido, cubierto de musgo; del alto portal de piedra, colgaban numerosas lilas azules. Un pequeño letrero, fijado en el portal verde, anunciaba: *Piso para alquilar*.

Desde la entrada, eché un vistazo; en medio de un pequeño jardín, un hombre muy viejo trabajaba en el césped. A su alrededor, jacintos de un violeta pálido erguían sus perfumados tallos.

—¿De quién es esta casa? —pregunté.

—Entre, por favor... —me invitó amablemente el hombre que estaba en el jardín.

Entré. Un sendero de grandes piedras blancas conducía de la puerta hasta la

veranda. A uno y otro lado, había floridos arriates; en un rincón del patio, circundado por un muro de piedra, un viejo tilo dejaba colgar sus ramas hacia la calle.

—Buenos días tenga usted —dije al entrar.

El viejo dejó al lado el azadón y me ofreció su mano.

—Buenos días, señor. Yo me llamo Sütö. ¿Le interesa la vivienda?

Después de darle mi nombre, dije:

—Sí; pero, primero, desearía verla.

El anciano descolgó de un gancho situado en la pared de azulejos un pequeño manojito de llaves y abrió la puerta vidriera de la veranda. Era una pequeña galería pavimentada con baldosas de color rosado y con cortinas de blanca tela en las ventanas. El viejo me dijo:

—Está libre desde el pasado otoño, pues los inquilinos que habitaron esta vivienda durante dieciséis años, tuvieron que marcharse de Budapest. Le diré francamente que en invierno no es fácil encontrar a nadie dispuesto a alquilarla, ya que la casa está un poco apartada de tranvías y la calle es fangosa. Pero cuando lleguen la primavera y el verano, esto parecerá una hermosa jaula para pájaros. Hágame el favor...

Abrió la puerta de la habitación y me cedió el paso.

La estancia estaba amueblada con un armario, una jofaina, una mesa, algunas sillas; junto a la pared, había dos sillones y un bajo canapé muy amplio. Todo tenía aire de reconfortante limpieza y candor. El pavimento era de reluciente mosaico de color amarillento, sin una mácula de polvo; no se veían en ninguna parte telarañas o manchas. La habitación relucía como limpio cristal. Sobre el lecho, había una oleografía que representaba al poeta Petöfi en el campo de batalla de Segesvar, vestido con su guerrera de color café, apoyado en un codo y escribiendo en el suelo con la sangre que le brotaba de su pecho la frase *Patria mía...* Había, también, un tapiz cuyo dibujo representaba una gran cacería, y un lienzo, un Gobelino mal imitado, en el que, entre arbustos de rosa, se podía ver a un joven arrodillado ante una muchacha. Una pantalla con fleco de perlas circundaba la lámpara de petróleo colocada encima de la mesa. En un rincón, había una pequeña estufa de hierro, reluciente como un charolado zapato.

El viejo Sütö estaba con su llavero en el umbral y, desde allí, seguía todos mis movimientos con ojos escrutadores.

—¿Ésta es la única habitación?

—Sólo ésta, señor...

Mis ojos pasaron revista otra vez a todas las cosas. El viejo Sütö seguía esperándome pacientemente.

—Y, ¿cuánto piden?

Inclinó un poco la cabeza y, mientras su mirada descansaba en la punta de sus zapatos, como si quisiera consultarles algo, dijo:

—Mire usted... solamente cincuenta florines al mes, porque ha de tenerse en

cuenta que este pisito es toda una casita particular. Tiene su patio aparte, llaves de entrada propias. Sin permiso del inquilino, no puede entrar aquí ni un pájaro. Mi mujer viene cada mañana a hacer la limpieza. Y yo, algunas veces, vengo a arreglar el jardín.

—¿Qué edad tiene usted, buen hombre?

—Ochenta años, señor. Vivo con mi hijo al otro lado del río, en Pest. Durante cuarenta años, he sido aduanero en el Puente de las Cadenas^[7]; pero hace tres años que estoy jubilado.

—Bien. Alquilo la habitación por tres meses.

El anciano asintió satisfecho. Le entregué los cincuenta florines, que él puso cuidadosamente entre las hojas de una agenda muy vieja, y me entregó las llaves de la habitación, las de la veranda y las de la puerta.

Al salir, me apunté la dirección, que era: *Ag-utca*, 10 b.

Por la noche, le relaté a Edith mi paseo por aquel barrio de Buda y mis negociaciones con el viejo Sütö. Luego le describí el jardincillo, la veranda, el mobiliario y el silencio paradisíaco de aquel lugar.

Edith me escuchó con centelleantes ojos.

—¿Sabes qué? Cualquiera día iremos allí los dos —exclamó batiendo las manos con alegría. Pero, inmediatamente, quedó aterrada ante su propia idea—. No... eso no puede ser, es imposible... ¡Qué tonterías digo!

Se sentó ante el piano, al que recurría cada vez que quería ocultar una emoción intensa, y empezó a tocar la marcha de los *cow-boys*.

Una tarde, estábamos paseando por Buda. Edith caminaba sumida en sus pensamientos que, como siempre, durante nuestros diarios paseos, giraban en torno del misterio del amor.

La llevé a la *Ag-utca*. Edith, que ignoraba adónde habíamos llegado, iba a mi lado sin mirar a su alrededor, siguiendo tan sólo el hilo de sus ensueños. Al llegar junto al muro de piedra donde colgaban los ramos de lilas, me detuve.

—Hemos llegado.

—¿Adónde?

Con el índice le señalé el número de la casa.

Edith lo miró y me estrechó frenéticamente el brazo.

—No... no... —me suplicó asustada.

—Solamente quiero mostrarte la habitación —le dije, mientras introducía la llave en la cerradura; entonces pude notar que mi mano estaba temblorosa.

Entramos. Primero, yo, luego Edith, que, por un instante, se había detenido indecisa en la acera de la calle.

—¿No te atreves a entrar? —le pregunté riendo.

Mi risa la reanimó. Miró a un lado y a otro y, cerciorándose de que la calle estaba desierta, entró con la cabeza inclinada.

—Mira qué bonito es este jardincillo.

En tanto que ella se entretenía mirándolo, yo cerré el portal.

—¿Qué haces? —me preguntó sobresaltada.

—He cerrado la puerta. Estamos solos.

Edith asió nerviosamente el picaporte. Súbitamente, me trató de usted.

—Déjeme salir... quiero marcharme...

En aquel instante, se me apareció tan extraña, que me asustó. Y me arrepentí de haberla llevado por sorpresa a la casita. Durante unos segundos siguió agarrada al picaporte. Pero luego alzó su mirada hacia mí, cual si quisiera solicitar mi consejo.

—¡Tonta! —le dije suavemente—. ¿Qué temes?

Se encogió de hombros; ni ella misma lo sabía.

Lentamente, nos adelantamos hacia el interior. Abrí la puerta de la veranda, que luego, de súbito, cerré con llave.

Edith se detuvo en el centro de la habitación, miró en torno con ojos aterrados y murmuró casi sollozando:

—¡Dios mío!...

En aquella soledad existía una fascinación que daba escalofríos. Aquel misterioso silencio... en la pequeña habitación privada de todo adorno, detrás de dos puertas cerradas con llave, en una solitaria calle de Buda, todo esto significaba libertad, emancipación, infracción de todas las prohibiciones que refrenan la vida de la juventud.

Edith se sentó en el diván. Estaba palidísima.

Yo puse un almohadón en el suelo, me senté y, reclinando mi cabeza en su regazo, enlacé con mis brazos su cintura.

Ignoro cuánto tiempo permanecemos así. Yo experimentaba en aquella inmovilidad una sensación de inexplicable dulzura. ¿Duró aquello unos pocos minutos o una hora?

Edith me tocó ligeramente la espalda y tuve la impresión de que se me despertaba de un profundo sueño.

—Vámonos. Tengo miedo.

Se puso en pie. Quiso salir. Yo la precedí, para asegurarme de que la calle estaba desierta. Tan sólo se oía el tintineo de las tres llaves que llevaba en mi bolsillo. Súbitamente me eché a reír.

—¿Por qué te ríes?

Pienso en que ni siquiera nos hemos dado un beso.

Edith estaba confusa y atemorizada; suspirando, dijo:

—Si *Cecil* lo supiera... me mataría.

Una alegría desenfadada se apoderó de mí. Reía muy frecuentemente y ella se contagiaba de mi buen humor. Muy alegres proseguimos nuestro camino, siempre por la vieja colina de Buda.

—Nunca volveré a hacer semejante cosa —declaró Edith.

Sin embargo, yo sabía tan bien como ella que al día siguiente, y aun muchísimas

veces más, volveríamos allí.

Una vez llegados a casa, Edith subió apresuradamente la escalera, porque se le había metido en la cabeza que era muy tarde, cuando, en realidad, regresábamos antes de la hora acostumbrada.

Aquella noche, casi sin interrupción, soñé con Petöfi, embutido en su guerrera de color café en el campo de batalla de Segesvar.

Creo que también en el sueño de Edith tomaron parte, como fantasmas, los cuadros y muebles de aquel pisito de la *Ag-utca*.

Al día siguiente, fui a tomar café con ella.

—¿Dónde estuvisteis ayer tarde? —preguntó la generala.

—Dimos una vuelta por el monte Gerardo —dijo Edith, tomando del frutero un racimo de uvas.

Yo me sentí invadido por escalofríos y Edith contestó con tanta naturalidad, que aun quedé más agobiado. Casi hubiera preferido que también ella se hubiese asustado un poco, que se hubiese sonrojado, que, por lo menos, sus facciones hubieran denotado una ligera emoción.

Dos días después, volvimos a la *Ag-utca*. Ambos estábamos enardecidos. Hablábamos de otra cosa y no del inefable misterio de las horas futuras que nuestra fantasía procuraba imaginarse y aproximarnos a ellas como un sediento que, encadenado a la ribera de un río, ve el agua, la anhela, quiere beber de ella, pero no puede hacer otra cosa que gemir angustiado. El agua está a unos centímetros de su boca, y, sin embargo, no puede alcanzarla; percibe su fresco murmullo, siente su aroma, casi la toca, ya la paladea, la siente correr por su garganta y hacia su pecho empapándole hasta los huesos; el corazón le palpita en salvaje galopar, se mueve convulso, pero la cadena le tiene prisionero y el agua corre siempre muy cerca.

Cuando cerré la puerta tras de nosotros y la llave giró en la cerradura, Edith avanzó saltando y, ante la puerta de la silenciosa casita, con los nudillos, dio unos ligeros golpes cual si ésta estuviera habitada.

—¿Se puede? ¿Se puede? ¡Puerta, ábrete! —gritó riendo alegremente.

Aquel día era presa de una exuberante alegría. Estaba embriagada por todo lo que habíamos charlado en el curso de nuestro paseo.

Una vez en la habitación, y después de haber cerrado la puerta, Edith tiró su sombrero, que, describiendo un gran arco en el aire, fue a parar sobre el armario; luego se tendió en el diván como si de improviso la hubiera invadido un dulce sopor. Yacía con los ojos cerrados; nunca la había visto así. Por unos instantes permaneció como ensimismada en sus sueños, hasta que, por fin, se incorporó y, arrodillándose sobre el diván, dio un grito, se puso en pie e hizo un gesto como abrazando el aire.

Una leve y extraña sonrisa inconsciente le cerraba los labios: era su sonrisa más íntima.

Ya ves. Aquí me tienes, explicándote cosas que un verdadero caballero tendría que guardar en secreto: así me lo enseñaron y, sin duda alguna, también tú opinas lo

mismo. Con tu cerebro normal y razonador, vas a leer esta carta mía escrita en la loca exaltación de la agonía, y quizá moverás pensativamente tu bella testa. Pero compréndeme, te lo ruego. Estoy hablando al borde del abismo de la muerte, y quiero gritar a la vida estas últimas palabras mías. Quisiera fijar en el papel aquellos inmortales instantes, esparcirlos sobre la tierra, sobre las montañas, sobre las anchas avenidas, sobre las habitaciones desnudas y desprovistas de todo adorno y sobre las pequeñas ciudades, como perfumadas rosas, para que los hombres los recogieran, los sintieran a su vez y experimentaran su dulce embriaguez, sobre todo aquellos jóvenes que nunca se casan y pierden su juventud y su amor en alguna casa pública situada en una horrenda callejuela. Lo que he vivido yo es un don del destino a mi vida excepcional. El recuerdo de aquellas horas vive todavía en mí. Fue tan sublime aquella hora, que aún me conmueve.

No pasó entre nosotros nada irreparable. Tan sólo quedamos encerrados en aquella pequeña habitación, mientras cantaba en nosotros toda la belleza de la juventud.

Volviendo a pensar en ello, me imagino que aquel día Edith hubiera podido ser mía. Y, verdaderamente, no comprendo cómo no llegamos a ello. No fue más que un juego; un bello y delicioso juego. Un vuelo alrededor de la llama, una suave fiebre; pequeños escalofríos ardientes, caricias que a ella le parecieron de una inaudita temeridad.

Súbitamente, Edith, con manos convulsas, como si se las introdujera en una herida cuyos dolores producen voluptuosidad, se desabrochó la blusa; la bajó hasta tal punto que, de repente, aparecieron níveos y temblando sus pequeños senos de adolescente. Su ardor creció, su imaginación, empujada por el instinto animal, anhelaba la desnudez y la complicidad de mis ojos, que bebían embriagados el candor de su cuerpo, que nunca varón alguno había contemplado, la hizo temblar.

No pronunciamos una sola palabra; las palabras se habían esfumado al calor de la pasión. Sólo unas pequeñas exclamaciones, unas ligeras risas convulsas —voces de dos animales jóvenes y bellos, de dos criaturas que, en aquella embriaguez maravillosa, han retrocedido diez mil años en la civilización del mundo, olvidándolo todo, hasta el mismo lenguaje humano.

Edith permitió que yo la despojara de sus prendas de seda, bajo las que había el virginal misterio de su cuerpo joven. Toda la ropa yacía a un lado; sólo una fina camisita de batista defendía su desnudez. Los pétalos de rosa tienen las líneas tan suaves como las que se dibujaban en el arco de su cuello, en la cándida rotundidad de sus hombros, en la grácil curva de su cadera, en cualquier punto de su cuerpo, las líneas se confundían y se perdían en la sombra. Así estaba ella a mi lado, con sus zapatitos de charol, con sus altas medias de seda de color gris plateado; esbelta, ideal. Era una extraña flor con el tallo envuelto en estaño. Caí a sus pies y le besé las frías rodillas. Luego la cogí entre mis brazos y la llevé al diván. Su boca se unió a la mía con un fuego nunca sentido. Aun ahora percibo su quemadura.

Con la cabeza hundida en la almohada y volviéndome el rostro, se me abandonó como embriagada. Yo, arrodillado ante ella, hubiera querido hacer mío, con un interminable y ávido beso, aquel maravilloso cuerpo.

Más tarde, un cansancio mortal nos despertó de aquel éxtasis. Sin embargo, no volvimos por completo a la realidad. Cuando, con los ojos velados, salimos a la calle, no fuimos aún capaces de pronunciar una sola palabra: nos arrastrábamos como si aquel ardor hubiese consumido nuestros miembros. No nos atrevíamos a hablar, pues, sin duda alguna, a lo más, sólo habríamos podido balbucear algunas palabras.

Al llegar al puente del Danubio, nos sentimos más animosos. Fue Edith la que rompió el silencio.

—¡Dios mío! Apresurémonos. Es terriblemente tarde.

Ya era la hora de cenar.

—No volveremos nunca más a aquella casa —declaró Edith.

En realidad, desde entonces, no pasó ningún día sin que fuéramos a la casita de la *Ag-utca*.

Te he dicho que era el mes de mayo. Una noche, Edith me anunció que tendría que ir a Viena a pasar diez días con la familia. Casi me alegré al oír esta noticia, porque me sentía completamente exhausto, pues éramos tan vibrantes como un arco tendido.

Partieron al día siguiente. Edith me dio sus señas de la *Nibelungengasse*, en la que estaba situada la casa de un tío suyo, propietario de una pequeña fábrica de maquinaria. Convinimos en que nos escribiríamos diariamente.

Aquella noche, al salir a la escalera, me pareció increíble que Edith no fuese mi vecina y que estuviese fuera de su casa. Saqué una silla al corredor y, encendiendo un cigarrillo, miré fijamente al primer piso. Entonces pensé que me quedaba tiempo suficiente para poder reflejar cuanto me había pasado desde septiembre. Mi primer encuentro con ella, cuando la vi en compañía de su familia; cuando la contemplé escuchando el fonógrafo; la escena de la ventana, y el baño de sol; mi llegada a casa en coche; cuando, al entrar en la escalera, le cedí el paso; luego, Chokonay y el teléfono; el baile; el primer beso; los paseos; la *Ag-utca...*, y todo.

La señora Camila intentó entablar conversación conmigo; pero, como quiera que yo le respondía muy vagamente y con largos intervalos, me dejó otra vez solo. Cerré los ojos e intenté imaginarme lo que Edith podía estar haciendo.

Al día siguiente, después de una ausencia de casi dos semanas, volví a la oficina.

—¡Qué mala cara tiene usted! —exclamó Margit, así que me vio. Sus dedos estaban coloreados, como siempre, por la cinta de la máquina.

Me senté al escritorio y miré por la ventana. En un momento de silencio cerré los ojos y me imaginé rodeado por la habitación de la *Ag-utca*.

Entró Chokonay, pero ni siquiera me di cuenta de su presencia. Se me acercó de puntillas, por la espalda, y me dio una palmada en el hombro.

—¡Impostor! Engañarme de esta manera... Ayer telefoneé a Edith y he sabido que has ido a comer a su casa por lo menos dos veces.

—Quería hacerte rabiarse un poco —le dije.

Al mediodía, recibí de Edith una tarjeta postal. Solamente algunas palabras y, al final, muchos puntitos.

Al llegar el tercer día, ya no fui capaz de resistir la tentación. Cogí el rápido a las dos de la tarde y por la noche llegué a Viena. Me alojé en un pequeño hotel, y, al día siguiente, me aposté en la esquina de la *Nibelungengasse*.

Quería verla a todo trance. Deseaba contemplarla en secreto, a escondidas, sin que ella se diese cuenta. Esperé inútilmente desde las once hasta la una y media. ¡Qué bella era aquella torturadora espera! Por la tarde volví. Hacia las seis vi salir una numerosa comitiva de la casa en que vivían los parientes del general. Edith los precedía a todos, acompañada por un señor alto, que vestía pantalones blancos. Detrás, venía el general con una señora vieja, a quien yo no conocía; luego seguían la generala y un señor de austera presencia, que llevaba barba blanca. Junto a ellos, por el asfalto, caminaba un perrito de color bizcocho. No era difícil comprender que la

señora anciana y el señor de barba blanca eran los tíos de Edith; pero ¿quién podía ser aquel individuo de pantalones blancos? Cuando se aproximaron al lugar donde yo estaba, le reconocí: ¡era Ahrenberg!

Inmediatamente me adentré en una calle lateral. No quería que me reconociesen. Cuidando de que entre nosotros hubiese cierta distancia, los seguí. Ellos se dirigieron hacia el *Ring* y entraron en el parque municipal. Allí no me atreví a seguirlos, pues difícilmente hubiera podido evitar que me reconociesen, y eso me habría puesto en ridículo a los ojos de Edith, haciéndola creer que yo era ni más ni menos que un espía.

Aquella misma noche regresé a Budapest, y en casa encontré una carta de Edith. Me decía que estaba cansada de su estancia en Viena y que deseaba volver inmediatamente a su hogar. La última frase de la carta decía: «*Ag-utca*» y nada más. Luego seguían tres líneas de puntitos. Estos misteriosos puntitos eran fáciles de substituir por lo que yo quisiera. La carta no estaba firmada. En vez del nombre, Edith había preferido escribir «Te amo».

Regresaron el martes de la semana siguiente.

Apenas vi al general salir de su casa, luciendo su pantalón blanco y con la mano en la empuñadura de su sable, me precipité a ver a Edith. Sin embargo, comenzó a fermentar en mí un sentido de rebelión: ¿por qué debía esconderme de tal manera ante el general? Al fin y al cabo, lo que yo ambicionaba era legítimo y leal: tomar por esposa a su hija, a la que amaba y quien me amaba. ¿Por qué esconderme, entonces? ¿Qué se me podía reprochar? Era joven, gozaba de buena salud, pertenecía a una familia de la rancia nobleza; tenía un título, un empleo, un porvenir esperanzador y un patrimonio mediante el cual podía asegurar a Edith una existencia desahogada. Era, en fin, un perfecto caballero y acariciaba para el porvenir grandes ambiciones.

Mientras bajaba la escalera, me di cuenta de cómo estas últimas se habían ido apaciguando desde que conocía a Edith. Sonriendo, no sin cierto remordimiento, evoqué el período transcurrido después de la muerte de mi padre, en la desierta casa de mis abuelos.

Rememoré nuestra casa, nuestra bella mansión señorial de Peterfalva, con su austera fachada, con sus ventanas protegidas por rejas verdes; me acordé de los viejos nogales umbríos, de la vieja Chete, que me hacía escribir semanalmente a su hijo, para comunicarle noticias de Peterfalva..., donde nunca ocurría ninguna novedad. ¡Cómo había olvidado todos aquellos recuerdos! ¡Cómo los había traicionado!

Tales eran los pensamientos que ocupaban mi mente y que oprimían mi corazón en el momento en que entraba en casa del general.

Edith me recibió haciendo una irónica reverencia y me ofreció su frente para que la besase.

—Has crecido desde que te vi por última vez —le dije, sonriendo. Esta broma servía para darle a entender cuán largos me habían parecido aquellos diez días de separación.

Tuve la impresión de que sus mejillas se habían coloreado bastante: estaba bronceada por el sol, e incluso noté diferente su peinado.

Empezamos a hablar. Y, maravillado, me di cuenta de que no sólo el color de su cutis y el arreglo de sus cabellos había cambiado, sino también el timbre de su voz. Asimismo su manera de mirar. Antes, cuando su mirada descansaba, yo podía, durante largos minutos, sumergir en ella la mía: como en el firmamento o como a la orilla de un lago, en el quieto espejo del agua. Pero, ahora, su mirada me parecía huidiza, turbia. Otras veces, mi mano erraba sobre su espalda, sobre su talle o sus rodillas, posándose en estos lugares como si con ello pusiese en práctica un tácito derecho de posesión. Ahora ella reprimía fríamente hasta el más mínimo gesto confidencial. Y esta frialdad imperó entre nosotros como una invisible barrera helada.

Naturalmente, me guardé muy bien de comunicarle que había estado en Viena y que la había seguido.

—¿Cómo habéis pasado el tiempo en Viena? —le pregunté.

—Hemos estado paseando continuamente.

—¿Cómo está el conde?

—¿Qué conde?

—Ahrenberg.

—¡Pero si no le he visto desde el año pasado!

Me mordí los labios: tuve como la sensación de que alguien me había asestado un golpe en la cabeza con un martillo. Palidecí. Pero hice un esfuerzo por dominarme. Estaba sentado en la sombra y ella no pudo notar que mi cara se había vuelto repentinamente blanca. Intenté hablar, pero no lo logré.

Hubo una breve pausa.

—He oído decir a mi tía Nina que está divorciado —añadió Edith, afectando un aire distraído e indiferente.

¡Oh, qué efecto causó en mí aquella frase! Sentí como si alguien me hubiese abierto las venas y toda mi sangre afluyese precipitadamente al corazón. Escruté cuidadosamente su cara; tenía la misma expresión que aquel día en que, con absoluta calma, mintió a su madre, mientras buscaba en el frutero un racimo de uvas.

Haciendo acopio de fuerzas, pregunté con voz ronca:

—¿No le has encontrado?

—Creo que ni siquiera está en Viena —contestó levantando graciosamente los brazos, para arreglarse unas horquillas de su peinado.

Ambos permanecimos silenciosos durante largo rato. Yo notaba que mi cara se había puesto tan blanca como la tiza. Mis pensamientos se agitaban tumultuosamente, desesperados como náufrago a punto de ahogarse. ¿No me habría equivocado yo? Pero no, no: volví a ver claramente la cara pecosa y las piernas largas de Ahrenberg y su vestido de tenis. Me hubiera gustado incorporarme y darle a Edith un golpe en la cara, con mi puño cerrado... Matías, escúchame: dentro de pocas horas, una vez acabe esta carta, moriré, purificado, aliviado. Y, lejos ya de todas las cosas humanas,

puedo juzgar ahora secretamente ciertos instantes decisivos de mi pasado. Bien, Matías, te digo que hubiese debido hacer eso. Hubiera debido ponerme en pie y, con un grito feroz, imprimir la señal de mi duro puño en la cara blanca, delicada y pérfida de la hija del general. Así, quizá la maldición que ahora pesa sobre mi corazón no habría podido germinar. Y tal vez no me encontraría aquí, con el corazón sofocado por este último sollozo.

Pero, entonces, hallándome frente a ella, no tuve ni siquiera fuerzas para levantar la mano. La miré fijamente y, luego..., luego, en voz baja, pero escupiéndole las palabras en la cara, le dije:

—Está mintiendo.

Ella se puso en pie precipitadamente. Centelleaban sus ojos.

—¿Cómo se atreve a hablarme de esta manera? —Los perfectos arcos de sus cejas se alteraron. Su fisonomía adquirió una expresión que yo no había visto nunca. En aquel momento estaba odiosa.

Matías, vuelvo a ver ahora aquel rostro con claridad alucinante... Después, volvió a sentarse y miró hacia otro lado.

Me dirigí a la ventana y miré hacia fuera. Una densa cortina blanca lo cubría todo. Fijé atentamente mi mirada en aquel vapor fluctuante. Cuando volví a mirar hacia dentro, vi que Edith permanecía inmóvil. Mis ojos se fijaron en un pequeño escritorio en el que yacía una tarjeta postal. Reconocí la letra de Edith. Estaba dirigida «Al Excelentísimo Señor Conde Carlos de Ahrenberg, Hotel Sacher. - Viena».

La cogí, pero no pude leer más que estas palabras:

«Referente a lo que usted me dijo el jueves pasado...».

Edith, con sobresalto, se lanzó hacia mí y me arrancó la tarjeta de las manos. Esta vez también palideció.

—Ya me perdonarás, pero esto es asunto mío...

La miré largo rato, con los ojos muy abiertos. Me di cuenta de que todo había terminado y de que, cuando saliese de aquella habitación, nunca volvería a poner los pies en ella.

Una sonrisa atónita e inexpresiva crispó mi cara. Hoy la comprendo: esta sonrisa es el sollozo lívido y terrible de los hombres que no sabemos llorar. Con esta involuntaria expresión en la cara me dirigí hacia la puerta y apoyé mi mano en el picaporte. Cuando me disponía a atravesar el umbral, me volví aún por última vez, dirigiendo una postrera mirada a Edith. Y, como si le devolviese todo lo que había existido entre nosotros, le dije:

—Buenas noches, *señora Condesa*.

Mi voz resonó extraña en mis propios oídos.

Salí y cerré la puerta tras de mí. Edith permanecía sentada en una actitud jactanciosa, inmóvil y rígida como una muerta.

Atravesé el saloncito, el jardín de invierno y el comedor. En cada habitación, me pareció volver a ver a Edith en las actitudes más diferentes: riéndose, fumando,

tocando el piano. Y su cara cambiaba constantemente de expresión. Las habitaciones estaban silenciosas como una tumba. Llegué a la antesala y descolgué de la percha mi sombrero negro, que me pareció tan pesado como si fuese de hierro. De la cocina llegó a mis oídos la voz cansina de la generala, que estaba hablando a la cocinera.

—Borka, no pongas demasiada grasa en el pavo...

No oí nada más. En la oscuridad de la escalera me pareció como si Edith viniese a mi encuentro, desde arriba, vestida de azul marino, con un pequeño ramo de violetas en el pecho. Pero no se oía el ruido de sus zapatos ni el leve susurro de su vestido.

Franquéé el portal y, sin rumbo fijo, salí a la calle; vagabundeé de uno a otro lado, durante muchas horas, hasta que me paré ante el recinto vacío de una casa en construcción. Ya la tarde estival extendía sus sombras en torno mío. Junto a la valla, había un farol de gas cuya luz iluminaba, temblando, un pobre y sucio patio de suburbio.

Extenuado, mortalmente cansado, me apoyé en la empalizada y miré al patio. Un gato negro, extremadamente delgado, se arrastraba por allí soñoliento. En el centro se podía ver una vieja jofaina azul. Con mirada indiferente fijé los ojos en aquel recipiente desfigurado. Mi cabeza estaba vacía y no albergaba pensamiento alguno.

Creo que en aquel momento ya estaba muerto.

Al día siguiente no me levanté. Poco después del mediodía, la señora Camila abrió la puerta y, sosteniendo entre sus brazos uno de sus inseparables gatitos, miró la habitación preguntando:

—¿Está usted enfermo?

—Sí, señora.

—¿Desea que llame al médico?

—No, muchas gracias. Es un sencillo resfriado.

—¿Quiere que le traiga la comida?

—No, muchas gracias. Ya me levantaré más tarde.

Durante dos horas permanecí inmóvil mirando al techo. Mi corazón latía apresuradamente cada vez que oía algún ruido. Lleno de gran convicción aguardaba una carta de Edith. Una carta larga, desesperada, en la que implorase mi perdón. De vez en cuando miraba con espanto el reloj mural; su péndulo oscilaba con monótona indiferencia. Su irritante regularidad y el silencio que reinaba en el cuarto hacían aún más penoso el dolor que pesaba sobre mí como negro peñasco.

Era ya muy entrada la noche cuando salí de casa, pasando por la escalera de servicio. Cené algo en una casa de comidas del bulevar; luego fui a un local nocturno de *varietés*, situado en las cercanías. Allí insulté al camarero porque me ofreció «una mujercita morena». El camarero me hizo una mueca irónica, acompañada de una reverencia y, antes de que yo abandonase el local, dijo algo, que no llegué a entender, al oído de aquella mujer.

Bebí algunas copas de un fuerte licor polaco. Mis pensamientos revoloteaban, cansados, en torno de la figura de Edith. Bebí mucho y mi conciencia, entorpecida, se agarraba al recuerdo de Edith, cuya mirada creía sentir en mis ojos entornados. Eran las tres de la madrugada: el traje negro y blanco de los camareros se confundía con los trajes rojos y verdes de las bailarinas como las tintas de diversos colores en un recipiente de agua. La música se fundía con la deslumbrante luz de las lámparas, y el humo con el tintineo de las copas. Con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones, ya no estaba sentado, sino más bien yacía en la silla; tenía la barbilla sobre el pecho y, fatigosamente, con la escasa lucidez mental que me quedaba aún, intenté huir, para no hundirme por completo en mí mismo y perder el sentido de la realidad.

Salí del local un poco aliviado. Lloviznaba. El asfalto de la calle era negro y resbaladizo bajo la lenta lluvia. Hice parar un coche.

—*Ag-utca* —le dije al cochero.

Subí como un sonámbulo. Las tres llaves tintineaban en mi bolsillo. Una soledad espantosa me rodeaba y, cuando encendí la luz de aquella habitación me pareció que el perro de caza del tapiz se alzaba, y, acercándose, me lamía las manos. En lo alto, donde la escasa luz de la bujía apenas llegaba, creí oír, procedente de la antigua oleografía de Petöfi moribundo, un largo y profundo suspiro.

Me eché sobre la cama, cerré los ojos, y muy pronto me dormí. Junto a mi

cabecera, la bujía había quedado encendida.

¡Dios mío! ¿Qué hora es? ¿Cuántas horas llevo ya escribiendo? ¡Oh, ya no puedo más! La pluma se me cae de los dedos engarabitados por el cansancio. Déjame reposar un momento...

Oigo pasos en el corredor. Vosotros acabáis de llegar al hotel. Ante la puerta que separa mi cuarto del vuestro, hay un armario. Os siento hablar, mas no distingo vuestras palabras, no reconozco vuestras voces. Pero la fresca y plateada voz de Mali ha resucitado, por un instante, la lejana infancia, como lo hace la dulce y suave luna al elevarse sobre el bosque. Ahora tú —o tal vez sea Mali— echas agua en una copa. Oigo el borboteo del agua saliendo del estrecho cuello de la botella. Percibo, igualmente, el grifo del lavabo, que produce un fresco murmullo, tan melodioso como la misma música. Al caer vuestros zapatos al suelo hacen resonar el pavimento. Miro hacia debajo del armario. Junto al suelo veo un hilo de luz amarillenta. Siento cómo Mali muelle su almohada. La cama cruje: os habéis acostado. Para mí sois dos fantasmas.

Habéis llegado aquí en mi última noche, con vuestra alegría, con vuestro amor, con vuestra bella vida, joven y ardorosa. Vosotros rodearéis mi féretro. Si ahora, silenciosa y cautelosamente, corriera a un lado el armario, acercando mi oído a la delgada puerta, quizá podría oír vuestras palabras, que me volverían, sin duda alguna, a la vida. Rememoro con toda claridad la escena: en la pequeña habitación de estudiante estás sentado junto a la estufa, tienes tu cabeza entre las manos. Muchacho de quince años, quisieras morir, tanta angustia te causa el amor que tienes a la pequeña Mali. Pronto o tarde, todos los hombres tenemos que pagar un precio terriblemente caro por haber encontrado en nuestro camino a una mujer: *la mujer*.

Pero, basta ya. Ahora continuaré mi narración, y quizá tenga suficientes fuerzas para llegar hasta el fin.

La señora Camila tenía la costumbre de poner encima de mi mesa la correspondencia. Edith me enviaba siempre sus cartas en sobres de un color violeta pálido; así también llegó su primer escrito: la invitación a la fiesta. Hacía ya un par de semanas que no iba por la oficina. Por las mañanas vagabundeaba por el monte Gerardo, repitiéndome, una a una, todas las palabras, aún las más insignificantes, que en el curso de nuestros paseos había cambiado con Edith.

Hacia la una solía regresar a mi casa, no sin hacerme constar a mí mismo que no había encontrado a Edith; entraba en mi habitación cabizbajo y sin mirar a mi mesa. Me sentaba en un extremo del canapé y, poco a poco, volvía la cabeza al escritorio. Sin duda alguna me esperaba en él alguna carta. Vería en el hule verde la mancha

violeta de un sobre... Pero no había nada en absoluto. A veces, mi corazón se sobresaltaba: encima del escritorio había una carta. Pero nunca la que yo esperaba. Entonces, sin haberla leído, la tiraba. No sé si conoces esta situación; esperar ansiosamente una carta; por tu ventana ves al cartero; sales a la escalera y él se detiene ante tu piso, se acerca a tu puerta, pronuncia tu nombre... y te entrega la carta de alguien que no te interesa.

A veces hundía mi cabeza entre las manos y me preguntaba, gemebundo: «Pero, ¿es posible que sea tan infame, es posible que lo haya olvidado todo tan fácilmente y haya sabido renunciar a nuestra pasión, a la que yo aún sigo tan ligado? ¿Tan fácilmente ha sabido arrancar de su corazón los recuerdos que aún me sangran como heridas recién abiertas?».

Pero nadie contestaba a estas preguntas.

Transcurrieron dos semanas sin que volviese a ver a Edith. En la puerta de la casa, encontré un día, por casualidad, al general. No sé por qué estuve a punto de caerme. Me saludó. Le contesté con jactanciosa sonrisa. Sin duda alguna él no tenía la más pequeña idea de nuestras vicisitudes.

Edith, cuidadosamente, evitaba toda posibilidad de encontrarnos, permaneciendo recluida en su habitación; cosa que también hacía su madre.

Una vez, sin embargo, las vi desde cierta distancia. Pero inmediatamente huí por una calle lateral. Me refugié lejos y me senté en el rincón más oscuro de un café. Al encender un cigarrillo me di cuenta de que la cerilla temblaba en mi mano: temblaba como si acabase de librarme, con un salto desesperado, de una rápida locomotora que hubiera estado a punto de aplastarme y de la que hubiera sentido en la cara el horrible hálito.

Todas las noches acudía a un modesto café silencioso, muy poco frecuentado. A veces me veía asaltado de terrible inquietud. Entonces me precipitaba a la cabina telefónica y llamaba al número de Edith. Si me decían que la línea estaba ocupada, miraba, atónito, la negra garganta del aparato.

Una vez el criado de la casa de los Ralben preguntó con quién hablaba.

—Soy yo —le contesté.

—¿Quiénes yo?

—¡Yo!, ¡yo!, ¡yo! —grité.

—¿Qué desea?

—Me he equivocado —y, descorazonado, colgué el receptor del aparato.

En otra ocasión me apoyé en la pared de la cabina y me eché a llorar. Era la primera y última vez que he llorado en mi vida.

Después de haber pasado una noche en vela, escribí una carta a Edith. Recuerdo aún aquella carta palabra por palabra. Le decía que tuviese compasión de mí, que sufría indeciblemente, que pasaba las noches en horribles tugurios. Que temblaba ante la idea de que, si la situación no variaba, me pegaría un tiro.

No contestó. Esperé toda una semana y luego preparé mis maletas y me despedí

de mi patrona. Tomé el tren. Quería volver a mi casa de Peterfalva. Antes de partir, en el restaurante de la estación arreglé apresuradamente varios importantes asuntos. Escribí a Chokonay, rogándole que comunicase a mis superiores que, por causas imprevistas, me veía en la precisión de abandonar a Budapest durante mucho tiempo y que, por lo tanto, renunciaba a mi empleo. Al viejo Sütö le envié por un mozo las llaves de la casita de la *Ag-utca*.

El tren salía a las ocho. Era una bella y tibia mañana de fines de septiembre. Hacía ya varios minutos que me hallaba sentado en un departamento vacío, cuando entró una señora joven, seguida de un mozo de cuerda, que dejó dos maletas en la red. El tren se puso en marcha. Estábamos sentados frente a frente y permanecíamos tan mudos como las maletas de la red. Cuando entró el revisor pude darme cuenta de que la señora tenía que compartir todo el viaje conmigo hasta Peterfalva, ya que llevaba un billete hasta Kolozsvár. Una vez hubo salido el revisor, nos dedicamos a examinarnos mutuamente; ella calzaba elegantes zapatitos de gamuza; en el sombrero llevaba un tenue velo azul; los arcos finos de sus cejas eran negros como el carbón y los ojos destacábanse en su blanquísimo rostro grandes, negros, sombríos. Tenía una boca demasiado pequeña y sobre sus labios llevaba un ligero toque de carmín.

También ella, con mirada mesurada, me estaba observando; a su vez examinaba cuidadosamente mis ojos, mis zapatos, mi corbata, mi boca.

El sol quemaba a través del vidrio de la ventanilla. La señora se desabrochó el abrigo y dejó ver su bello y candoroso cuello. Cuando se quitó los guantes vi que lucía en su dedo anular una alianza de oro.

Procuré imaginarme cuántos años podría tener; representaba unos veinticinco o veintiséis años. ¿Quién podría ser? De vez en cuando, con un gesto muy gracioso, se arreglaba el velo. De toda su persona emanaba una armoniosa y gentil sencillez. Era una de esas mujeres que, en el tranvía, en una sala de espera, en una tienda, son miradas con gusto durante largo rato, en tanto que ellas adoptan un indefinible aire de complacencia.

Hubo un momento en que se levantó para quitarse el abrigo; rápidamente me puse en pie y la ayudé. Ella me dio las gracias con una leve inclinación de cabeza. Entonces me presenté. Sin embargo, tengo la seguridad de que no entendió mi nombre, así como yo tampoco el suyo. Su perfume delicado llenaba el departamento.

—¿Va usted a Kolozsvár?

—Sí, señor.

—¿Es quizá su pueblo?

—De ninguna manera.

—Si me lo permite, señora —dije, después de larga pausa—, intentaré adivinar quién es usted; luego, a su vez, puede hacer otro tanto respecto a mí.

Ella asintió sonriendo.

Con los ojos un poco entornados examiné nuevamente sus zapatos, su sombrero; luego me fijé en las maletas que había en la red y, tras breve reflexión, dije:

—El marido de usted es, sin duda alguna, un industrial; tengo la seguridad de que no es un empleado; dispone de considerable fortuna; hijos... Espere un poco... usted no tiene hijos; pertenece a la religión católica, y puede tener... quiero ser absolutamente sincero: usted debe tener veintiséis años, y ahora se dirige a Kolozsvar para visitar a unos parientes.

Ella, muy divertida, movió negativamente la cabeza.

—No ha logrado adivinar nada en absoluto.

—¡Imposible!

—En primer lugar, se ha equivocado desde un principio. No estoy casada.

—¿Prometida, entonces?

—Tampoco.

—¡Pero si lleva usted la alianza!

—Sí; pero sólo porque me gusta llevarla. Mi prometido será un hombre que...

—¿Qué...? —interrumpí, ansioso.

—... que nunca conoceré y que nunca será mío —concluyó ella sonriendo.

—Es usted, pues, la novia del Ensueño. Ahora sí que puedo decirle quién es: hija muy mimada de ricos progenitores; lleva una vida independiente, no desea casarse y se siente desilusionada de la vida, sin que, sin embargo, haya tenido nunca una verdadera desilusión.

—Se ha equivocado nuevamente. Mis padres han muerto. He sido educada por mi abuela. Y, ¿por qué supone usted que soy rica?

Con el dedo le indiqué las maletas.

—Un equipaje semejante no revela gran pobreza, que digamos...

—¿Las maletas? Me las han regalado. Pero, ¿podría saber por qué me somete usted a este interrogatorio?

—Perdón, señorita. Hasta ahora no le he preguntado nada. No he hecho sino suponer, y en todo, por lo visto, me he equivocado. Sin embargo, ahora me veo en la precisión de preguntarle algo. ¿Por qué se dirige a Kolozsvar?

Se encogió ligeramente de hombros y dijo:

—Porque me aburro.

La miré lleno de admiración.

—¿Qué quiere usted decir? De manera que se aburre y, para remediarlo, va usted precisamente a Kolozsvar, que es una de las ciudades más aburridas.

—Exactamente. A veces una incomprensible inquietud se apodera de mí; entonces me dirijo a la estación y tomo un billete con destino a cualquier sitio: el primero que se me ocurre. El mes pasado estuve en Eperjes.

—¿Y qué hizo en Eperjes?

—Nada absolutamente. Permanecí cinco días en el hotel y luego regresé a Budapest. Se me había metido en la cabeza que en Eperjes encontraría novio.

—Eso indica, si no me equivoco, que tiene usted muchas ganas de casarse.

—¡Pero si ya le he dicho que no me casaré nunca!

Profirió estas últimas palabras con tanta seriedad y en tono tan melancólico que, por breves instantes, guardé silencio.

—No comprendo —dije al fin.

—Considero el matrimonio como una enorme estupidez. ¿Tiene una persona la obligación de ligarse para toda la vida? Aun cuando dos amantes se quieran mucho y estén llenos de las más puras intenciones, ¿cómo pueden saber lo que les reserva el porvenir?

La miré fijamente durante unos segundos y dije:

—Ahora sí que no me veo con fuerzas para decirle quién es usted.

—¡Bah! ¿Qué importancia tiene eso?

—Dígame, por lo menos, con qué objeto va a Kolozsvar.

—¡Pero si ya se lo he dicho...! Porque me estoy aburriendo.

—¿Otro presentimiento? ¿Espera encontrar novio?

Asintió con la cabeza y encendió un cigarrillo. Luego me ofreció otro.

—Ahora le toca a usted —le dije—. Adivine quién soy.

Cruzó las piernas, y después de despedir una gran bocanada de humo, empezó diciendo:

—¿Qué es usted? Terrateniente. Soltero. Deseaba casarse, pero el proyecto se ha ido al agua. Entonces se sintió usted muy infeliz.

La miré asustado y ella se me rió a la cara.

—Es exacto, ¿no es cierto? No es demasiado difícil adivinarlo. Tiene un billete de ferrocarril para una pequeña localidad, de nombre desconocido; con estos trajes y con tales maletas, no puede ser ni notario ni médico municipal; es, pues, terrateniente que vive en Budapest. Además, cuando entré en este departamento, apenas me prestó atención y se puso a mirar por la ventanilla melancólica y obstinadamente. ¿Desea que le diga también cuál es el nombre de su exnovia?

—Tendría mucha curiosidad en saberlo.

—Edith...

Mi corazón latió apresuradamente y, muy pálido, la miré:

—¿Usted me conoce?

—De ninguna manera. Es la primera vez que le veo en mi vida.

—¿La conoce..., quizá, a ella?

—No la he visto nunca. Ignoro quién debe ser.

Y al ver que yo la miraba atónito, se echó a reír.

—Mire usted. Es muy sencillo: aquí, en el brazo del sillón, hay un hilo blanco. Antes de que nos hubiéramos puesto a charlar, usted, por aburrimiento, se ha puesto a jugar con este hilo. Le ha dado una serie de vueltas hasta que, en primer lugar, formó una E mayúscula seguida de una pequeña «d». No le ha sido posible formar más letras, pues el hilo no daba más de sí. Y como yo también estaba aburridísima, le observé y saqué mis deducciones. Es, verdaderamente, muy sencillo, ¿no es cierto?

Miré al brazo de mi asiento: efectivamente, un hilo había trazado sobre el

terciopelo rojo dos letras blancas: *Ed...*

Cogí entre los dedos el hilo —las dos letras se deshicieron— y lo tiré al suelo. Aquella mujer se rió alegremente.

—¿Cómo se llama usted?

—Jozsa.

—Está bien: ahora dígame quién es, cómo vive, qué hace, quién es su amante...

—¡Por Dios! No se precipite usted tanto... Quizá sería conveniente que refrenase algo su curiosidad.

—Pero, ¿quién es usted? —insistí con voz alterada—. ¡Respóndame, se lo ruego!

No me contestó y me dedicó una mueca de menosprecio. En verdad, era estúpido que yo me excitase hasta tal punto. La deseaba.

—Oiga —le dije, después de haberla contemplado durante largo rato con el ánimo trastornado—. Voy a hacerle una proposición: no vaya usted a Kolozsvar y descienda conmigo en la estación de Peterfalva. Yo vivo solo. En mi casa no hay más que una criada vieja. Sea usted mi huésped. Por las mañanas montaremos a caballo; por la tarde iremos de caza. A la servidumbre le diré que es usted mi esposa.

—¡Solamente faltaba eso! —me replicó con aire digno, y sus ojos centellearon un instante.

—¿No quiere aceptar?

Movió la cabeza negativamente.

—¿Y por qué razón?

—Porque no.

Se arregló, nerviosa, el velo y me miró de reojo.

Yo me reí.

—Porque ahora soy yo el que leo en su alma. Desearía aceptar, pero no se atreve a decir sí.

No contestó, y se limitó a mirar por la ventanilla, cosa que también hice yo. En aquel instante los dos examinábamos nuestro interior; los minutos de nuestro pasado que huían tan velozmente como los postes del telégrafo ante el tren en marcha. Y, entonces, al pensar en la caducidad de todas las cosas humanas, sentí un raro afecto por aquella mujer desconocida, de pelo negro. Quizá ella experimentara hacia mí sensaciones análogas.

—Jozsa —le dije con voz melancólica—, venga conmigo. Usted, como yo, también huye de algo o de alguien. Quédese conmigo unos días. Descansaremos un poco. Luego continuaremos nuestros caminos.

Esta vez no movió negativamente la cabeza, pero siguió sin contestarme.

El tren lanzó un agudo silbido, y el interventor, entrando en nuestro departamento, me avisó:

—Nos acercamos a Peterfalva.

Y lo dijo con el mismo acento que si hubiera dicho: «Nos acercamos a una vida nueva».

Jozsa seguía silenciosa; el tren se había detenido y el único mozo de la pequeña estación entró en el departamento.

—¿Las cinco? —preguntó, designando las maletas.

Yo le contesté, diciendo:

—Sí, las cinco.

Pocos minutos después, el coche nos llevaba hacia mi casa.

Jozsa, aturdida, se agarró a mi brazo.

—¡Qué extraño...! —susurró.

—Diré a la vieja Chete que es usted mi esposa.

—¿Quién es la vieja Chete?

—La que custodia la casa. Hace ya cuarenta años que está a nuestro servicio; ya verá, nos llenará de atenciones.

Jozsa, confiada, se acercó más a mí.

—Podrá quedarse en mi casa hasta que le dé la gana. Luego nos devolveremos mutuamente la libertad.

Con los ojos cerrados asintió con la cabeza.

Cuando, más allá del bosque de acacias, vi aparecer mi casa solitaria, desdeñosa y aristocrática, en medio de la verde llanura, me pareció que viajaba en el tiempo hacia atrás. Me invadieron mis ansias de antaño y renació en mí la voluntad obstinada de abrirme camino en la vida, de llegar a ser alguien. Volví a verme tal como era en la época en que, después de la muerte de mi padre, pasaba horas enteras en las solitarias estancias de mi mansión: el perfil duro y viril de mi cara, mi figura alta y esbelta, y el relampagueo de mis ojos oscuros. La hermosa hija del general, la primera noche que estuve en su casa me dio su boca. Esta extraña mujer venía conmigo como si yo fuese su señor. Edith me había quitado la fe. Pero pronto la olvidaría y renacerían en mí todas las esperanzas. ¡Si yo había nacido para triunfar!

El coche entró chirriando en el patio arenoso. Las persianas de las ventanas de la fachada estaban cerradas.

Jozsa soltó una pequeña exclamación de sorpresa:

—¡Qué bonito es aquí todo!

La casa y el jardín eran verdaderamente magníficos. En el oro del sol otoñal, los abetos erguían sus cúpulas verdes. Los arriates floridos estaban llenos de manchas lilas, azules y rosadas; los rojos ladrillos del patio, los blancos muros de la casa, todo era bello y pintoresco. De ambos lados de la finca se oía el ladrido de los perros. Encima del techo de la casa revoloteaba una bandada de palomas. Para los ojos cansados de la aridez de la ciudad, todo aquello había de parecer como extraño y fabuloso.

La viejecita Chete bajó precipitadamente la escalera, agitando los brazos. Si no se lo hubiera impedido, me habría besado la mano. Ayudé a Jozsa a bajar del coche y Chete me cogió por el brazo.

—¡Dios mío! Pero ésta, sin duda, debe ser...

—Sí, es mi esposa. Nos casamos ayer...

La viejecita profirió una exclamación de alegría y se le llenaron los ojos de lágrimas. Besó el traje y la mano de Jozsa. Esta sonreía. Sin embargo, noté en su cara una fugaz expresión afligida.

Miré el reloj. Era la primera hora de la tarde. Fuimos a cambiar de traje. Terminé antes que Jozsa y, mientras la esperaba, recorrí las frías y oscuras habitaciones, que no había visto desde el año anterior. Tuve la sensación de que todos los rincones contemplaban mi vida pasada. Ahora me sentía muy lejos de Edith. Pensaba en ella con verdadero odio.

Llamé a la vieja Chete.

—No digas a nadie que estoy aquí, ni que me he casado. No quiero que vengan a estorbarme. Deseo descansar en paz.

La buena mujer asintió, asegurándome que me había comprendido. Luego, mientras con el delantal frotaba las maletas de Jozsa, me dijo en tono confidencial:

—Debe de ser una gran señora...

—Sí —le dije maquinalmente. Mis pensamientos vagaban hacia lo lejos.

Pocos minutos después apareció Jozsa. Se había puesto un traje de verano que le sentaba muy bien. Desde la elegante blusa blanca hasta los zapatos franceses, de color amarillo, todo era fino y revelaba un gusto exquisito. Durante la comida me pareció que se hallaba un tanto cohibida. Después le pregunté:

—¿No quiere usted descansar un rato?

—No estoy cansada. Y, si tampoco lo está usted, podemos dar un paseo.

Atravesamos el jardín y salimos al campo. Caminábamos muy juntos por el camino flanqueado de azules céspedes de salvia.

—Bien; ahora cuénteme usted su vida —dije a Jozsa.

Ella comenzó a hablar muy lentamente, como si pesara cada una de sus palabras.

—No es muy interesante. Me quedé huérfana cuando aún era una chiquilla; tan sólo tenía un hermano mayor. Usted me ha supuesto veintiséis años, pero en realidad, no he cumplido aún los veintitrés. A los veinte años encontré un hombre que tenía cuarenta y cinco. Era rico, simpático...

Enmudeció.

—¿Y usted fue su amante?

No me contestó inmediatamente. Abrió su sombrilla y miró. Tenía la faz circundada por la rosácea luz que se filtraba por la tela de cretona. En aquel momento estaba muy bella.

—Sí —dijo al fin—. No le amaba. No le había amado nunca, pero me horripilaba el pensamiento de casarme con algún provinciano gris y metódico y verme obligada a acabar así mi vida. Hace tres años, una tarde, me hizo suya. Luego me llevó a Budapest y me amuebló un bonito piso. Era diputado y, cuando iba a la capital se hospedaba en mi casa. Era soltero. En cuanto mi hermano se enteró, vino a verme y me pegó. Luego se fue. Durante dos años no le vi. Luego volvió y nos reconciamos.

Me dijo que éramos los únicos supervivientes de la familia y que, por lo tanto, debíamos querernos. Durante aquellos dos años de separación, él había sufrido un gran dolor; los hombres torturados por el dolor perdonan más fácilmente.

—Y ¿a qué se dedica su hermano?

—Es militar.

—¿Qué grado tiene?

—Sargento.

—¿Le da usted dinero?

—Nunca ha querido aceptar un solo céntimo de mí. Viene muchas veces a verme. Nos queremos mucho. Se llama Francisco.

—¿Y aquella relación perdura aún?

—Hace seis meses que no veo a mi amigo. Padece del corazón. Está en un sanatorio del extranjero. No quiso llevarme consigo, pues su familia insistió en acompañarle. Además, no hay que olvidar que está verdaderamente muy delicado. Sin embargo, cada mes me manda sin falta el dinero suficiente para asegurarme una vida sin preocupaciones.

—¿Cómo se llama?

—¿Le interesa mucho saberlo?

—Dígamelo.

—Adam... Adam Witt...

Tuve tal sorpresa, que casi proferí un grito.

—¡Entonces, el padre de usted fue el jardinero-jefe de la familia Witt!

—Exactamente. ¿Acaso usted conoce a Adam?

—Sí; hace dos años estuve en casa de los Witt y me explicaron la historia de Adam. Ahora veo claramente. Usted ya estaba entonces en Budapest; su nombre es Jolan.

—Sí; él fue quien luego me dio el nombre de Jozsa. Desde entonces, yo misma me llamo así. —Y añadió, con un dejo de ironía en su voz—: Y ahora que usted lo sabe todo de mí, ¿quiere explicarme su vida?

Empecé. Por vez primera experimenté cuán dulce es confiar a otro todo cuanto nos oprime el corazón: parece que con ello entra en nosotros una corriente de aire fresco y un rayo de sol.

Al llegar la noche, dije a Jozsa:

—Ni siquiera le he dado todavía un beso.

Y ella, con un gesto lleno de gracia, me tendió los brazos y atrajo hacia sí mi cabeza.

Más tarde, cuando el vino y la excitación me habían coloreado las mejillas, sentí latir más fuertemente mi corazón; entonces la cogí entre mis brazos y la llevé así hasta la estancia donde estaba el lecho. Sobre la colcha había un ramo de romero, símbolo de que la joven esposa pasa la primera noche nupcial en su nueva casa. Aquello era, sin duda, una feliz ocurrencia de Chete.

Dos semanas después, Jozsa, a pesar de todos mis esfuerzos, quiso partir. La vieja Chete, cuando lo supo, me miró asustada y con aire interrogante.

—Le han escrito de su casa anunciándole que su madre está muy enferma —dije, para serenarla.

Aquella misma tarde ayudé a Jozsa a subir al coche y la acompañé a la estación. Los rayos de sol eran aún bastante fuertes y ella abrió su sombrilla. Bajo aquella difusa luz rosácea me pareció bellísima. Alzó sus hermosos ojos oscuros y me dijo:

—No volveré a verle nunca más.

Yo la miré atónito.

—Y, ¿por qué nunca más?

Ella inclinó su cabeza.

—Usted me da miedo. Le quiero. Sufriría demasiado...

—¡Oh! —exclamé—. Pero, ¿por qué se tortura usted de esta manera?

E, involuntariamente, pensé en mi propio tormento cuando, de noche, errando de una a otra taberna, buscaba un calmante para aliviar todas mis penas...

Las ruedas del cabriolé rodaban ligeras y silenciosas; en una curva de la carretera, la vieja mansión nos saludó por última vez; estaba ya muy lejos; su tejado, en punta, parecía girar lentamente en torno de sí mismo entre la frondosa vereda mientras el cabriolé se alejaba. Escruté la mirada de Jozsa y comprendí al instante el sentido de las palabras que acababa de proferir. Quizá también ella llevaba en sí un veneno, un rasguño en el corazón que hubiera podido profundizarse, extenderse hasta ser una enorme llaga como la que yo tenía del recuerdo de la *Ag-utca*.

Me hubiera gustado decirle cosas bellas, pero no podía, no sabía hacerlo... Saqué del bolsillo un estuche que contenía un precioso anillo antiguo.

—Jozsa, guárdese este recuerdo...

Su cara se llenó de rubor. Contempló largo rato, en silencio, el anillo. Luego levantó su mirada hacia mí y movió lentamente la cabeza. No dijo nada, pero habló por ella su mirada suplicante: deseaba no ser ofendida, no ser humillada con una remuneración...

Comprendí muy bien su plegaria, que estaba como arrodillada en sus ojos. Dije al cochero que parase y salté del cabriolé. En el borde del camino, entre el césped, florecían numerosas margaritas blancas. Cogí cinco o seis de aquellas frescas y candorosas flores y las coloqué en el regazo de Jozsa. Ella volvió su cara hacia otro lado para ocultar dos bellas lágrimas que brillaban en sus negros ojos. Permanecimos silenciosos: absortos. Luego, Jozsa, riéndose, se volvió hacia mí:

—¡Qué loca soy!

Cogí entre las mías una de sus manos y estampé un beso en el redondo agujero que dejaba el guante. Entonces me acordé de que una vez, con el mismo gesto, besé la mano de Edith.

En la estación, mientras esperábamos el tren, empezamos a pasear por el andén. Jozsa se apoyaba en mi brazo y caminaba reclinando su cabeza sobre mi hombro.

Permanecía silenciosa. El recuerdo de aquel beso era suficiente para remover la inquietud en mi alma; me había robado para siempre, me arrastraba consigo, y yo sentía con extraordinaria realidad el perfume de la espalda de Edith cuando, por vez primera, se desnudó allí en el cuartucho de la *Ag-utca*; sentí nuevamente el calor de su mano ardiente y el sabor embriagador de sus labios...

Súbitamente oímos el traqueteo del tren que se aproximaba. Jozsa, muy pálida, me miró. Estrechaba entre sus manos, nerviosamente, las margaritas que yo le había dado. En vano intentaba dominar la emoción que desfiguraba su rostro.

—Conque... —murmuré con voz debilísima, tendiéndole la mano.

Subí al departamento con ella y la besé.

—Pronto regresaré a Budapest y procuraré volver a encontrarla. No lo olvide...

La locomotora lanzó un estridente silbido y el convoy se puso en marcha. Jozsa, asomada a la ventanilla, me miraba sonriendo; estaba muy pálida. Comprendí que aquella sonrisa indicaba un inmenso dolor.

—¡Pobrecita! —pensé, mientras miraba el tren que se alejaba ya muy lejano.

Aquella despedida no me causó ningún dolor. Más bien experimenté hacia Jozsa un sentimiento de gratitud. Aquellas dos semanas que me dieron el benéfico bálsamo del olvido fueron para mí lo que el sueño para un hombre extenuado por el hambre y el cansancio; pero Jozsa no había dejado en mi alma huella alguna.

Una vez en casa pasé revista a todas las estancias; oía aún en ellas el roce del vestido de Jozsa y veía acá y acullá alzarse hacia mí su triste y humilde mirada. En el dormitorio matrimonial flotaba aún en el aire el ligero perfume que ella había dejado. Abrí las ventanas de par en par.

Aquella noche dormí con el corazón apesadumbrado. Pensé en el gran bien que me hubiera hecho el sufrir por Jozsa, abrazando la almohada y pensando en ella. Pero tenía en mí un vacío infinito. También Edith se hallaba muy lejos de mí. Tomé la decisión de no volver a Budapest durante mucho tiempo y de no ver nunca más a Jozsa.

De las montañas del Bihar bajaba ya el otoño.

Los castaños dejaron caer algunas de sus hojas; pero cayeron al suelo con el mismo silencio que si estuvieran sostenidas por un hilo invisible. Las madrugadas eran grises y, por el plúmbeo cielo pasaban nubes de pájaros emigrantes, como recuerdos de un alma desilusionada.

Durante los días de sol solía vagabundear hasta el atardecer: bosques en los que resonaban los cantos de los pájaros; ondulados prados donde, para pasar, tenía que sortear numerosos charcos; rastros tras de los cuales acechaba, ágil y esbelta, la liebre; pequeños y silenciosos claros a los cuales el ocaso otoñal llenaba de una luz amarillenta; las nubes que cubrían el cielo; los carros lejanos, el ladrido de los perros que, al llegar el crepúsculo parecían proceder de algún astro remoto... Al fin, la Naturaleza me había reconocido, abrazándome en su seno.

En el bosque había unos árboles que tenían un especial aroma; de uno de ellos pendía una vieja cuerda. Fuimos nosotros los que la dejamos allí, Matías. ¿Te acuerdas? ¡Cuántas veces subimos sobre aquella prominencia, situándonos entre su robusto ramaje, asustados y felices, luchando con el vértigo!... Un día, el guardabosque me vio y se lo comunicó a mi padre, que me dio una paliza.

Una tarde pasé por el puente de hierro del canal y, pensando en los años de mi infancia, renació en mi mente un remoto recuerdo: yo era, entonces, un chiquillo — debía tener unos diez o doce años—; un día puse un pedacito de chocolate en una cajita de cerillas que luego escondí en una cavidad del arco del puente. Hice aquello con el propósito de ir a buscar el chocolate un día que me sintiera triste, y he aquí que, después de quince años, la cajita, de la que no había vuelto a acordarme, acudía a mi memoria como la luz de una estrella muy lejana...

Bajé a los arcos del puente y me puse a buscar febrilmente entre las barras de hierro. La encontré. ¡Quince años!, y mi alma se entristeció aún más.

Tuve una idea, propia de un ser desesperado: escribí sobre un trozo de papel la fecha del día y las siguientes palabras: *Edith, he pensado en ti*. Luego lo coloqué junto al trozo de chocolate y devolví la cajita a su antiguo lugar. Me quedé un instante con la mirada fija en el vacío. Si después de otros quince años volviese a aquel lugar, ¿qué escribiría en aquel papel?

Me encaminé hacia mi casa, no sin volver antes la mirada hacia el viejo puente. Pensé: de día, por aquel puente, pasaban ruidosos trenes. Ruidosa pasa la vida, pasa el tiempo. Nadie lo sabrá; pero tal vez después de muchos años, cuando nosotros habremos muerto, entre las barras del puente estarán mis palabras: *Edith, he pensado en ti*. Los trenes seguirán corriendo, llevarán nuevas vidas, nuevas juventudes, transportarán hombres que ahora aún no han nacido; correrán, volarán, se precipitarán a través de aquel puente, bajo el cual, entre sus barras de hierro, una voz muda suspirará para siempre: *Edith, he pensado en ti*.

Las mañanas eran cada vez más tristes. Había ya empezado la estación de las lluvias.

Durante el día me sentaba largas horas al escritorio de mi padre. Había pasado un año desde que me despedí de aquellas estancias para trasladarme a Budapest. ¡Cuántas vicisitudes pasé desde entonces!

Con las manos a la espalda me paseaba por las solitarias y mudas habitaciones e intentaba razonar fríamente. Tenía veintiséis años. Era libre, independiente, rico; hubiera podido encararme una vez más con la Vida. Quizá, sin embargo, pensaba yo, era mejor que todo hubiera sucedido así. Había olvidado ya a Edith y, en el porvenir, sería más cauteloso. ¿Por qué no emprender un viaje al extranjero en compañía de una pequeña y graciosa amante, sensible a la belleza de los países y ciudades desconocidos? Pensé aún un instante en Jozsa, pero rechacé en seguida esta idea. Jozsa era simpática, amable y bella. Pero en su mirada se notaba la tristeza y la expresión de su rostro parecía revelar un constante sufrimiento. No, yo deseaba por compañera a una alegre hija de Eva, caprichosa y descarada.

Una noche tuve la idea de echar una mirada sobre el estado de mi hacienda. Me di cuenta de que durante mi estancia en Budapest apenas había gastado las tres cuartas partes de mi renta anual, y no podía decirse, en verdad, que hubiese escatimado el dinero.

Estaba satisfecho y había recobrado la serenidad. Desde hacía mucho tiempo no me había sentido tan alegre; por un momento tuve la intención de hacer uncir los caballos y volver a la ciudad. Así lo hice a la noche siguiente. En el café apenas había dos o tres personas. En el viejo billar había estuches de violines y suntuosos sombreros negros. Los *tziganes*^[8] estaban sentados en un oscuro rincón y jugaban a los naipes. En una mesa, dos comerciantes del lugar jugaban una partida de dominó. Junto a la pared, dormía un traficante en cerdos, teniendo entre las piernas un bastón en cuyo puño apoyaba ambas manos toscas y rojas. A otra mesa vi sentados a unos hombres con los sombreros puestos. Junto a las patas de la mesa había bastantes botellas de cerveza vacías. En la mesa situada junto a la caja se acababa una partida de naipes. Los dos adversarios, con cara preocupada, estaban haciendo unas cuentas en la pizarra. Reconocí a uno de ellos. Era Pista Mak. Pista estudiaba Derecho desde hacía unos diez años. Cada año, con una gran regularidad, daba la vuelta al café y, deteniéndose en cada una de las mesas, daba su palabra de honor de que no volvería a coger los naipes ni bebería una sola gota de vino antes de haber aprobado las primeras asignaturas de la carrera. Entonces partía para Budapest; pero, apenas había puesto los pies en la Universidad, cuando le invadía un pánico tal que, aquel mismo día, emprendía el camino de regreso hacia su casa. Cuando se presentaba otra vez en el café era recibido con una marcha triunfal y con un estallido de vítores y aplausos. Bloch, el tenedor de libros calvo, que siempre estaba de buen humor, ponía los pies encima de la mesa y, con una copa en la mano, lo presentaba como un ejemplo de incomparable modestia, asegurando que si no se examinaba era porque su inmensa erudición en materias jurídicas hubiera confundido a los más doctos y profundos profesores.

Cuando me vio, no daba crédito a sus ojos. Se me acercó visiblemente conmovido y me saludó.

—¡Hola...!

Nos sentamos a una mesa. Llevaba el cuello desabrochado y la corbata deshecha.

—Amigo, he perdido nuevamente cuarenta y dos florines. Este ferroviario piojoso ha tenido una suerte... —se rascó la cabeza con un dedo y luego me preguntó—: ¿Quieres jugar?

—No juego nunca.

Se dio cuenta de que había hecho una pregunta intempestiva y tuvo remordimiento; sin embargo, en sus venas bullía la fiebre del juego y le hubiera gustado recuperar alguno de sus cuarenta y dos florines.

Pedí una botella de champaña. Pista apoyó sus codos en la mesa de mármol y fijó su mirada en el aire denso y lleno de humo del café.

—Ya ves, amigo. Yo soy una porquería, una verdadera porquería. A ti sí que te lo puedo decir: he perdido en el juego todo cuanto heredé de mi padre... pero el mes que viene aprobaré mi primer examen.

Luego, como si sus propias palabras le hubiesen asustado, levantó repentinamente la cabeza y gritó:

—¡Camareros!

Dos camareros llegaron solícitos al momento; evidentemente, debían de creer que Pista Mak iba a pedir todo cuanto en aquel local le podían servir; pero Pista, con voz calmada, dijo:

—Dos cucharas para el champaña.

Luego se inclinó hacia mí.

—Dime, amigo: ¿te vendría muy mal prestarme cincuenta florines hasta el mes que viene?

Furtivamente le entregué el dinero por debajo de la mesa. Puso el billete en su cartera y, llamando al camarero, dijo:

—Cambio.

Sacó de su cartera el billete como si aquella contuviese aún muchos más.

Entre tanto, los *tziganes* habían acabado su juego y echaron mano a sus instrumentos. Vi que también la muchacha del mostrador había abandonado su lectura y preguntaba al camarero quién era yo. Le envié una copa de champaña. Se la llevó a la altura de la frente y saludó.

El primer violinista entonó una melancólica melodía, tocando ex profeso para mí. Al concluir me preguntó:

—¿Sabe usted cuál era la canción preferida de su ilustrísimo señor padre?

Rozó las cuerdas de su violín y, volviéndose hacia la orquesta, se puso a tocar la canción...

Fekete városban fehér torony látszik.

(En la ciudad negra se yergue una torre blanca...).

Sí, la recordaba; era la canción que más le gustaba a mi padre. El último verso me hizo estremecer:

*Verje meg az Isten, veretlen ne hagyja...
(Castíguelo Dios, no lo deje impune...).*

Súbitamente me aconteció algo inesperado. Bebí con avidez dos copas de champaña. Quería coger la mesa, levantarla y tirarla contra una de las lunas del café, o romper, de un golpe, en el espejo situado por encima de la cabeza de la cajera, una de las botellas de agua. Deseaba cometer algo bello, algo salvaje, alguna locura. Cuando oí de nuevo el estribillo de la canción: *Verje meg az Isten*, una punzante angustia me invadió el corazón.

En tanto que el vino caía en las copas, mil pensamientos asaltaron mi cabeza. ¿Se acordaba ella de mí? ¿Revivía su recuerdo las horas pasadas con la misma intensidad que yo? ¿Qué hacía en aquel preciso instante? Eran las once de la noche. Seguramente Ahrenberg estaba sentado en un sillón y Edith, a su lado, se apoyaba en el respaldo.

Pista Mak estaba casi asustado en su silla. Tenía el rostro vuelto hacia el techo y, con voz sorda, en la que se reflejaba un gran dolor, acompañaba la música del violín:

Verje meg az Isten, veretlen ne hagyja...

También él sufría su tormento.

La cajera se acercó a nuestra mesa.

Mak le puso una mano en el hombro.

—Señorita Irene, la vida es una gran porquería.

La señorita, rubia como el lino, asintió con la cabeza, corroborando la afirmación de Mak; luego me tendió la mano.

—Me llamo Irene.

La invitamos a sentarse con nosotros. Ella me miraba con admiración. En aquel pequeño café de provincia, mi elegancia y mi corrección no podían dejar de impresionar.

A mi lado, Pista parecía un bandolero.

Salimos a eso de las tres de la madrugada, y yo propuse ir a beber alguna cosa a casa de la muchacha. Ésta miró a Mak de los pies a la cabeza y luego sin mucho entusiasmo, consintió. Sin duda le hubiera gustado de otra manera el último número

del programa.

Vivía bastante cerca del café, en una habitación independiente, en casa de unos campesinos. Nos precedió para encender la lámpara de petróleo. ¡Cuánta miseria vanamente revestida de fingimientos! En las paredes había una verdadera exposición de postales; en el centro de la habitación, una lámpara con pantalla de color rosado difundía una luz muy leve.

Nos sentamos en un diván mientras Irene preparaba las copas. Súbitamente sentí como si alguien me hubiese cogido con férrea mano el corazón: en la pared de enfrente vi una oleografía: Petöfi, moribundo, envuelto en su guerrera de color café, en el campo de batalla de Segesvar. Miré, cohibido, como si contemplara un fantasma. Me puse en pie, bebí una copita de coñac y ofrecí mi mano a la mujer.

—¿Ya quiere marcharse?

—Sí; es muy tarde.

El dinero que puse en la mesa, una cantidad que, para ella, era, sin duda, fantásticamente elevada, la consoló.

—Yo me quedo aún un rato —balbució Mak, y extendió sus pies, calzados con unos zapatos muy sucios, en el diván.

Irene me acompañó hasta la puerta de la calle y me dijo con voz meliflua:

—Hasta la vista.

Mi cabriolé estaba esperando delante del café, pero preferí ir a pie a través de la noche. Fui casi corriendo, ansioso, tropezando muy a menudo. En el firmamento, ni una sola estrella; encima de mi cabeza, el viento, y ante los ojos, inexorablemente, Petöfi, embutido en su guerrera de color café. Me detuve junto a una acacia y, abrazando su tronco, miré a la oscuridad. Entonces comprendí con toda evidencia que yo era un hombre perdido. No había salvación para mí: debía morir.

Dos días después, recibí una carta de Budapest. Tenía la dirección escrita con una caligrafía femenina para mí desconocida: pequeñas letras redondas. Inmediatamente me figuré que debía ser de Jozsa, y, un tanto enojado, me dispuse a abrirla. Supuse que sería una carta larga y sentimental, como las suelen escribir las mujeres que están enamoradas. Sin embargo, tuve una sorpresa muy agradable. La hoja contenía una sola línea:

«*Me gustaría tanto volver a verle... - Jozsa*».

¡Cómo esta sola línea dejaba traslucir un deseo simpático y puro! Me recordaba su bello gesto cuando extendió sus brazos y la besé por primera vez.

A la mañana siguiente, tomé el tren para Budapest.

«¡Cómo ha cambiado esta ciudad y cómo he cambiado yo!», pensé en el momento en que salía de la estación del Este.

Me hice conducir al Hotel del Grifo, que acababa de inaugurarse y que, además de ser céntrico, silencioso y señorial, correspondía perfectamente a mis gustos y a mi estado de ánimo. Allí tuve una hermosa y amplia habitación que daba a la plaza.

Ya estaba de vuelta. Me quedé largo rato sentado en mi habitación, sumido en hondas reflexiones. ¿Qué rumbo daría a mi vida? Yo deseaba dedicarme a la política; ésta era la carrera para la que me había preparado y para la que me sentía plenamente capacitado. Pero, ¿cómo empezar?

Hacia el atardecer, salí para ir a ver a Jozsa. En la entrada de la casa, consulté la lista de inquilinos y encontré el nombre que buscaba: *Jolan Nagy. Particular*. Absorto, vacilé unos instantes. La bella hija de jardinero, aquella espléndida criatura de los ojos oscuros, la piel candorosa y delicada, era conocida en el mundo con un distintivo tan estúpido como «Particular». Esta sencilla palabra incolora ocultaba a los hombres las ardientes noches de amor, la ruidosa vida de una amante incomparable. Entonces me acordé de que, precisamente, hacía un año que, apoyado en mi bastón y en la entrada de otra casa, me quedé meditabundo ante una lista de inquilinos en la que leí: *Otto von Ralben, general der Cavallerie*.

Subí la escalera. La blanca tarjeta con la inscripción de *Jolan Nagy. Particular*, me bailaba continuamente ante los ojos. ¡Cuántas y cuántas casas hay en este mundo en las que en sus puertas se ven blancas tarjetitas iguales, indicando un nombre, un oficio una condición...! El hombre, ignorante del porvenir, lee una y, siguiendo su indicación, sube al piso y busca el número de la puerta; y no se da cuenta de que con ello da el primer paso hacia misteriosas lejanías. Oprimí el botón del timbre, que sonó agudo en la antesala; fue un timbrazo que sobrepasó muros y paredes yendo hacia adelante en la secuela de los años lejanos y misteriosos.

Jozsa en persona vino a abrirme y, al verme, lanzó un grito de alegría y me saltó al cuello, besándome detrás de las orejas.

—Venga. Todavía están aquí los muchachos.

Yo no sabía quiénes podían ser los «muchachos» y me molestó un poco no encontrar a Jozsa sola en su casa. Uno de los «muchachos» era un sargento de infantería que llevaba pantalón blanco, pequeño bigote negro, y tenía unos ojos negros que se parecían extraordinariamente a los ojos de Jozsa.

—Mi hermano Francisco —dijo Jozsa, presentándomelo.

El sargento se puso erguido como ante la presencia de un oficial.

—Pali Bosko —dijo luego Jozsa, presentándome otro joven y haciendo una leve y cómica reverencia.

Evidentemente, estaba un poco molesta, y con la broma trató de ocultar a los demás la inmensa alegría de volver a verme. Los ojos le brillaban intensamente y no sabía qué decir ni qué hacer.

Intentamos animar la conversación. De vez en cuando, Bosko hacía alguna gracia; sin embargo, no logré comprender qué clase de amistad podía existir entre él y Jozsa. Sin duda alguna, no era amigo de su hermano, ya que se daban el tratamiento de usted. Francisco hablaba poco. Jozsa nos ofrecía insistentemente cigarrillos y licores. Para salvar la situación, dije que había ido con la idea de invitarla a cenar y, naturalmente, invité también a su hermano, que no pudo aceptar, ya que tenía que volver al cuartel.

Una vez estuvieron los dos muchachos fuera, Jozsa abrió las ventanas de par en par.

—Fuman tanto, que un día nos vamos a asfixiar.

—¿Quién es ese Bosko? —le pregunté.

—Es periodista. Es amigo de Matza.

—Y ¿quién es Matza?

—Es una actriz. Vive en esta misma casa. Pasamos muchos ratos juntas. Es una mujer muy alegre y su buen humor es contagioso. Se la presentaré.

Entonces eché una mirada a mi alrededor.

Los muebles, los tapices, revelaban la generosidad y el buen gusto de Adam Witt. Vi un gran aparador antiguo de cerezo, una pianola, un reloj de alabastro, cuadros de buenos pintores y un valioso Gobelino. Incluso los objetos más insignificantes, como ceniceros, candelabros, los adornos que había en la repisa de la chimenea, el mantel de la mesa y la lámpara, todo armonizaba muy bien y había sido elegido con exquisito gusto.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Tan sólo dos —contestó Jozsa abriendo la puerta de su dormitorio.

Entré. Sin duda alguna, nunca había visto nada parecido. Así debían de ser todos los nidos de las amantes de los grandes señores, iguales en todas las partes del mundo; la cama, monumental, visiblemente para dos personas y de estilo Luis XIV. Cubrirla una gruesa colcha de seda que rozaba el suelo por ambos lados. Entre la ventana y la cama, había un amplio tocador con un ovalado espejo de Venecia. En la mesa, numerosos frascos de fino cristal que contenían perfumes y aceites. Frasquitos

de Houbigant y de Orsay; misteriosos tubitos, blancos peines y cepillos con dorso de plata. Todos los frascos tenían un tapón de este metal y la mesa era un confuso fulgor de plata y cristal. Observé los refinados utensilios de manicura. Todo indicaba un exagerado culto al cuerpo joven y bello de la mujer. En la pared, había un solo cuadro: una Leda desnuda con el cisne. Dos grandes armarios de luna y, junto a la pared, un canapé bajo y mullido con muchos almohadones. Vi, además, algo que no había visto nunca: todo el suelo de la habitación estaba tapizado con piel blanca, y, al pisar, me parecía hacerlo sobre un blanco césped. Esto revelaba un secreto más: en tales habitaciones sólo se entra cuando uno lleva zapatillas, sin polvo de la calle.

—Aquí tiene usted el cuarto de baño —dijo Jozsa, abriendo una portezuela disimulada en la pared.

También allí pude ver los utensilios más apropiados a la comodidad y a la limpieza. Todo era blanquísimo, incluso las paredes, cubiertas de blanco mosaico de porcelana. Junto a la bañera, enormes esponjas rojas; en el lavabo, dos pastillas de fino jabón francés que despedían un agradable perfume. Ligeras y tupidas toallas blancas, y albornoces.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto a Adam? —le pregunté a Jozsa.

—Hace ya diez meses; de su última carta, que recibí la semana pasada, saqué la impresión de que su salud ha empeorado. —Dijo estas últimas palabras con sincera tristeza. Luego añadió:

—Espere un momento, en dos minutos estoy vestida.

Llevaba un pijama color malva y calzaba unos zapatitos de raso del mismo matiz.

Cuando, poco después, volvió, la reconocí con dificultad. El traje sastre de color gris oscuro y su sencillo sombrero eran de tan buen gusto, que estaba tan elegante como una de esas modelos de las revistas de moda. Sin duda alguna, Adam Witt le había enseñado muchas cosas, pero este gusto personal y fino en el modo de vestir era instintivo de ella.

Fuimos a cenar al parque de la ciudad. Yo temía que Jozsa se pusiese sentimental y triste como todas las mujeres enamoradas; pero me equivoqué, pues su alegre compañía fue para mí un gran alivio. No se notaba en ella ni pizca de aquella tristeza que la invadió cuando la acompañé a la estación de Peterfalva. Todo le gustaba, y cualquier cosa era capaz de entusiasmarla; bebía champaña cerrando los ojos, a pequeños sorbos, y me explicaba graciosas anécdotas de su vida; yo, más que contemplarla, la admiraba. Hacía mucho tiempo que no me había encontrado tan bien y tan lleno de serenidad.

Volvimos a su casa a pie, cogidos del brazo; al acompañarla así a su casa, no era necesario hablar, me creí en la obligación de subir con ella.

Jozsa fue a cambiarse, en tanto que yo preparaba las copitas de licor. Pocos minutos después, apareció ante mí muy fresca y perfumada, envuelta en un largo peinador y calzando unas zapatillas de raso. Por el amplio escote, cada vez que se inclinaba, podía entrever su candoroso seno.

Llevamos el licor al dormitorio. Jozsa, sentada en el suelo, reclinó su cabeza en mis rodillas y, mirándome fijamente, me dijo:

—Quédate esta noche.

Era la primera vez que me tuteaba.

Desde aquel día, fui sucesor de Adam Witt, que, probablemente, con su pobre corazón enfermo, estaba agonizando en un sanatorio extranjero. Ésta es la ley inmutable de la vida: los lechos de los moribundos no se han enfriado aún cuando ya los vuelven a ocupar los vivos.

Así comenzó una nueva vida. Buceando entre mis recuerdos, me acordé del inefable Turkevey, el individuo del monóculo que conocí el primer día que fui invitado a casa de Edith. «Turkevey es el secretario del Partido Nacional», pensé. «Le pediré que me haga socio del partido».

Una tarde, le encontré en el pabellón de la confitería *Gerbeaud*, en el parque, y le expuse mi deseo.

—*Pego*, amigo, ¿cómo no? Con *gan* gusto lo *hagué* —me dijo—. Te *insquibigué* en *nuestgo Cígculo*. Quizá *habgás* leído en los *peguiódicos* que el *primego* de este mes quedó *inaugugado* el Club Húngaro. Allí *podgás encontgar* la *mejog* sociedad, especialmente en *hombges* políticos.

Al día siguiente, fui al Club Húngaro, donde Turkevey me presentó al presidente.

Su Excelencia —subsecretario de Estado retirado—, en mi presencia, se hizo dar, por Turkevey, algunos datos sobre mi persona, y aquél, no sin exagerar, dijo que yo descendía de una de las familias más influyentes de mi provincia, en la que mi nombre tenía una *estgaogdinaguia fuegza mágica*, y que yo era el feliz poseedor de considerables latifundios.

Su Excelencia le escuchó asintiendo continuamente con la cabeza, y, finalmente, expresó su esperanza de que el partido habría conquistado con mi ingreso, un nuevo recluta devoto y fiel.

—*Espega*, *pog favog*; *ahora te pgesentagé al señog vicepgesidente* —me dijo Turkevey. Y, cogiéndome por el brazo, se puso a mirar de soslayo, a través de su monóculo, buscando entre los presentes.

Y, súbitamente, me encontré ante el padre de Edith. Tengo la seguridad de que palidecí.

—Excelencia... —comenzó Turkevey.

Pero el general le interrumpió y me dijo sonriéndome amablemente:

—¡Oh!, nosotros ya nos conocemos. Pero no te hemos visto desde hace tiempo. ¿Ya no vives en nuestra casa?

—He pasado los últimos meses en mis tierras —le contesté. Y ni yo mismo me di cuenta de que le hablé de *mis tierras* de manera tan ostentosa—. ¿Cómo está la señora Condesa?

—Bien, muchas gracias.

—¿Y Edith? ¿Cuándo se casa?

—Probablemente para Navidad.

Me quedé maravillado de cómo pude formular aquella pregunta con voz tan tranquila. Turkevey me llevó en torno de la sala presentándome a todos los socios. Sin embargo, estaba aturdido, no oía los nombres y apenas veía los rostros de las personas a las cuales estrechaba maquinalmente la mano. El veneno que se había infiltrado en mí, volvía a intoxicarme nuevamente, y mi corazón latía en mi pecho con una violencia sofocante. Me refugié en un rincón y pedí una copa de licor al camarero. Una inquietud delirante se había apoderado de mí. Me sentía estrangulado por el mismo afán que me había oprimido en la taberna nocturna el día en que acompañé a Jozsa a la estación.

Media hora después, embargado por esta indecible angustia y un poco mareado por el abundante licor que había ingerido, entré en la sala de juego y me senté observando las manos sobre el tapete verde en que resbalaban los naipes. Sabía que estaban jugando al *baccarat*, pero no comprendía quién ganaba. Saqué de mi cartera algunos billetes y los deposité en la mesa. El banquero y los jugadores me miraron con evidente estupefacción. Seguramente mi apuesta era muy alta. En medio de un profundo silencio, los naipes corrían por encima de la mesa; luego, súbitamente un murmullo invadió la sala, ignoraba si de admiración o de consternación. No sabía siquiera si había perdido o ganado. Turkevey, que se había puesto a mi lado, me explicaba las reglas del juego. Comencé a observar los naipes con atención y me invadió una excitación para mí desconocida; era una agradable ola tibia que me puso febril. No conté, pero vi que había ganado una cantidad muy respetable.

Al franquear el umbral del casino, me dije que nunca más volvería a jugar. No por tener miedo de acabar siendo víctima de esta pasión, sino porque me vino a la imaginación una larga serie de tragedias causadas por la misma. Al día siguiente, perdí todo mi dinero. Después de cenar volví a casa, saqué del cajón mi libreta de la Caja de Ahorros y aquella misma noche perdí dos anualidades de mis rentas. Regresé a casa a las tres de la madrugada. Mi corazón latía inquietamente. Me quedé en cama hasta el mediodía, sin haber podido conciliar el sueño. Ante mis ojos bailaban los colores, las figuras de los naipes, en tanto que mi corazón latía lento y monótono como si un prisionero pasease incansablemente en su estrecha celda. Por la tarde, después de dar un profundo suspiro, salté de la cama y me vestí.

Pasé toda la mañana vagabundeando por las calles, con una extraña inquietud interior. Sentí en lo alto de mi cabeza una rara presión y, asustadísimo, me di cuenta de que esto era un síntoma físico de una enfermedad nerviosa. Mi garganta estaba seca y yo tenía la impresión de que los latidos de mi corazón eran más fuertes y rápidos que de costumbre. Ese latido era como si algo se removiese en mi pecho; súbitamente, me acordé de mi colección de insectos que tuve de niño: los cadáveres verdes y azules de los escarabajos, los pequeños cuadrillos de corcho en los que

fijábamos las agujas largas y finas, y, por fin, una pequeña mariposa nocturna con las alas encarnadas y pardas que, clavada por una de estas agujas, se agitaba hasta perder el polvillo sutil de las alas...

Me senté en un banco de una plaza desierta y me abandoné a mis pensamientos. Hubiera tenido que hacer algo. Cuando menos, buscar un remedio contra mi dolor. Pero, ¿qué podía hacer? Edith era frívola, despiadada y mentirosa. Junto a la comisura de sus labios —lo veo muy claramente— tenía una arruga muy irritante, casi fea. ¡Cuánto más abierto, más limpio y consolador era el rostro de Jozsa que el de Edith! Pero, entonces ¿por qué me atormentaba?

Intenté traer a mi memoria todos los recuerdos más desagradables. La displicencia de Edith, Viena, su mentira, la última conversación... Todo en vano, pues también la veía, en el corredor, cuando, apoyados los codos en el antepecho de la ventana, escuchaba el gramófono que tocaba en el patio, la primera vez que pasé a su lado y percibí el perfume exquisito de sus cabellos, de su espalda... Me sentía invadido por el sabor del primer beso, la languidez de sus brazos enlazados en torno de mi cuello.

Me puse en pie, pues el ardor de tales pensamientos me empujaba hacia la *Agutca*, donde me esperaba la cruel tortura de otros recuerdos terribles.

Abrí los ojos, que se me habían cerrado como si dos velos oscuros los hubiesen cubierto y cual si una misteriosa penumbra, en la que palpitaban débiles rumores, voces y susurros de seda, me envolviese.

Ante mí, un golfillo desharrapado comía un dulce y me observaba curiosamente. Cuando le miré, dio media vuelta y se fue cual si le hubiese causado miedo.

Rápidamente, me alejé por una calleja desconocida, entré en un modesto café y pedí una copa de licor. Calculé lo que había perdido la noche anterior y me horroricé.

De repente, me di cuenta de que un hombre bajito, pelirrojo y con lentes, se acercaba a mi mesa.

—Servidor de usted —me dijo.

Le reconocí en seguida.

Era Manuel, el corredor con quien hiciera el trato del solar de la calle Manyoki, cuando, con Edith, proyectamos construir allí una casita.

—Le he buscado a usted por todas partes, señor. ¿Podría saber cuáles son sus intenciones acerca de aquel solar?

—Véndalo a quien quiera. Ya no lo necesito.

—Pero perderá usted la fianza.

—Es igual.

El hombrecillo pelirrojo me miró sin replicar; evidentemente, estaba muy excitado, ya que mi decisión significaba para él un bonito negocio.

—Si es así..., servidor de usted...

Aquella noche gané dos mil florines. Y, al día siguiente, perdí dieciocho mil que me había prestado Turkevey. Fui al Banco y obtuve una hipoteca sobre mi propiedad por valor de cincuenta mil florines. Ésta era la primera hipoteca sobre las propiedades que mi padre dejó libres de toda carga.

Cinco días después, de aquel dinero no me quedaba un solo céntimo y, para poder saldar la cuenta del hotel, tuve que empeñar en el Monte de Piedad el anillo que meses atrás había querido regalar a Jozsa y que ella no había aceptado.

Por la tarde, fui a verla. Ya entonces tenía llave propia para su pisito; una ligera llave de aluminio, plegable, que yo siempre llevaba en el chaleco. Muchas veces no fui a cenar con Jozsa, sino que, aprisionado por el juego, me quedaba en el club. Pero, por la noche, iba a verla y me quedaba con ella. Entonces Jozsa se levantaba y me servía una copa de aguardiente.

Jozsa sabía muy bien que yo corría hacia mi ruina; pero su maravilloso instinto le daba a entender que ninguna súplica ni ningún consejo hubiera podido desviarme del loco vicio en cuyas turbias emociones buscaba remedio para una inquietud mortal. Ella sufría mucho por eso. Sufría y me tenía compasión. Estaba siempre silenciosa; a veces, su mirada vagaba por el vacío y entonces yo me daba cuenta de que buscaba a la otra, a la desconocida mujer a quien odiaba terriblemente e inexorablemente. ¿Quién sabe? Quizá, en su fuero interno, se alegraba al verme caer cada vez más bajo; al perder mi superioridad sobre ella, esperaba que yo caería en sus brazos y apoyaría mi cabeza en su regazo. En tanto que si perduraba mi riqueza, pronto o tarde la abandonaría.

Mientras me encaminaba hacia su casa, la vi repentinamente ante mí, en compañía de Bosko. Por un instante, experimenté la sensación de que una mano férrea oprimía mi corazón, aunque, verdaderamente, no había nada excepcional en el hecho de que se hiciese acompañar por un amigo. La seguí durante un rato y luego dejé que se perdieran entre la multitud.

Entré en un café, en el que permanecí aproximadamente una hora hojeando revistas gráficas; luego volví a salir, creyendo que Jozsa habría podido volver a su casa. Abrí sin ruido la puerta de la antesala y, andando de puntillas, me dirigí al dormitorio. Tenía el presentimiento de que la sorprendería con Bosko. Abrí bruscamente la puerta. Jozsa, vestida con un peinador, estaba leyendo el *Gösta* de la Lagerlöf. Al verme, se sobresaltó ligeramente y corrió hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Qué susto tan grande me has dado! ¿Cómo has podido entrar así?

Jozsa fue a prepararme café y yo, sentado junto a la ventana, me puse a hojear su libro. Ella era feliz cada vez que podía complacerme. De la cocina, salía un dulce aroma de café caliente. Y esto trajo también a mi corazón un aroma agradable. Posé mis ojos en el amplio lecho de amante, en sus encajes, en los frescos perfumes; ahora empezaba a ver y sentir la casa, el hogar. Pensaba cuán horrible habría sido mi vida si no hubiera conocido a Jozsa y si hubiese tenido que consolarme solo entre las cuatro frías paredes de la habitación de un hotel.

Jozsa trajo la merienda en una bandeja de plata. Junto a las tazas de finísima porcelana había preparado dos graciosas servilletas dobladas en forma triangular. Incluso los más pequeños detalles testimoniaban su exquisito gusto. Colocó ante nosotros una pequeña mesita y puso en ella la bandeja.

Repentinamente, le pregunté:

—¿Cuándo viste a Bosko por última vez?

Tranquilamente humedeció en el café un trozo de pastel que sostenía entre los dedos y dijo:

—La semana pasada.

Nuevamente sentí que alguien me asestaba un martillazo en la nuca. ¡Como entonces...! Como cuando pregunté a Edith acerca de Ahrenberg. ¿Conque también

Jozsa era así, tan miserable como la otra?

—¿No lo has visto hoy?

Dejó gotear sobre la taza la tostada empapada en café y contestó tranquilamente:

—No he salido durante todo el día.

Y entonces pasó algo horrible, algo espantoso. En mis nervios trastornados, atrozmente tensos, estalló el furor. Me levanté bruscamente; de un puntapié volqué la silla y, levantando el puño, golpeé con toda mi fuerza la cara de aquella mujer.

Jozsa cayó al suelo gimiendo, mientras fijaba en mí sus ojos atónitos; tenía la boca entreabierta, pero la expresión de su semblante había cambiado por completo. Yo permanecí ante ella con el rostro inflamado por la cólera y el primer pensamiento que me cruzó por el cerebro fue matarla. Pero no dije más que una sola palabra con los dientes cerrados:

—¡Zorra!

Y salí a la calle furioso, cerrando la puerta con tanta violencia que el vidrio cayó hecho añicos.

En el rellano de la escalera me apoyé, rendido, en el muro, sin aliento, y puse mi mano sobre el corazón.

Tú sabes bien, Matías, qué degradación representa el pegar a una mujer indefensa. Pero mi puño había golpeado entonces, no sólo el rostro de Jozsa, sino también el de Edith; mi puño cayó sobre su cara hipócrita, mentirosa y traidora; mi puño golpeó a *la mujer*. Así hubiera tenido que pegar a Edith von Raben, para que cayese a mis pies. Aquel golpe era la venganza de una vida perdida: acto vil, bestial, pero que, sin embargo, fue un alivio para todos mis sufrimientos.

¿De modo que todas eran infames? ¿De modo que las ilusiones y los dolores tan atroces eran el precio con que se pagaba el sabor de sus besos, el perfume de su desnudez, la voluntad de su abandono? Precio terrible... Correr tras ellas y violarlas con un deseo animal, luego escupirles a la cara y arrojarlas lejos de nosotros, pues su aliento exhala un veneno mortal. ¡Oh, cuán amargamente odiaba en aquel momento a las mujeres!

Tembloroso, salí a la calle.

Te ruego que, por un instante, prestes toda tu atención, todo tu corazón, al pobre amigo muerto, y que tiembles ante el misterio de la vida, porque, cuando sepas lo que pasó después, comprenderás la fatal condena de aquella noche. Apenas había traspuesto el umbral de la casa, cuando vi aproximarse, viniendo a mi encuentro, a Bosko y a... ¡Jozsa! Así, tal como te lo digo... Sí, sí, lo has leído bien. ¡A Jozsa!

Un sombrero negro, un traje azul, zapatos de charol, toda la apariencia, la estatura, el indumento, eran idénticos a los de Jozsa; pero el rostro era diferente, el rostro era de otra mujer.

Bosko me saludó y me presentó a la señora que, estrechando afablemente mi mano, me dijo:

—¡Oh, ya le conozco a usted...! Y, sin duda, usted también habrá oído hablar de

mí. Soy Matza. Nos disponemos a ir a visitar a Jozsa. Hace por lo menos una semana que no nos hemos visto.

—Yo he venido con el mismo propósito —repliqué precipitadamente, obedeciendo a una sugerencia interna—. Pero no está en casa; habrá salido.

Entonces dieron media vuelta y anduvimos juntos algunos pasos. Yo me detuve ante una puerta diciendo:

—Tengo que subir a esta casa.

Y me despedí de Bosko y de Matza. Ésta me dio la mano, diciendo:

—Y, dígame: ¿usted siempre está de tan mal humor?

Por toda respuesta, no hice más que sonreír y entré por aquella puerta. Por algunos momentos, estuve esperando. Al salir otra vez ya no los vi. Y eché a correr hacia la casa de Jozsa. Subí rápidamente la escalera y, una vez arriba, entré casi derribando la puerta. Jozsa estaba sentada en la cama, tenía las manos en su regazo, en actitud de infinita tristeza, y el rostro erguido, como ofreciéndolo a un invisible rayo de sol. Al verme entrar tan impetuoso no movió ni uno solo de sus músculos. Estaba mortalmente pálida. En sus sienes, una herida roja que sangraba: mi golpe.

La miré largo rato, emocionado, extático: era para mí la estatua viva e inmóvil del dolor.

—Jozsa... —susurré.

No contestó: parecía muerta.

Me arrodillé ante ella, le besé los labios y cogí entre mis manos ardientes su alargada mano fría, casi sin vida, y comencé a besarla lentamente.

—Jozsa... es terrible... perdóname... debes perdonarme... antes de llegar aquí creía haberte visto en la calle con Bosko... que habías pasado ante mí, a pocos pasos; me pareció que eras tú... creía que tú querías ocultármelo... que mentías... que me traicionabas... te he pegado... sé que he cometido una infamia... Perdóname... debes saber que mi corazón está despedazado... ¡Oh, si hubiese sido aquella otra quien recibiera en su cara mi puñetazo; si hubiese sido ella la que yo arrojara al suelo, a mis pies, pálida, temblando como tú!... Pero no tú, Jozsa, no es a ti a quien he pegado: es a ella, a la otra.

Jozsa, mientras yo le explicaba lo que experimenté al verse desvanecido mi error apenas llegado a la calle, fue recobrando lentamente la vida y el conocimiento. Me miraba con ojos que poco a poco iban encendiéndose con su acostumbrado fulgor y, cuando se lo hube explicado todo, apoyé mi cabeza en sus rodillas y ella, inclinándose sobre mí, me cogió la cara entre las manos, me obligó a fijar mi mirada en la suya, y, jubilosa, temblando casi, gritó:

—¡Pero, entonces, tú... tú... me quieres!

Mudo, asentí con la cabeza.

Jozsa cerró los ojos y lloró copiosamente, como si de su corazón hubiese manado una fuente secreta.

Le oprimí fuertemente la mano y noté por primera vez que todo lo que antes había

sido en mí un sentimiento de indiferencia ahora se transformaba en un loco amor.

Sí, sí, yo amaba a aquella muchacha humilde, pura, devota; amaba a Jozsa. La amaba con un amor tranquilo, atenuado, anhelante de reposo.

La amaba con el mismo amor de un perseguido que quiere salvarse y entrar de nuevo en la vida.

Mi furor, en vez de alejarla de mí, la había unido definitivamente a mi persona.

Desde entonces, creí ver en mis continuas pérdidas de juego la mano adversa del Destino. Con insensata testarudez volví todas las noches a la mesa verde, dilapidando todo cuanto poseía. Nunca me había ocupado de las cosas divinas, pero, en aquel período, tuve la obsesión de la religión. Desde un principio, nuestra suerte está decretada y escrita, y en vano es que intentemos cambiarla: nunca podremos desviar la mano del Destino que, inexorablemente, pesa sobre nosotros. Al sentarme a la mesa de juego, creía que hacerlo de tal o cual manera significaba para mí mil posibilidades, y que de ello dependía la tranquilidad futura y la estimación de los demás.

«Ya no tienes voluntad», me decía una voz interior; «te la has dejado triturar por la máquina de tu tormento».

Entonces odié mi propia riqueza. Sí, efectivamente. La culpa de todo la tenían las quinientas hectáreas de tierra. Si hubiese tenido que encararme con la vida sin dinero, sin apoyo material, la lucha me habría formado y fortalecido. Así, en cambio, el primer rayo de sol me había consumido; el primer hálito de dolor me sacudió violentamente.

No me quedaba más que una solución: hacer frente a la vida; luchar, sin dinero, con la sola ayuda de mis dos brazos, sumergiendo mi débil alma en el viento, en el sol. A veces, en la mesa del *baccarat*, cuando el *croupier* se llevaba con su rastrillo de madera mis apuestas perdidas, pensaba: «Que se lo lleve; que se pierda todo el dinero... que navegue y arrastre tras sí esta gran mesa redonda cubierta de paño verde; que navegue y me arrastre consigo: ¡quién sabe qué penas de la vida me ahorrará!».

El banco que me concedió la primera hipoteca de cincuenta mil florines me proporcionó aún dos más. Pero cuando solicité la cuarta me dijeron que mi propiedad ya no soportaba nuevas cargas.

Al día siguiente, vendía una parte de mis trajes, la pelliza, mis vestidos de caza y de deporte que apenas había estrenado. A los dos días, tampoco me quedaba nada de ese dinero y entonces encargué a Mandel que buscase un comprador para mis posesiones.

En el club, se me miraba con lástima y quizá con desprecio.

Durante aquellos días, acaecieron tres hechos que me emocionaron. En el Corso, encontré a Chokonay cogido del brazo de Margit, la de los dedos violeta, y, después de mirarlos un poco estúpidamente, él me dijo sonriendo:

—Te presento a mi señora.

Cambiamos una pocas palabras, como si apenas nos conociésemos.

Luego leí que el ministro de Guerra había dimitido y que, en su lugar, había sido nombrado el general Von Ralben. Una amarga sonrisa contrajo mi boca. Un dolor extraño invadió todo mi ser. Y volví a ser el muchacho de antaño, el que sollozaba en mí: el niño aquel, que, en casa de sus abuelos, erguido ante el espejo y teniendo entre sus brazos una gatita blanca, declamaba fervorosos discursos. En aquel instante, vi

claramente con cuánta facilidad hubieran podido, realizarse mis ensueños de aquel entonces. Al hijo político de un ministro de la Guerra, le espera, casi con seguridad, el acta de diputado, y la carrera política se abre ante él con todas sus agitadas posibilidades. Y recordé que una mañana, cuando apenas conocía a Edith más que de vista, había leído en el periódico el nombre de Raben como probable nuevo ministro de aquella cartera. Cuando leí aquello, mis ensueños —pues nunca fueron más que ensueños— se alejaron de mí arrastrando mis recuerdos y mis tormentos. «Mejor es así, pensé. Edith irá a Viena y yo no la veré más».

Por la tarde, Jozsa me propuso que fuésemos al Svabhegy. Era domingo. Apenas habíamos salido de casa, cuando nos tropezamos con su hermano. Llevaba pantalón blanco y unas botas que le brillaban como un espejo; en su bocamanga lucía los galones de tirador y todo su tipo era el de un perfecto sargento endomingado.

—¿Quieres que venga con nosotros? —me preguntó Jozsa.

Yo consentí de muy buena gana, pues el muchacho era muy simpático. Nos tuteábamos, pero cuando me hablaba se cuadraba ante mí, como si yo fuese un oficial.

Ante la estación del funicular, Francisco, como sacudido por una corriente eléctrica, se cuadró chocando los tacones uno contra otro y se llevó la mano a la visera. ¿A quién saludaba? Al general. No vi nada más, y me pareció que ante mí pasaban dos mujeres vestidas de seda. Eran Edith y su madre. Me acerqué a un quiosco y me puse a mirar, maquinalmente, las tarjetas postales ilustradas; pero mi cerebro se hallaba confuso y mi mano temblaba.

Más tarde, en el bosque, cuando Jozsa se apoyó en mi brazo, pensé que había visto a Edith por última vez en mi vida.

Y una vez más vino la primavera, y mayo resucitó en mí todos los recuerdos de la *Ag-utca*. Un día, no pude resistir más y permanecí durante largas horas apoyado en aquella tapia, de la cual, de nuevo, pendían numerosos ramos de lilas.

En torno mío, todos los acontecimientos, aun los más insignificantes, se desarrollaban fatalmente como si estuviesen fijados de antemano. Mandel había vendido todas mis tierras y el poco dinero que me dio apenas bastó para pagar mis deudas.

Una noche fui al club. Llevaba mis últimos trescientos florines. Al principio, gané más de cinco mil, pero, a las tres de la madrugada, debía tres mil bajo mi palabra. Sentía vértigo. Fui a ver a Jozsa, y durante dos días no salí de su casa. Estaba enfermo. O quizá solamente oprimido por una inmensa languidez que me sofocaba y ahogaba. Por mucho que pensé, no pude hallar el medio de encontrar los tres mil florines que debía. Tuve la intención de escribir a mi acreedor para pedirle una demora, pero descarté inmediatamente la idea: se trataba de un individuo a su vez medio arruinado, siempre a la caza de lo necesario para vivir y que continuamente procuraba evitar algún tropiezo con el Código penal.

Y luego... luego... ¿con qué hubiera seguido viviendo?

Ya no poseía nada en este mundo. Había llegado el momento de luchar sin dinero, con sólo la ayuda de mis dos brazos; de sumergir el alma en el viento y el sol. Esto es lo que perseguía, con este propósito había dilapidado mi patrimonio y ahora yacía en una cama, mortalmente cansado; mi cerebro estaba vacío de ideas y no sabía cómo satisfacer mi deuda de honor.

Al pensar que mi falta de formalidad podía ser llevada ante la Junta de gobierno del círculo, estando presente, quizá, el propio general, un dolor agudo me torturaba el alma y sentía ganas de hablar a voz en grito.

Con los ojos cerrados pensaba incansablemente. La blanda mano de Jozsa reposaba, inmóvil, en la mía y, a pesar de todo, el apretón de aquella mano delicada era fuerte y me infundía vida. Tenía que seguir viviendo, debía vivir por ella. Abriendo los ojos, murmuré:

—Jozsa, me encuentro en un terrible apuro. Sálvame tú, si no, estoy perdido... Necesito tres mil florines.

Cuando lo supo no vaciló. Inmediatamente quiso pagar por mí. ¿Qué debía hacer yo? Estaba humillado y avergonzado.

—Gracias —le dije.

Y no pude decir más.

Pero Jozsa sabía muy bien que con estas palabras había caído a sus pies y me había ligado para siempre a su vida.

Poco después, un mozo me entregó una carta urgente de Turkevey.

«Ha causado una penosa impresión —escribía— que no hayas saldado tu deuda de juego en el plazo acostumbrado. Tu acreedor ha denunciado el hecho a la Junta de Gobierno. Perdona la franqueza con que te estoy hablando, pero mi consejo es éste:

presenta inmediatamente tu baja».

Rompí la carta. El mismo día, Jozsa entró llorando en mi habitación y me tendió un telegrama. Venía del abogado de Adam y contenía la noticia de que éste había muerto cuatro días antes. El abogado rogaba a Jozsa que fuese a verle inmediatamente, ya que el difunto le había legado en su testamento una considerable fortuna.

Yo no sabía qué decir; habló ella, diciendo:

—No es nada... no hay motivo para que te desesperes... ya verás; podrás volver a tu trabajo y recobrarás la serenidad...

Abrí los ojos y, como si hablase conmigo mismo, dije:

—¿Quieres que muera o deseas que viva?

Jozsa cayó de rodillas junto a la cama, y con las manos alzó la cabeza de la almohada. Su voz era llanto, era súplica, era grito de felicidad:

—¡Quiero que vivas!

Nos preparábamos para la boda. Jozsa parecía conmovida. Su belleza era más etérea, más espiritual, quizá, ante la perspectiva de que íbamos a empezar una nueva vida. A veces, se sentaba a mi lado, reclinaba su cabeza sobre mí, y así permanecíamos largo rato sin hablarnos. Cada vez que yo salía, me acompañaba hasta la puerta y, abrazándome, me miraba con expresión de infinito agradecimiento. Y entonces sus ojos relucían llenos de lágrimas.

Durante todo el día, estaba tratando con proveedores y obreros. Yo no intervenía nunca; no hacía sino observar, meditabundo y conmovido, con cuánto celo iba ella formando nuestro nuevo hogar. Su proyecto consistía en un piso de tres habitaciones al que no llevaríamos nada de la antigua vivienda.

Una tarde, la encontré ante la estufa quemando unos papeles: las cartas de Witt. Al verme entrar, un poco cohibida, volvió la cabeza, y yo me contenté con contemplarla en silencio, en tanto que todas aquellas hojas se consumían en las llamas. Cuando hubo terminado, cual una niña pequeña, se puso de rodillas junto a mí y, riéndose, me mordió un dedo. Y esto bastó para desvanecer todas las sombras. En otra ocasión, viéndome silencioso y afligido, me preguntó:

—¿Por qué estás tan triste?

—Estaba pensando que, de ahora en adelante, serás tú la que me darás de comer.

Protestó. Dijo que yo, sin duda alguna, volvería pronto al trabajo; luego me dio un beso.

—¿Quizá no lo deseas así?

—¡Oh, sí, Jozsa! ¡Quiero trabajar para ti!

¡Qué bellas eran aquellas horas! Muchas veces, en un arrebató de alegría loca e infantil, nos revolcábamos, riendo, en el diván.

Decidimos celebrar nuestra unión el miércoles de la semana siguiente. Cuando se trató de elegir a los testigos, pensé en Chokonay, pero descarté inmediatamente esta idea. Solamente entonces me di cuenta de que no tenía ni un solo amigo. Al fin,

decidimos que Bosko fuese mi testigo y Francisco el suyo. Sonreí ante la idea de que, para aquella ocasión, Francisco se pondría su más pomposo uniforme.

Ayer un mozo me trajo una carta al hotel. En el sobre, caracteres desconocidos de letra de mujer. En la hoja de papel, los mismos rasgos.

Quisiera hablarle de una cuestión muy importante. Le espero a las seis.

Irene Chokonay.

Eran casi las cinco de la tarde. Me invadieron las hipótesis más absurdas y fantásticas: ¿Qué diablo podía ser aquella *cuestión muy importante*? Quizá Chokonay necesitase urgentemente dinero. Evidentemente, creían que aún era rico. Pensé también en un asunto de honor, en un litigio existente entre los esposos, en un divorcio. Por un instante, me figuré también que quién sabe cómo y de qué manera se enterarían de que yo tenía la intención de casarme con Jozsa y me querrían ilustrar sobre su pasado. Pero no, aquella idea era verdaderamente absurda.

Finalmente, pasó aquella hora. A las seis en punto, llamé a la puerta de la casa de Chokonay. Margit estaba cosiendo un pañal: en seguida me di cuenta de que estaba muy cerca de la maternidad. No tenía ya el aire despreocupado de la Margit de los dedos violeta; estaba más hermosa; y me chocó la seriedad, casi solemne, con que me recibió.

—Mi marido no está en casa. Lo he enviado fuera, para poder discutir tranquilamente sin que nos molesten.

Esto me asombró aún más.

Guardó silencio y luego, mirándome fijamente, me dijo:

—Ayer vino a verme Edith...

Me estremecí. Y hubo otra larga pausa.

—Desde que somos parientes, nos hemos cobrado mucho cariño... ¿Sabe usted que ha devuelto el anillo a Ahrenberg?

Me puse lívido, la miré fijamente con ojos muy abiertos. Con voz un poco trémula, continuó:

—Escúcheme. Usted tendría que volver a ver a Edith. Yo, como mujer que soy, comprendo ciertas cosas. Edith no tiene la culpa. Usted no conoce el alma de la mujer en ciertas situaciones. Edith no tuvo la suficiente fuerza de voluntad para contestar a su última carta.

En mis labios apareció una sonrisa amarga. Sin embargo, no hubiera podido proferir ni una sola palabra. Tuve que reunir todas mis fuerzas para contestar. Finalmente, con voz débil, pero sarcástica, dije:

—Parece que usted ignora por completo... que estoy arruinado.

La señora Chokonay me miró bondadosamente.

—Lo sabemos todo. El tío Otto conoce todas sus vicisitudes en el juego.

Tras un largo silencio añadió:

—Vuelva usted mañana por la tarde hacia esta misma hora... Vendrá también Edith...

—¿Y sabe Edith que yo estaré aquí?

La señora Chokonay guardó silencio y, después de sonreír dulcemente, me dijo:

—Con Edith lo hemos combinado ya todo.

Me levanté. Las manos me temblaban. Margit me seguía con la mirada.

—¿Vendrá?

—No lo sé —contesté de un modo apenas perceptible.

Me hallaba confuso. Me dispuse a salir. La señora Chokonay me acompañó hasta la puerta y, al salir, me dijo:

—Esta carta es para usted.

Y me entregó un sobre lila, que guardé en el bolsillo.

—Mañana, a las cinco, le espero, o, por lo menos, una carta suya...

Bajé apresuradamente la escalera y, apenas llegué a la calle, abrí la carta. Era de Edith. Inconscientemente, aspiré su perfume como lo hice la primera vez cuando, aun sin conocerme, Edith me envió la invitación para el baile. Me acordé de las horas pasadas en mi habitación de Buda, extendido en mi diván como un muerto, sobresaltándome al menor ruido, porque esperaba... esta misma carta.

Perdóname... sé que tengo una culpa gravísima... pero, perdóname, perdóname. Debes perdonarme, porque yo también he sufrido mucho... No por mí, por ti mismo... ¡Oh, también he sido terriblemente castigada por la mano de Dios! No sé lo que pasó por mí; fui invadida por un vértigo, por un acceso de loca ambición; quería llegar a ser condesa... No he amado nunca a Ahrenberg. No he amado a otro sino a ti. Tan sólo a ti, y te amo aún ahora.

Lo sé todo... Mi padre nos explicaba que en el círculo todos hablaban de ti y te consideraban un loco, que todos te tenían conmisericordia; él no sabía, no imaginaba, ni remotamente, que cada una de sus palabras era, para mí, una puñalada en el corazón. Pero un día —eso ya sucedió en Viena— no pude dominarme y se lo expliqué todo, deshecha en llanto de pena y de amor: que tú te arruinabas por mi culpa; que yo no quería, que no había querido nunca a Ahrenberg; que te había dejado tan sólo para llegar a ser condesa y con eso procurarle una alegría.

Cuando concluí de hablar, mi padre cogió mi cabeza entre sus manos y me besó en la frente.

—Hija mía —me dijo—, de hoy en adelante te querré aún más. Lo que más importa en la vida es tu felicidad. Anda, salgamos inmediatamente hacia Budapest y llévame a la presencia de ese muchacho.

Eso sucedió ayer por la tarde. He escrito inmediatamente a Ahrenberg, devolviéndole el anillo, y esta mañana he llegado a Budapest.

Sé que te has arruinado por completo, que has perdido hasta tu empleo. Pero, ¿qué importa? Seguramente ignoras que hace unos meses murió un pariente de mi padre, dejándonos herederos de un gran patrimonio, y entonces papá quiso emanciparse económicamente. En aquel período encontré a Mandel, el hombre a quien tú habías encargado adquirir el solar de la calle Manyoki. Él me explicó que querías vender tu propiedad. Entonces mandé que adquiriera para mí Peterfalva a cualquier precio. Pagué todos los cargos que pesaban sobre ella y ahora figura a mi nombre, exenta de toda deuda. Esta propiedad... yo... te la restituyo...

No pude continuar la lectura. Arrugué la carta y la tiré. ¡Extraño instante de mi vida! Ante mí vi con toda claridad la figura de Jozsa, en la misma actitud que cuando recibió el golpe levantando los codos en defensa de su cara y fijando en mí su extrañada mirada. La boca entreabierta, la cara descompuesta. Estaba sentada a mis pies, rígida, inmóvil. Y luego aquel otro momento cuando volví a entrar en su habitación: ella estaba sentada en el diván, dejando descansar sus manos en el regazo, levantando la cara como ofreciéndola a un rayo de sol invisible. Me miró con grandes ojos abiertos, con la cara lívida. En su blanco rostro, encima de la blanca piel, la huella de mi golpe. Ante ella, en el suelo, la mesita, y el tapete manchado de café y trozos de tazas rotas en el suelo.

Matías: todo esto lo vi con alucinante y diáfana claridad, mientras estaba en pie, en medio de la calle.

—¡Tonterías! —exclamé en voz alta a pesar de que estaba solo—. Volveré y diré a la mujer de Chokonay: «Señora, huelga una palabra más. Yo me caso la semana que viene». Pero no tuve fuerzas para volver. Me quedé quieto en medio de la calle. ¡Qué terrible era aquello de no poder volver y decir que no me esperasen al día siguiente!

Me fui a un café y en él escribí unas líneas a Jozsa:

«Alma mía: No volverás a verme hasta mañana por la mañana...».

Estaba tan turbado y confuso, que no quería presentarme en tal estado ante ella. La pobrecita hubiera podido creer... Pero no, ¡no escribiré en este papel lo que ella hubiera podido creer...!

Luego paseé a orillas del Danubio. Bajo los castaños, vi a la señora Camila que, en una mano, llevaba un paquete y en la otra uno de sus gatitos. Tuve la sensación de que era un recuerdo que, con pasitos cortos, se paseaba ante mí por última vez en mi vida.

La seguí con la mirada largo rato. Luego me dejé caer en un banco.

Ya el crepúsculo se difundía sobre la ciudad. Todo el cielo era una gran llama de oro. Un vaporcito blanco, procedente de la isla de Santa Margarita, se acercaba a la orilla del río surcando rápidamente las aguas. Súbitamente, lanzó un agudo silbido,

semejante a un salvaje grito de muerte. El silbido del vaporcito repercutió en las rocas del monte Gerardo y, describiendo un visible arco, voló hacia el cielo en el que se dispersó por completo.

Del monte, lleno de colores primaverales, descendían parejas de enamorados. Las mujeres, lánguidamente, arrastraban por el suelo sus sombrillas; los hombres caminaban a su lado en silencio.

En la ribera, un hombre con la cabeza descubierta, cruzados los brazos e inmóvil, contemplaba el agua, en la que, susurrantes, se perseguían trémulas olas con reflejos de cobre. Las gradas de la ribera, en forma de anfiteatro, estaban llenas de gente: ancianos caballeros; señoras cuya juventud había pasado ya y que efectuaban su habitual paseo; jovencitas que discurrían cogidas del brazo; criadas que habían aprovechado un momento de libertad. Y, todos, en nuestro distraído ir y venir, fijábamos nuestras vagarosas miradas en el cambiante de las ondas.

A poco me levanté y me puse a pasear entre dos castaños. Una brisa agradable venía del Danubio; el viento soplaba entre los árboles de la orilla. Empezó a oscurecer y, poco a poco, fueron encendiéndose los faroles. Las olas pardas y sucias del río corrían como cantando entre los pilares del puente, oscuras, cual una maravillosa procesión. En el agua, brillaban silenciosos los reflejos de los faroles de la orilla, semejantes a antorchas gigantescas vueltas cabeza abajo.

Seguía paseándome con las manos cruzadas a la espalda entre los dos castaños. Mi cabeza estaba vacía; sólo tenía un pensamiento oscuro: que ahora todo había concluido, que habían llegado las últimas horas de mi vida. Levanté la cara hacia el cielo, de donde me parecía oír el sonido alucinante de las horas. Caían en mi cabeza frías gotas de agua, una sordera extraña me llenaba los oídos, un zumbido raro que provenía quién sabe de qué parte del Universo y que, verdaderamente, parecíase al sonido de las horas misteriosas de la noche.

Ya todo era oscuro a mi alrededor. Me puse en marcha hacia el hotel.

Eso es todo, Matías.

*Del parte de un practicante de la Sociedad de Salvamento de Budapest.
Miércoles, 5 de mayo de...*

A las ocho y media de esta mañana, fuimos llamados a la Vaci-ut exterior, en los suburbios de la capital, donde el tranvía 57 había atropellado a un obrero de la fábrica de lámparas. Lo transportamos inmediatamente al hospital de San Roque, en donde ingresó en gravísimo estado.

Poco después de las diez, hemos sido llamados al Hotel del Grifo, en donde, en la habitación número 239, un joven se había disparado un tiro al corazón. Cuando entramos en la habitación, la luz eléctrica estaba aún encendida y corrida la cortina de la ventana. En la mesa, había un gran pliego de manuscritos con esta indicación: «Al ingeniero Matías Toth, aquí al lado, en la

habitación 240».

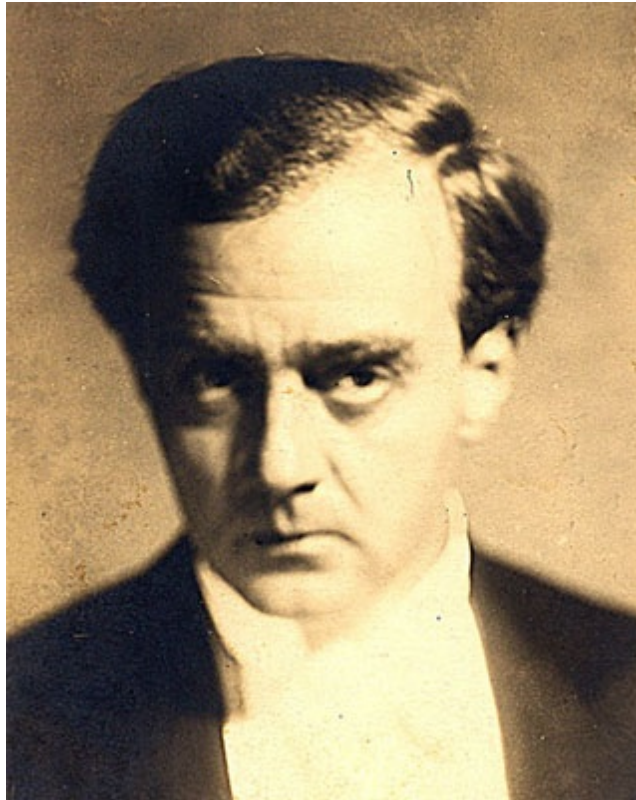
En una hoja de papel, leíanse las últimas líneas, trazadas, sin duda, con mano vacilante: «Por mi deuda de tres mil florines, dejo a la señorita Jolan Nagy todos mis trajes y todo cuanto poseo».

El portero del hotel declaró que el huésped había vuelto ayer por la noche, hacia las nueve, y que debió de pasar toda la noche escribiendo: él fue a la habitación, a las ocho de la mañana, y vio que la luz eléctrica aún estaba encendida.

El suicida, tendido en un sillón, había dejado caer el arma al suelo; todavía daba señales de vida; le examiné rápidamente y vi que la herida estaba muy cerca del corazón. Le practicamos una cura de urgencia. En su cartera encontramos su tarjeta. Era litografiada, llevaba un escudo nobiliario y el nombre... En la cartera apenas había dinero.

Lo acomodamos en las angarillas y lo transportamos al coche. Di orden al chófer de que se dirigiera al nuevo hospital de San Juan, que era el más cercano.

Estábamos en Buda y, cuando el automóvil pasaba por la Ag-utca, el suicida abrió los ojos por un instante; luego los volvió a cerrar. En aquel momento dejó de existir.



LAJOS ZILAHY (Hungría 1891 - Serbia 1974) Narrador y dramaturgo húngaro. Dotado de una minuciosa capacidad de observación que dejó plasmada en casi todos sus escritos, destacó sobre todo por un puñado de novelas que, traducidas a muy diversos idiomas, se difundieron como auténticos *best-sellers* por todo el mundo durante la primera mitad del siglo xx.

Sus primeras inquietudes literarias le llevaron a enfocar su reveladora lente novelesca sobre los problemas morales y las vicisitudes sociales que envolvían a las clases burguesas europeas del período de entreguerras, aunque posteriormente se fue decantando por el análisis de otros grandes grupos sociales de poder, como la aristocracia y las altas esferas financieras.

Finalmente, en una tercera etapa de su producción novelesca, coincidente con la fase de su vida que se desarrolló en los Estados Unidos de América (en donde fijó su residencia a partir de 1948), Lajos Zilahy cultivó una prosa bastante menos ácida en su sátira social, ahora suavizada por la evocación nostálgica de tierras lejanas y tiempos pasados.

Entre las principales narraciones extensas del escritor húngaro figuran algunos títulos que, traducidos al castellano, hallaron un amplio eco entre la crítica y los lectores españoles. Así ocurrió con *Primavera mortal* (1922), *Las cárceles del alma* (1927), traducida también como *Los dos prisioneros*, *Algo flota sobre el agua* (1928) y, muy especialmente, *El desertor* (1930), una interesante reconstrucción novelesca de las experiencias vividas por el propio autor durante su intervención en la I Guerra

Mundial. Además de estas obras, Lajos Zilahy escribió otras novelas de gran interés, como las tituladas *El alma se apaga* (1932), *El ángel enfurecido* (1953) y *El siglo feliz* (1960).

Pero sus habilidades en el cultivo de la prosa de ficción no se limitaron a la redacción de narraciones extensas, ya que también cosechó grandes elogios con sus brillantes relatos breves. La mayor parte de los cuentos de Lajos Zilahy vieron la luz a través de varias recopilaciones, entre las que sobresalen las tituladas de *Gran dilema*, *El velero blanco* e *Idilio de pescadores*. Por último, en su faceta de dramaturgo, el escritor estrenó en su país varias piezas teatrales que también contribuyeron a acrecentar su prestigio literario; entre ellas, cabe recordar las tituladas *Luce el sol* (Süt a nap), 1924, *El general* (A tábornok), 1928 y *El pájaro de fuego* (Tüzmadár), 1932.

Notas

[1] Típico baile húngaro muy vistoso. (*N. del T.*) <<

[2] *comptoir*: mostrador. <<

[3] Señor, le han traído una carta. <<

[4] En el que fue Imperio austrohúngaro, tres carteras eran comunes para los dos países: Estado, Hacienda y Guerra. Los titulares de estas carteras tenían que residir, precisamente, en Viena. (*N. del T.*) <<

[5] Saludos habituales en Hungría. (*N. del T.*) <<

[6] *square*: plaza. <<

[7] El *Laúc-bid* es el puente más antiguo entre Buda y Pest; antiguamente se pagaba pontazgo para pasar por él. (N. del T.) <<

[8] *tziganes*: zíngaros, gitanos. <<